COMUNISTAS CONTRA FRANCO



Carlos Fernández Rodríguez, Mauricio Valiente Ots
y Santiago Vega Sombría

CATARATA


COMUNISTAS
CONTRA
FRANCO
Carlos Fernández Rodríguez, Mauricio Valiente Ots
y Santiago Vega Sombría
CATARATA

CARLOS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

(Madrid, 1974) es doctor en Historia por la UCM. Su labor de investigación ha sido diversa, destacando la historia de la oposición al franquismo y la historia social en la militancia comunista. Entre sus publicaciones destacan: Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945 (2002), La lucha es tu vida. Retrato de nueve mujeres republicanas combatientes (2008) y Los otros camaradas: El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945) (2020).

MAURICIO VALIENTE OTS

(Madrid, 1966) es doctor en Derecho por la Universidad Carlos III de Madrid y abogado de derechos humanos especializado en asuntos de extranjería. Ha sido

coordinador de los servicios jurídicos de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado y tercer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid entre 2015 y 2019, en el que impulsó las políticas de memoria democrática. En la actualidad es responsable de las actividades para la conmemoración del centenario del PCE.

SANTIAGO VEGA SOMBRÍA

(Calabazas de Fuentidueña, Segovia, 1964) es profesor de Historia del IES Diego Velázquez en Torrelodones y de la Universidad Complutense de Madrid. Investigador y divulgador, con exposiciones y documentales, sobre la II República y la violencia política durante la Guerra Civil y la dictadura franquista. Entre sus publicaciones: De la esperanza a la persecución (2005) y La política del miedo (2011) con la editorial Crítica y Tras las rejas franquistas (2008) y Segovianos al servicio de la República (2011) con el Ministerio de la Presidencia.

Carlos Fernández Rodríguez
Mauricio Valiente Ots
Santiago Vega Sombría

Comunistas contra Franco

LA FUERZA DE UN COMPROMISO



DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES, A PARTIR DE LA OBRA EL ABRAZO, 1976, © JUAN GENOVÉS.

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

COMUNISTAS CONTRA FRANCO.
LA FUERZA DE UN COMPROMISO

ISBNE: 978-84-1352-387-3
ISBN: 978-84-1352-316-3
DEPÓSITO LEGAL: M-25.021-2021
THEMA: JPL/3MPQ-ES-A

IMPRESO EN ARTES GRÁFICAS COYVE

PRESENTACIÓN

¡Camaradas!,
salvemos las distancias,
venzamos las nostalgias.
Nuestras manos obreras, todos a una,
darán forma a la esperanza.

GABRIEL CELAYA
El hilo rojo

Francisca Martín, Paquita o Súper Paquita, como se la llegó a conocer por su activismo en el movimiento en defensa de las pensiones y de los derechos de las personas mayores, hablaba de su empeño con el desparpajo característico de su barrio madrileño, Chamberí, y siguió luchando hasta el final de sus días. Sus apariciones en televisión mostraron la naturalidad con la que se expresaba una persona que había vivido mucho y que emplazaba a las generaciones más jóvenes a no dejarse arrastrar por el conformismo o la resignación. Teníamos previsto entrevistarla para este libro. Al final no pudo ser. Como muchos de los protagonistas más veteranos de la historia que vamos a relatar nos ha dejado recientemente. Hemos querido recordarla en esta presentación porque resume con su vida lo que pretendemos: mostrar el compromiso de una militancia que ha hecho mover la rueda de la historia en nuestro país, una rueda que no gira por inercia, muy al contrario, hay que empujarla de continuo y evitar los obstáculos de quienes quieren que se detenga para salvaguardar sus intereses.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que había personas que arriesgaban su libertad, su integridad física e incluso su vida por sus ideas. En una España muy distinta a la actual, por imperfecta e injusta que nos siga pareciendo la que nos ha tocado vivir, fueron héroes y heroínas anónimos que nos redimieron de la apatía de la mayoría. Es más, su entrega a la lucha por la democracia, las libertades y la justicia social hizo que hoy vivamos mejor, que nuestras vidas no sean tan duras como las que ellos vivieron. No eran perfectas, compartían las

virtudes y los defectos de su época, pero eran personas capaces de salir de la experiencia traumática de la prisión, de los insultos, de las torturas y de las trabas para reconstruir sus vidas y hacer todo lo posible por contactar con sus camaradas para retomar la lucha. Cometieron errores, vivieron el momento histórico que les tocó en suerte y se empeñaron en ser protagonistas de un cambio necesario cuya razón última hoy nadie discute.

El tipo de personas a las que estamos aludiendo no fueron las únicas que se opusieron al franquismo. Sería injusto y una falsificación histórica dejar de reconocerlo. Pero también lo sería pasar por alto que fueron las más numerosas, las más entregadas, las más reincidentes en el empeño de acabar con la dictadura franquista. Su partido, el Partido Comunista de España, era "el Partido", no hacía falta especificar más. Hubo quienes tiraron la toalla, quienes cambiaron de opción política y quienes continuaron toda su vida. Algunos, con el tiempo, abandonaron la militancia. Otros siguieron en un contexto muy diferente. Todos se merecen el reconocimiento de la sociedad y que se conozca su esfuerzo. No se trata de reivindicar un tiempo mejor. Con este libro solo pretendemos dar voz a algunos militantes que protagonizaron este compromiso, señalar los antecedentes desde la fundación del PCE en 1921 que lo hicieron posible y mostrar su derivación actual, aunque sea de forma muy somera. Hemos querido recoger testimonios muy diversos que reflejen las razones, las formas y las consecuencias más personales de una militancia. El marco temporal de la exposición llega hasta nuestros días, no solo porque el contraste de los diferentes periodos sea muy ilustrativo, sino porque forma parte de un mismo proceso. Es más, consideramos que la implicación en las luchas y en los movimientos sociales, de cualquier naturaleza, es un imperativo muy actual, la principal enseñanza de esta experiencia.

Ofrecemos un panorama impresionista que no tiene ninguna ambición de representatividad. Por fortuna, a pesar de que quienes se comprometieron fueron una minoría, no faltó el ámbito geográfico o el sector profesional donde estos militantes ejercieron su actuación. La desproporción de las referencias a sucesos ocurridos en Madrid se debe solo a la especialización de los autores del libro y a la facilidad para acceder a los testimonios utilizados. No pretendemos abordar una historia del PCE, por breve que sea, ni aportar nuevas interpretaciones a los acontecimientos a los que es obligado referirse para hacer inteligible el relato. Hay investigaciones monográficas, ya publicadas o en curso, que ofrecen una visión sistemática con todos los requisitos

académicos que permiten conocer mejor los momentos históricos y los problemas que se abordan en este libro.

Titulamos este libro *Comunistas contra Franco* aunque el marco temporal que abarca es más amplio. Sin duda la lucha contra el franquismo fue una encrucijada donde convergió la tradición republicana y del movimiento obrero anterior a la Guerra Civil. Al mismo tiempo, la duración e intensidad de la dictadura han dejado huellas que todavía se pueden apreciar en los debates actuales. En gran medida, el PCE, que actuó en la transición y que interviene en el régimen iniciado con la Constitución de 1978, ha seguido marcado por esta prolongada experiencia. En este sentido la sinécdoque del título ofrece una imagen adecuada de la relevancia de un periodo crucial en la historia de la España contemporánea.

Este libro es fruto de un trabajo colectivo que no hubiera sido posible sin los testimonios de quienes han prestado su colaboración desinteresada. Hemos elegido como inicio un poema de Gabriel Celaya, autor que escribió las páginas más emocionantes de quienes lucharon contra la dictadura desde el ámbito de la cultura. Un militante comunista que, como expresó en una de sus poesías más conocidas, no dudó en tomar partido hasta mancharse desde su pequeño piso del barrio madrileño de Prosperidad. Como la poesía de Celaya, esta obra no se concibe como "un lujo cultural de los neutrales". Parte del reconocimiento del valor del compromiso de la militancia comunista y de la importancia de reivindicarlo. Hemos participado en la recogida de testimonios y en su redacción dos miembros de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y el coordinador de las actividades del centenario del PCE. Somos conscientes de que la objetividad en la historia es una quimera. Nuestra única preocupación es la de ser capaces de trasladar de la forma más fidedigna los testimonios que hemos recibido y enmarcarlos en una exposición coherente, de fácil comprensión y que anime a profundizar en las historias que apenas se esbozan.

El relato que enmarca los testimonios no refleja la posición oficial del PCE y, en la medida de lo posible, tampoco pretende dar la razón a ningún sector en los sucesivos debates y crisis que se han producido a lo largo de su historia. Algunas de las personas entrevistadas dejaron de militar en algún momento por razones varias y todas ellas tienen su valoración de las opciones que se adoptaron en cada momento. Una militancia intensa vive con amargura los

desencuentros y desengaños. Nuestra intención ha sido la de intentar transmitir de la forma más literal las distintas opiniones y respetar la esencia de lo que quieren expresar. Esperamos haberlo logrado.

Queremos agradecer al Archivo Histórico del Partido Comunista de España, en especial a Victoria Ramos y a Patricia González, por facilitarnos valiosa información y muchas de las fotografías que se reproducen en el anexo gráfico. Asimismo, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Mario Amorós por facilitarnos el acceso a varias de sus publicaciones sobre *El hilo rojo* y el permiso otorgado para la utilización de algunos de los testimonios que se han incluido en este libro. Tenemos que mencionar también a Isabelo Herreros, a Francisco Pérez, a Roser Maestro, a José Luis Esparcia y a Fernando Sánchez por las gestiones para el contacto con algunas de las personas entrevistadas. José Manuel Martín Medem leyó el manuscrito y aportó valiosas sugerencias, aunque, como es lógico y siempre se dice en estos casos la responsabilidad última de los errores del texto es exclusiva de sus autores. Por último, queremos reconocer a Mercedes Rivas y a la editorial Los Libros de la Catarata por la paciencia y el interés en dar a conocer esta historia.

CAPÍTULO 1

IDENTIDAD Y CULTURA ORGANIZATIVA EN EL PCE

Son multitud los relatos, escritos en primera persona o por profesionales de la palabra, que se refieren al compromiso de los comunistas españoles, a sus experiencias vitales y a sus recuerdos. Son tantos que se corre el riesgo de convertirlos en simples referencias del pasado, en materia prima para los estudiosos y los aficionados a las genealogías. Maria Teresa León escribió un libro ejemplar, recientemente reeditado en un proyecto de recuperación de sus obras, *Memoria de la melancolía*, en el que destaca la importancia de las emociones, de la huella que dejan los sentimientos ante el efeo adormecedor del afán por acumular fechas, datos y lugares: "No puedo recordar algunos nombres, pero sí el surco que dejaron algunas gentes. Pasaron y marcaron. Hasta hemos podido perder sus nombres, pero están ahí en esa marca que nos dejaron, y a veces nos duele, nos duele el haberlos dejado de ver o el no haber acertado la palabra justa para que permaneciesen"[1].

El centenario del PCE ofrece una oportunidad para profundizar en una historia poco conocida, las razones de sus militantes para entregar su tiempo, sus energías y, en algunos casos, su libertad e incluso su propia vida a un proyecto colectivo de transformación social, a una ilusión compartida. Sin duda, los acontecimientos históricos en los que el PCE ha sido protagonista son objeto de atención permanente por la historiografía, los debates políticos y los medios de comunicación, al igual que sus dirigentes más destacados en sus actuaciones públicas. El interés despertado por el centenario aumentará, sin duda, nuestro grado de conocimiento sobre la historia del PCE y enriquecerá los debates abiertos.

Este libro aporta una mirada distinta, más pegada a la vida cotidiana de las personas que tomaron la decisión de comprometerse. Indaga en las razones para militar en el PCE, aún a riesgo de sufrir graves represalias. Interroga sobre el tipo de acciones que se llevaban a cabo desde la base. Reúne los

recuerdos de otros camaradas o de los dirigentes destacados. Hace balance de las formas de afrontar la represión, una violencia directa o indirecta que no dejó de estar presente. Profundiza en la percepción de los cambios en la escena internacional y, en especial, en los relativos a la Unión Soviética, tan importante en el imaginario de este colectivo. Por último, el libro recoge los recuerdos sobre las relaciones con quienes se organizaban en otros grupos políticos y la perspectiva de los cambios políticos en España. El libro recoge también los recuerdos sobre las relaciones con quienes se organizaban en otros grupos políticos y la perspectiva de los cambios políticos en España. Por último, se abordan de forma muy somera distintas vivencias militantes desde la transición hasta la actualidad.

Una contribución, en consecuencia, de carácter testimonial en la que se sintetizan relatos orales, libros de memorias y fuentes históricas que recogen la actividad de los militantes del PCE. El libro arranca con un breve análisis de los primeros veinte años de vida de este partido hasta el final de la Guerra Civil, el periodo que por razones obvias cuenta con menos testimonios directos. Hemos querido dedicar un capítulo que describa cómo una pequeña organización, producto de una ruptura en el PSOE, que tuvo una incidencia marginal en la vida política española, se convirtió en hegemónico en los difíciles momentos de la defensa del orden constitucional frente al golpe de Estado de julio de 1936. Sin esa evolución sería difícil entender al partido del antifranquismo y los testimonios de quienes formaron parte del mismo, e incluso su pervivencia hasta nuestros días.

Los capítulos centrales de la exposición que ofrecemos se centran en los numerosos relatos de militantes del PCE durante los duros años de la lucha contra la dictadura, que cuentan con una riqueza y amplitud sin precedentes, con protagonistas que todavía viven o han fallecido en fechas recientes. Uno de los autores de este libro, Carlos Fernández Rodríguez, ha dedicado largos años de investigación a recoger y analizar multitud de trayectorias militantes, cuyo extenso análisis ha sido publicado recientemente[2]. Para atender y entender los cambios drásticos que se produjeron en la actividad militante desde la transición y con la posterior consolidación del régimen constitucional, hemos optado por priorizar los testimonios de las personas más veteranas, no porque no existan los de quienes se incorporaron al PCE en estos últimos cuarenta años, que como es lógico son los más numerosos y fáciles de reproducir, sino para mantener la coherencia del relato y ofrecer el contraste con la actividad

anterior. La cercanía a los acontecimientos hace más difícil e insegura su interpretación, aunque es un esfuerzo que consideramos necesario para comprender la realidad actual.

Hemos considerado de interés contextualizar los diferentes periodos de la historia del PCE con la única pretensión de ofrecer una información básica en cada momento. El resultado es una historia de los militantes, que no coincide necesariamente con la de los dirigentes ni con la de los grandes acontecimientos políticos, por la sencilla razón de que responden a otra lógica, a una dinámica más apegada a las necesidades y urgencias de la vida cotidiana. Es una historia que resalta el valor del compromiso individual en la lucha por la democracia y los derechos sociales, la materia prima que ha hecho posible que nuestras vidas sean mejores y, sobre todo, que podamos concebir un futuro en una sociedad sostenible desde cualquier punto de vista, donde la colaboración y la creatividad sean las pautas básicas de la convivencia.

UNA IDENTIDAD POLÍTICA QUE PERDURA

Cae por su propio peso que una militancia solo se concibe por su adhesión a un proyecto común institucionalizado. En el estudio de todo partido comunista es importante el análisis de la identidad y la cultura política en la que se desenvuelve. En el caso del Partido Comunista de España destaca la perspectiva pragmática de su línea de actuación, su capacidad de adaptarse a las circunstancias y a las particularidades surgidas, lo que permite ofrecer respuestas a las condiciones concretas de cada coyuntura histórica. Como comprobaremos en el desarrollo de este relato, esta no fue una seña de identidad inicial, caída del cielo, sino que se consolidó a mediados de los años treinta del siglo XX. En la historia del movimiento comunista internacional o de los partidos en España no son excepcionales los casos de desapariciones más o menos súbitas, provocadas por la rigidez de sus planteamientos o por la incapacidad de entender el momento histórico que vivían.

Sin embargo, la perspectiva pragmática, la flexibilidad que acabamos de mencionar como característica del PCE, no fue en detrimento de un perfil marcado con líneas bien definidas. De hecho, la identidad de los comunistas fue más sólida si la comparamos con la de otras organizaciones políticas en España. Esta se basaba en una alusión a la ideología o a los principios, con una

retórica muy característica a pesar de las deficiencias formativas de la mayoría de la militancia o precisamente debido a ella, que se incrementaron en el momento del ingreso masivo en la organización durante los primeros momentos de la Guerra Civil. Era una cultura que se reflejaba en la forma de entender la organización del partido, la disciplina, el desarrollo de sus actividades, la identificación de sus dirigentes, la caracterización de las "organizaciones de masas", la relación con los miembros de otras formaciones políticas o con la población en general. Resulta sorprendente la continuidad de esta identidad militante a lo largo de los años, con algunos cambios terminológicos y en condiciones radicalmente distintas por las transformaciones de la sociedad española, pero muy marcada en lo esencial hasta nuestros días. El XX congreso del PCE, celebrado en diciembre de 2017, recuperó las referencias al marxismo-leninismo y reforzó la orientación hacia la sectorialización (la prioridad de su organización en los centros de trabajo) y el centralismo democrático, tradicional criterio empleado para garantizar la unidad en la actuación del partido.

Hay una serie de referentes y mitos dentro de la cultura política y de la militancia en el PCE, que en gran parte conformaron las señas de identidad de todos los partidos comunistas. El primero de ellos fue la Revolución rusa, iniciada el 25 de octubre de 1917 en el calendario vigente bajo el Gobierno de los zares, 7 de noviembre del calendario occidental. Lenin, los bolcheviques y el asalto al Palacio de Invierno fueron imágenes con un significado muy preciso, reforzadas por el papel que jugó la avanzada cinematografía soviética del momento. El impacto inicial de la revolución afectó a todos los niveles de la sociedad, con adhesiones, rechazos y cambios de opinión frecuentes. La consolidación de un espacio político con identidad propia llevó un tiempo. En este proceso influyó mucho la actividad de la Internacional Comunista, fundada en 1919, que desempeñó un papel decisivo en la consolidación de los partidos y la formación de los cuadros comunistas. Todo ello configuró una cultura militante que acabó asentándose, donde el sujeto colectivo que formaba parte de la organización política iba cambiando con respecto a una época o periodos diferentes, basados en unas dinámicas y unas circunstancias distintas y variables, pero con unas señas de identidad que permanecieron. La asimilación de la experiencia revolucionaria del octubre ruso como el ejemplo a seguir fue tan fuerte que, como identificación popular, proliferaron las "pequeñas Rusias" allí donde la presencia del PCE era más numerosa o

llamativa. No deja de ser significativo que hoy en día, cuando la ultraderecha española critica la influencia de los comunistas españoles, siga acudiendo a los viejos tópicos del terror rojo bolchevique.

Pero el arraigo del PCE y su experiencia política en la realidad peninsular hicieron que surgieran nuevas imágenes y asociaciones de ideas de igual o mayor relevancia. Otros referentes políticos que caracterizaron la cultura comunista española, muy extendidos y que tuvieron diferentes lecturas en el contexto de la Segunda República y de la Guerra Civil, fueron las Brigadas Internacionales, el Frente Popular o el lema de ¡No Pasarán! Esos hitos no serán solo políticos, sino que tendrán también una significación social y cultural, extendiéndose a otros países en los que hubo presencia de comunistas españoles dentro del exilio republicano. Fueron instrumentos que contribuyeron a moldear la memoria social de los comunistas como pilar fundamental de la resistencia antifascista en España. En el caso de la referencia a la Segunda República fue una reelaboración que no dejó de ser problemática, dada la posición inicial del PCE en el momento de su proclamación y la represión que sufrió en algunos momentos de su existencia, no solo durante el conocido como "bienio negro". Una imagen posterior, que se generalizó entre las filas del PCE, fue el de su papel en el movimiento antifranquista, convirtiéndolo en algo propio. No profundizaremos aquí en la correspondencia o no de estas ideas con la realidad, sobre las que se pueden encontrar opiniones para todos los gustos, solo señalamos el papel que desempeñan para conformar la identidad comunista propia.

Una característica de la cultura comunista fue la importancia dada a los líderes carismáticos que se convertirían en dirigentes mediáticos y, hasta cierto punto, en la reencarnación de la organización. El secretario general del partido tenía una autoridad reconocida que era ejercida como criterio organizativo para cerrar los debates o justificar ciertas actuaciones. El "culto a la personalidad" de los principales líderes se vería reflejado en la organización y entre los militantes, reproduciéndose a escala local o sectorial. La adoración casi mística que tuvieron los comunistas de todo el mundo por Iósif Stalin permaneció muchos años, hasta que el XX Congreso del PCUS criticó esta tendencia como patológica. En el caso particular del PCE la veneración estuvo liderada por las figuras de José Díaz y sobre todo de Dolores Ibárruri, Pasionaria, algo que reconoció el propio partido al hacer balance de toda una época. La admiración y el culto que tuvo la militancia sobre la persona del que

fuera secretario general a partir de 1960, Santiago Carrillo, no fue tan generalizada y destacada como la que tuvieron sus predecesores. A pesar de los cambios organizativos que acarreó la legalización del PCE en 1977 y la progresiva democratización de sus estructuras, es perceptible la importancia del secretario general en la cultura política de los comunistas, que se refieren a menudo a los distintos periodos de su militancia en función de quien ejerciera el máximo cargo en la organización.

Otro tema recurrente en los testimonios de militantes y en la narración oficial del partido es el hecho de formar parte importante de la historia y del pasado. El PCE se puede calificar en este sentido como una organización historicista, que alude a su procedencia lejana y su lugar en el desenvolvimiento social para legitimar de alguna forma su propuesta política en el presente y definir el futuro por el que lucha. El cambio social y la superación de las sociedades del pasado se conseguían con actos revolucionarios, como lo interpretaba el marxismo a través de la dialéctica o de las versiones simplificadas del mismo en las que se basaba la formación política del militante. La transformación se entendía como un proceso histórico, pero en el que los objetivos se alcanzaban a largo plazo con sobresaltos, luchas y desequilibrios sociales. El sujeto social lucharía hasta conseguir insertarse en el devenir histórico y ocupar su puesto en la historia. Lo conformaban individuos que se convertían en militantes, quienes una vez formados e instruidos y por medio de estrategias políticas del partido examinarían y podrían modificar el presente y tener perspectiva de tiempos futuros. Por simples que fueran algunos análisis históricos era una concepción que animaba a la implicación en las luchas sociales, a la responsabilidad individual y a la supeditación del interés personal al objetivo de una sociedad mejor. La militancia del PCE actual, con un discurso más elaborado en el contexto de la desaparición de la URSS y los países socialistas del este de Europa, con todo lo que supuso, sigue siendo en gran medida continuadora de esta visión, la de formar parte de un movimiento histórico que, a pesar de todos los reveses y retrocesos, acabará por imponerse a través de la lucha social y política. Es la imagen del hilo rojo que escogió Gabriel Celaya para titular su recopilación de poesía política.

Una manera de acercarse los partidos comunistas a la historia fue a través de la memoria. Esta tenía un espacio principal en el universo cultural de los militantes comunistas, ya que era un paradigma fundamental por su relación

con la historia y el lugar que ellos ocuparían en ella. Aquella memoria era muy diversa y heterogénea, ya que, como vimos antes, elegía ciertos mitos y referentes que ayudaban a organizar a la militancia en unos espacios delimitados, donde les hacían ver cuál era su lugar en el proceso histórico de la organización política. El recuerdo individual de los militantes que formaron parte de una memoria colectiva más amplia al pertenecer a su partido jugó siempre un papel destacado. En este sentido muchas organizaciones de base o locales adoptaban como denominación "Las trece rosas", Aida Lafuente, heroína de la revolución de Asturias, Lina Odena, comunista catalana muerta en los primeros momentos de la resistencia al golpe de Estado, o Matilde Landa, víctima de la represión franquista. La transición al régimen constitucional no cambió esta tendencia, que se ha reforzado en los últimos dos decenios con la recuperación de la memoria histórica democrática.

Cada militante, a través de sus aportaciones y experiencias en el ámbito de la cultura comunista, utilizó la memoria personal como instrumento de análisis de los acontecimientos vividos. La rememoración de la militancia tenía un gran abanico de temáticas, intenciones y conceptos, como la razón de por qué se hicieron comunistas, el paso a ostentar cargos de responsabilidad y funciones orgánicas, el matiz autobiográfico del militante para ingresar en el partido. La militancia comunista en cuanto a su formación y tradición siempre ha sido heterogénea, socialmente hablando. Durante el franquismo aunque hubo gran cantidad de obreros y campesinos, también formaron parte miembros de profesiones liberales e intelectuales. En los años más duros de la dictadura, el hecho de pertenecer al PCE conllevaba un cambio de vida y de mentalidad. Era una decisión que iba inmersa dentro de cada comunista, todo su tiempo sería militante y el partido pasaba a ser lo más importante para el individuo. Los militantes se iban formando, se sentían miembros de una organización política de magnitudes históricas, incluso a veces les llegaba a confundir su propia conciencia con la política del PCE. La intensidad de esta manera de vivir la pertenencia al partido fue cambiando poco a poco con la transformación del PCE en una organización de masas al final de la dictadura y la "salida a la superficie". Aun así, todavía hoy, es una forma de adherirse a un proyecto político que implica un compromiso fuerte.

A pesar de los costes que conllevaba la disciplina durante el primer franquismo (la necesidad de cumplir con las orientaciones recibidas, el control estricto de su ejecución, la crítica y la autocrítica, las penas y los

castigos impuestos por el hecho de ser acusados de traición o desviacionismo), toda la militancia era consciente de la responsabilidad que tenía y ello le generaba un deber moral para cumplir las órdenes y desarrollar las actividades como comunistas. No solamente se militaba para los trabajos políticos, el partido era la familia, la casa y el lugar de ayuda y de apoyo. No se sentían abandonados o en soledad, sino que estaban socialmente respaldados por sus camaradas y por la organización. Este vínculo aportaba protección e incluso una especie de invulnerabilidad ante el peligro. Aquellos cuadros que parecían estar perdidos en su vida podían encontrar un sentido a la misma. Lo peor que le podía pasar a un comunista era ser expulsado de su partido o irse por algún motivo. Desde ese momento parecía que todo se había acabado para ese militante, un sentimiento de aflicción y derrota recorría su interior. Era como si la nueva vida que se iniciaba no tuviera sentido. Este tipo de pesar se puede ver en informes, en historias de vida y en memorias que los antiguos comunistas dejaron escritas a lo largo de los años. Fueron características que perdieron sus aristas más duras cuando la presión del régimen dictatorial rebajó su intensidad y la organización se amplió, aunque la consciencia de formar parte de un destacamento que exige responsabilidades siguió y sigue siendo relevante.

Durante la dictadura, en especial en el primer periodo de la misma, los cuadros del PCE, la militancia más formada y entregada, tenían un sentimiento de superioridad al relacionarse con miembros de otras organizaciones políticas. En su opinión, su entrega, dedicación y abnegación no tenían comparación con otros combatientes antifascistas. No entramos a valorar hasta qué punto esto era cierto, fue una autopercepción que generó dificultades para la relación con otros partidos políticos políticas. Organizados en una jerarquía y disciplina férreas, cuyo principio de autoridad hacia las estructuras superiores era indiscutible, la entrega, el compromiso y la dignidad de formar parte de un sujeto colectivo como era el partido, en mayúscula, estaba por encima de cualquier otra cosa. A pesar de esta tendencia, que siguiendo la propia terminología que se empleaba en la cultura comunista interna se podría calificar como sectaria, el PCE fue capaz de lanzar proyectos unitarios y abrirse a nuevas realidades. Incluso en los momentos más duros de la posguerra se defendieron experiencias de confluencia como la Unión Nacional (que se dirigía incluso a falangistas desencantados) y la participación en el Gobierno en el exilio con todos los sectores republicanos.

Más tarde fue una de las fuerzas de la izquierda que mejor interactuó con el nuevo cristianismo comprometido e impulsó iniciativas como la Junta Democrática. La creación de Izquierda Unida o la participación en primera línea en las candidaturas de Unidad Popular que conquistaron las alcaldías de numerosas ciudades en 2015, refuerzan la consideración que hicimos al inicio de este apartado de un partido con una identidad propia muy marcada pero muy flexible a la hora de articular su propuesta política.

La historiografía dedicada a los principales dirigentes del comunismo español ha destacado sobre el resto de escritos y publicaciones en relación con la militancia del PCE. De igual manera, han tenido lugar nuevas líneas de investigación sobre la organización comunista española a través de sus diferentes trayectorias políticas en las diversas épocas de actuación. En los últimos años han aparecido gran variedad de libros sobre memorias, biografías y autobiografías, algunos pertenecientes a militantes, en muchos casos desconocidos para el gran público. A través de sus testimonios y relatos podremos conocer el microcosmos de la trayectoria y la existencia del militante comunista. También nos ayudará a comprender la historia y la estructura del sujeto colectivo del que forma parte: "el Partido".

UNA CULTURA PARA LA LUCHA

Estamos caracterizando una cultura interna, la del PCE, muy definida, persistente y bastante diferenciada de la del resto de los partidos españoles. Desde luego no ha sido inmutable. Se pueden constatar cambios de intensidad en función del contexto más o menos democrático en el que ha operado. Transformaciones en la forma de participar en la toma de decisiones por los militantes y percibir a los dirigentes. Algo que no ha cambiado es su consideración como un instrumento para el cambio social revolucionario, para la lucha por los derechos de la mayoría, por la justicia social. Precisamente es el aspecto más destacable de la militancia que lo compone: su activismo. En un momento en el que la participación de la mayoría en los asuntos públicos es escasa, de individualismo generalizado, la implicación de los miembros del PCE en los movimientos sociales es uno de los aportes que los autores de este libro consideramos más perdurables. Es difícil encontrar alguna iniciativa social o cultural puesta en marcha al final del franquismo donde no estuviera

algún militante del PCE. La orientación de implicarse en la trilogía centro de trabajo, barrio y escuela se traducía en un enorme impulso al movimiento obrero, al asociacionismo vecinal y al de madres y padres de alumnos. Tiene que ver de alguna forma con el espíritu del 15-M, ese afán por recuperar las calles como espacios de debate y reivindicar el compromiso ciudadano en lo que nos concierne que estalló en 2011.

Para llegar a la eclosión de activismo del final de la dictadura se tuvo que transitar por un difícil camino. El proyecto unitario, la disciplina y la obediencia fueron objetivos básicos del PCE durante el primer franquismo para respaldar la eficiencia de la lucha política. El sujeto colectivo como organismo unificador de la cultura militante con sus valores, las concepciones del pasado, la mitificación y el culto a los líderes, la memoria y el sacrificio de la militancia, la noción de formar parte de la historia como elemento de resistencia y de movilización, el sentimiento de adhesión a la URSS y a la Revolución de Octubre de 1917, la entrega, fidelidad y adhesión total de la base militante al partido cuya identidad comunista ejerció como sostén de su capacidad de oposición fueron algunas de las peculiaridades más destacables de la tradición comunista en ese momento.

La cultura de la militancia comunista tenía que seguir los modelos de vida de héroes y resistentes. Este ideal les ayudaría a afrontar cualquier tortura y represión realizada por las fuerzas del orden franquistas. Los comunistas españoles utilizaron la prensa y las publicaciones clandestinas para recordar ciertas fechas y aniversarios míticos de dirigentes o de acciones realizadas. Todo ello ayudaba a identificarse con el partido, a adoptar la línea política a seguir (en aquellos momentos la Unión Nacional) y el procedimiento unitario de la clase obrera. La capacidad del comunista para seguir su militancia con sus quehaceres diarios residía en sus virtudes: ser disciplinado, honesto e incondicional en su obediencia a la dirección, esforzado, y audaz y combativo contra los torturadores, contra los esbirros policiales y contra los infiltrados y disidentes.

Los comunistas debían tener una firmeza en la manera de comportarse y ser un modelo a seguir, con una moralidad ejemplificante. No se contemplaba otra cosa más que la lucha y el activismo político clandestino. Para el partido, los camaradas debían combatir hasta la muerte, no contemplándose el suicidio, considerado como un defecto o un punto de flaqueza del individuo. Esa fortaleza moral e integridad en cuanto a su comportamiento se veía sobre todo

en las comisarías y en los cuarteles de la Guardia Civil, conocidas las torturas que padecerían tras las detenciones. En esos duros momentos era cuando había que tener la conciencia de ser comunista y el pundonor de la resistencia. Acordarse de los camaradas que habían aguantado los golpes policiales para no declarar a sus compañeros ni decir nada de la organización. El hecho de aguantar el suplicio recibido sin haber manifestado nada era síntoma de satisfacción y dignidad. La realidad siempre es más dura que cualquier previsión ideal. Hubo quienes no soportaron las torturas o las amenazas y declararon todo lo que sabían. Incluso el caso de otros militantes que denunciaron a sus camaradas y empezaron a colaborar con la policía, sin haber recibido tortura alguna.

En esa época, en la que la cultura de la máxima disciplina y uniformidad hacía acto de presencia en un entorno realmente arriesgado, desde el organigrama superior del PCE se inició una postura combatiente y un ataque contra todo tipo de disidencia o posturas diferentes a la línea oficial del partido. Garantizar la unidad de acción se consideraba un requisito para la supervivencia. La paranoia frente a las infiltraciones policiales, una práctica generalizada por los cada vez más potentes aparatos represivos del régimen, estuvo muy presente. A lo anterior se sumaron las disputas por el poder interno, siempre presentes en todo partido político, y las divisiones que se produjeron entre los máximos dirigentes, en unas condiciones de dispersión y de dificultad de movimientos. Todo ello contribuía a viciar un ambiente ya de por sí denso y asfixiante, en el que se cometieron injusticias contra militantes abnegados.

La transmisión de los valores y de la importancia de la identidad comunista se daba en un primer momento en el ámbito familiar, en el contexto del barrio o en el ambiente laboral. La difusión de las ideas, de los conceptos y de los principios políticos y la participación en los grupos u organizaciones juveniles, como elementos de sociabilidad política entre los comunistas más jóvenes. Una vez ingresaban en el PCE, se iniciaba la formación del militante con los valores, la teoría y los principios marxistas y el ideal de cómo tenía que ser un comunista. Los militantes que habían combatido durante la Guerra Civil tenían una experiencia y unos hábitos adquiridos, tanto en lo ideológico como en la cultura y en la actividad de la militancia. Los nuevos integrantes que iban llegando bajo la dictadura se encontraron con una situación de clandestinidad y de represión voraz. La divulgación de la propaganda clandestina era bastante

complicada, de igual manera que su tirada. Los noveles comunistas se tenían que formar a pasos acelerados en los grupos y comités de nueva creación que, por regla general, tenían un tiempo de existencia bastante corto ante las continuas caídas y detenciones por parte de los cuerpos represores franquistas. Los medios e instrumentos con los que contaban los secretarios de organización para el adiestramiento de sus camaradas eran muy escasos por la clandestinidad en la que se encontraban y por la situación de bloqueo del país. Las direcciones del PCE estaban divididas en varios países y continentes: la URSS, Francia y México.

En el interior de las prisiones fue donde hubo una mayor preparación y formación de los comunistas, allí se les instruía en fundamentos teóricos y en principios políticos marxistas. Destacó, por encima de todas, la cárcel de Burgos, denominada "la Universidad de Burgos" por la gran cantidad de actos y actividades desarrolladas entre sus muros por el partido para la enseñanza y formación de su militancia. Se impartieron gran cantidad de asignaturas, había cursos, debates y discusiones, editaban un periódico escrito a mano, celebraban representaciones teatrales nocturnas y clandestinas en las denominadas brigadas y conmemoraban fechas concretas y muy significativas para el PCE, ayudando con ello a elevar la moral del presidiario comunista.

Con el paso del tiempo se produjo un cambio generacional entre la militancia comunista. De la vieja guardia con veteranos militantes combatientes en las disputas callejeras de los años treinta y en la Guerra Civil se dio paso a unos militantes más jóvenes, que habían pertenecido a la JSU, con una mayor preparación teórica, discursiva y política, mejor encuadrados en el proyecto político que fue elaborando la dirección del PCE. En la historiografía hay diferentes valoraciones de esta primera etapa de la resistencia al franquismo, desde posiciones que lo consideran un periodo perdido hasta quienes lo justifican como una etapa inevitable en tiempos de posguerra y dura persecución. El hecho es que el PCE no desapareció como lo hicieron otros partidos que habían compartido su destino con la derrota de la Segunda República.

El resultado de su pervivencia y de esa cultura de lucha, de fomento de la organización y la movilización social, que queremos destacar como seña de identidad, tuvo resultados sorprendentes en el resurgir del movimiento universitario, en un nuevo movimiento obrero que no dejó de crecer, en un renacimiento cultural y asociativo a todos los niveles en el que contribuyó

decisivamente la militancia del PCE. Esta conclusión puede parecer paradójica pero forma parte de esa identidad y característica de flexibilidad del PCE con la que iniciábamos este capítulo.

CAPÍTULO 2

DE LA MARGINALIDAD A LA HEGEMONÍA POLÍTICA

Ante las dificultades en el desarrollo de la Guerra Civil, el PCE fue siempre un defensor de la unidad obrera y del Frente Popular como instrumentos necesarios para la victoria. El papel de los comunistas fue esencial durante esos años para garantizar la incorporación de la mayoría de la clase trabajadora a la defensa del régimen constitucional, una defensa que se plasmó, después del golpe de Estado de julio de 1936, en la construcción del nuevo Ejército de la Segunda República a partir de las milicias populares y, en la retaguardia, con la organización de la producción y la resistencia civil. La incorporación se produjo por dos vías. La defensa de políticas públicas acordes con las prioridades establecidas en los espacios de gobierno y en las diferentes estructuras de poder, y la afiliación masiva al PCE, a las JSU y a las diferentes organizaciones populares, de carácter unitario pero hegemonizadas en gran medida por los comunistas. Esta fue la base militante, en gran medida de nueva incorporación, sobre la que se construyó la organización que se enfrentaría al franquismo de la cual escucharemos sus testimonios en los próximos capítulos.

Fue una base militante moldeada con una política muy diferente a la de los inicios del PCE, con un discurso que incidía más en la unidad nacional que en la lucha de clases. Lo que se conoce hoy como la guerra civil española se teorizó por los comunistas españoles como una "guerra nacional revolucionaria", por la independencia frente a la agresión del fascismo internacional, donde el pueblo y sus mejores tradiciones seculares jugarían un papel fundamental. Para reforzar la implicación directa de la mayoría social en los combates contra los militares facciosos, los fascistas italianos y los nazis alemanes, se hizo un esfuerzo por entroncar esta resistencia con las luchas históricas que permanecían en la memoria popular. Como expresaba *Mundo Obrero* con motivo de la celebración del 2 de mayo de 1937: "Los herederos de Daoiz y

Velarde, del Empecinado, de la lucha contra los invasores de nuestro suelo son hoy los trabajadores, los antifascistas, los que defienden efectivamente la patria".

No fue una expresión de chovinismo. Al contrario, fue una elaboración ideológica para cimentar la unidad popular, para la construcción de una identidad compartida entre quienes tenían que defender el proyecto republicano de la agresión y, al mismo tiempo, construir las bases para la liberación social y nacional de los pueblos de España, que permitiera ganar la guerra para cambiar al país. El presidente de la República, Manuel Azaña, había sido uno de los primeros en establecer el paralelismo con el levantamiento popular contra la invasión napoleónica. La orientación política y el énfasis de la propaganda tuvieron éxito. Ignacio Hidalgo de Cisneros, militar profesional procedente de una familia carlista, muy conservadora, sin apenas experiencia política y la poca que tenía por su cercanía a Indalecio Prieto, narró en sus memorias las razones para entrar a militar en el PCE. Quería ante todo ser útil y afrontar lo que en ese momento era su única preocupación: ganar la guerra. Afirmó que, más que valorar el programa o la ideología, juzgaba a los partidos por su comportamiento. El balance que realizó en su fuero interno no dejaba lugar a ninguna duda: "Me convencí de que los comunistas querían de verdad ganar la guerra, defender a la República y al pueblo, y hacían todo lo humanamente posible para conseguirlo"[3].

El contraste de la situación del PCE en este momento con sus inicios no puede ser más significativo. El 15 de abril de 1920 se constituyó el Partido Comunista Español, conocido como el de los "cien niños" por su origen en las Juventudes Socialistas. Un año más tarde se crearía un segundo destacamento, el Partido Comunista Obrero Español. La intervención de la Internacional Comunista para unir a los dos partidos daría como resultado el Partido Comunista de España el 14 de noviembre de 1921.

El PCE era una expresión política más de un movimiento obrero que había comenzado a estructurarse en el último tercio del siglo XIX, al mismo tiempo que se extendían las relaciones capitalistas de producción en España. Un movimiento obrero débil, heterogéneo, concentrado en los escasos núcleos de implantación industrial, de extracción minera o de servicios que existían en un país empobrecido y dependiente. El PCE surgió en gran medida como parte de la tradición que representaban el PSOE y la UGT, pero también en un contexto nuevo que imponía respuestas diferentes a quienes defendían la

superación del capitalismo.

Fueron años de radicalidad en las luchas obreras para conquistar los derechos, las libertades y la democracia que negaba el régimen de la Restauración borbónica. La Revolución rusa tuvo mucho que ver en la efervescencia que condujo a la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, al "trienio bolchevique" en los campos andaluces entre 1918 y 1920 o a la huelga de La Canadiense, que arrancó a los gobernantes del momento por primera vez en el Estado español la jornada laboral de ocho horas. Al mismo tiempo, aumentó la inestabilidad política y se diversificaron los actores que operaban en el escenario público, desde dentro o desde fuera del sistema, y se modificaron las reglas de juego que habían intentado imponer las élites durante la Restauración.

El PCE, por lo tanto, surgió en un escenario de pluralidad de organizaciones de izquierda, tanto en el movimiento obrero, con una socialdemocracia que mantuvo su posición hegemónica y un anarquismo con una arraigada implantación, como en el republicanismo, en toda la variedad de sus formas, a los que se deben sumar los movimientos nacionalistas periféricos en sus diferentes expresiones. Este es un dato muy significativo para entender a los primeros comunistas españoles, empeñados por encontrar su espacio político diferenciado. Se ha señalado que una de las razones de la escasa implantación del PCE fue la existencia de un movimiento a la izquierda de la socialdemocracia. Así lo reconoció el propio PCE en su historia oficial que publicó en 1960:

> El anarquismo en España —descontando la abnegación y el espíritu de sacrificio de las masas obreras y campesinas que creían en él apasionadamente, que le sacrificaban la libertad y la vida— ha sido una escuela de derrotas. Después de 1911, en que se constituyó la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), y durante algún tiempo, el movimiento anarcosindicalista recibió en sus filas a lo más combativo de los obreros y campesinos que, por reacción contra el oportunismo socialdemócrata, se orientaban hacia los anarquistas[4].

El movimiento comunista internacional, en su versión contemporánea, tuvo su punto de partida en la "bancarrota" que se produjo en la Segunda Internacional, por utilizar la expresión de Lenin, cuando sus principales partidos votaron a favor de los créditos de guerra, que supuso, además de una muestra de impotencia, el abandono de los intereses de la mayoría social trabajadora frente a la dinámica belicista y el chovinismo exacerbado. Sin duda que había más factores que determinaron la disyuntiva que atravesó por esos

años a todos los partidos obreros, pero no se puede negar que el detonante de su división fue la posición mantenida ante el estallido de la Primera Guerra Mundial. No todos cedieron ante una locura que provocaría millones de muertos y marcaría el resto del siglo XX con sus secuelas y nuevos conflictos. Tampoco se entendería el triunfo bolchevique en el imperio zarista sin el hartazgo ante la guerra y la posición tajante de Lenin y su partido sobre la necesidad de poner fin a su participación en el conflicto, una decisión nada fácil y que provocó la intervención directa en el suelo de lo que acabaría siendo la URSS de las principales potencias capitalistas.

La desolación ante la barbarie bélica, la necesidad de desenmascarar lo que ocultaban quienes promovían las guerras, la defensa de la vía alternativa al capitalismo que se abría con la Revolución de Octubre y la denuncia de la dominación colonial fueron señas de identidad del PCE. La situación española tuvo sus matices con respecto a la que se vivió en otros países europeos al no participar de forma directa en la guerra y producirse un agudo debate entre aliadófilos y germanófilos que correspondía de alguna manera al eje izquierda-derecha. La diferenciación en ese contexto fue más confusa, pero no por ello había menos razones de fondo para una práctica política novedosa. El PCE fue de los pocos partidos que se opuso sin medias tintas a la guerra colonial en Marruecos, agravada con el final del conflicto bélico en Europa, que llevó a la muerte a decenas de miles de reclutas españoles y a acciones como la utilización de armamento químico en el Rif para intentar frenar la rebelión de Abd el-Krim. Como recordó Vicente Uribe en sus memorias, todo el mundo estaba contra la guerra "pero nadie, aparte del Partido Comunista recién formado, emprendió ninguna acción"; el PSOE se había declarado por el abandono de Marruecos "pero no hacía nada desde el punto de vista de la acción de masas", apenas promover discusiones en el parlamento "lo que no impidió que [Indalecio] Prieto desembarcara en Nador y gritase: 'Viva España', como cualquier patriotero que se estime"[5]. Una posición que le llevó a ser una de las organizaciones más perseguidas en los últimos años de la Restauración y durante todo el régimen del general Miguel Primo de Rivera.

El PCE, como el movimiento comunista en Europa, surgió como expresión política del movimiento obrero y de una intelectualidad comprometida con el mismo. En España, de forma más aguda que en otros países europeos, el marxismo tenía un escaso desarrollo en el ámbito académico y una mínima implantación entre los intelectuales progresistas. Sin embargo, desde la

fundación del PCE en 1921 se produjeron varios procesos que radicalizaron al mundo científico, universitario y de las artes, que convirtieron a las fuerzas de la cultura en un factor de progreso que tuvo su punto culminante durante la Segunda República. Óscar Pérez Solís, en 1929, cuando ya se había apartado del PCE en su deriva hacia posiciones reaccionarias, reconocía el impacto: "La Revolución soviética no solo despertó férvidos entusiasmos entre sus adeptos de todos los países, sino que sacudió la modorra intelectual en que muchos de ellos habían vivido. La profusa literatura bolchevique planteaba cuestiones tácticas que hasta entonces no se habían presentado o habían pasado punto menos que inadvertidas y a todas ellas les buscaba justificación teórica…"[6].

Comunistas, anarquistas y sectores intelectuales muy activos, entre los que destacó Miguel de Unamuno, fueron los principales arietes contra la dictadura de Primo de Rivera (al mismo tiempo que los principales objetivos de su represión), aunque no tuvieron mucho eco hasta la generalización de las protestas estudiantiles contra el proyecto de ley Callejo en 1928 que abría la puerta a la privatización de la universidad. El papel de la FUE (Federación Universitaria Escolar) fue esencial en este proceso e incorporó a la vida política a toda una generación de dirigentes cada vez más influidos por el marxismo y con un programa cultural que rompía los moldes elitistas dominantes. En paralelo surgía una vanguardia artística de enorme riqueza que, en muchos casos, se comprometió en la lucha por la república y algunos de sus protagonistas con el comunismo.

Los documentos que está publicando la sección de historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas en la edición digital de *Mundo Obrero*, sobre los primeros años de la presencia comunista en España, evidencian un debate a fondo, muy crítico con lo que había sido la práctica de la socialdemocracia, más allá incluso de los debates que atravesaban a toda la izquierda europea. Aunque en ese momento de profunda confrontación, de revisión del pasado, no bastaba con rechazar lo antiguo, el reto más difícil era convertir en una propuesta política coherente y articulada en la sociedad las ideas y las orientaciones que provenían de la Internacional Comunista. Visto en perspectiva, aunque pueda ser injusto en alguna medida con la complejidad de las luchas del momento, parece obvio que no se acertó, que las primeras direcciones del PCE dilapidaron el enorme potencial que se había reunido en los años veinte del siglo pasado, pero no cabe duda de que tuvo un perfil

propio, autónomo y que ocupó un espacio político que respondía a las condiciones de la sociedad española y a la evolución del movimiento obrero internacional. Óscar Pérez Solís, con conocimiento de causa, escribía en 1929:

> Como cantidad, como cifra, el ala izquierda del movimiento obrero es notoriamente inferior al ala derecha; pero aventaja a esta en capacidad combativa. Desde luego, en los países "decisivos", allí donde una potente estructura económica y un alto grado de cultura general no dejan apenas margen a los efectos de la epilepsia social, que es, en gran parte, consecuencia de las digestiones deficientes y de la escasez de letras, la amenaza comunista no pasa de ser un problema corriente de policía[7].

El PCE no había pasado de ser "un problema corriente de policía". Para conformarse como fuerza política y no resignarse a ser un mero espectador de los acontecimientos, aprendió de sus errores y dedicó su capacidad e inteligencia colectiva a llevar a la práctica su política unitaria, lo que se convirtió en una de sus señas de identidad. La enfermedad infantil del izquierdismo, que preocupó a Lenin en los primeros pasos del movimiento comunista internacional, con sus expresiones de dogmatismo y sectarismo, no fue ajena a los primeros pasos del PCE. Era casi inevitable que, en un contexto de división y por lo tanto de reafirmación orgánica, se insistiera en un perfil propio, con un énfasis que ponía en evidencia cierta inseguridad y la falta de capacidad para adaptar a la realidad peninsular las experiencias de la Revolución de Octubre. Como recordó Dolores Ibárruri en *El único camino*, "en nuestro infantilismo revolucionario todo lo considerábamos posible", por lo que dedicaban todos sus esfuerzos a la insurrección y eran muy pocos los que se atrevían a señalar que no existían condiciones para arriesgarse a una acción de este tipo. Los que lo hacían se arriesgaban a ser considerados, como poco, pusilánimes y anclados en el reformismo socialdemócrata[8].

Los errores cometidos en un contexto de dura represión durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera se prolongaron con la instauración de la Segunda República, hegemonizada por sectores progresistas, burgueses, sin duda, pero que ofrecía la oportunidad de una extensión del trabajo político que fue desaprovechada en gran medida. Es famosa la anécdota que se desarrolló cuando una inmensa multitud celebraba la llegada de la Segunda República en la Puerta del Sol de Madrid, ocasión elegida por un grupo de militantes del PCE para hacer presencia con un camión de propaganda en el que se proclamaba la necesidad de instaurar los sóviets de obreros y campesinos, causando la extrañeza cuando no la irritación de los que llenaban el espacio público. Vicente Uribe recordaba lo tirantes que eran las relaciones entre la

militancia del PCE y del PSOE, a nivel de base, y cómo estos últimos encontraban justas y necesarias "las medidas permanentes del Gobierno contra nosotros"[9].

La ausencia de una propuesta unitaria ajustada a la realidad no era un hecho aislado en el PCE, que en ese momento actuaba como sección de la Internacional Comunista y respondía, en gran medida, a las políticas y estrategias acordadas a nivel mundial. Desde luego, la decepción ante la actuación timorata de los primeros Gobiernos republicanos y el impacto de la represión implacable que sufrió el movimiento obrero y campesino no ayudaron a corregir una línea de actuación que favorecía el progresivo fortalecimiento de las derechas y, en especial, del fascismo que amenaza en ese momento a toda Europa. Manuel Tagüeña Lacorte, procedente de la FUE, en uno de los más completos testimonios de la militancia comunista durante esta época, explicaba su compromiso con el PCE más que por razonamientos ideológicos por "puros sentimientos"; le agradaba la mística del comunismo, "la misma utopía de los anarquistas, pero con un camino diferente, con organización y disciplina, que me atraía mucho más"; todo ello a pesar de que no fueran en ese momento más que "una reducida secta sin ninguna influencia"[10].

El anterior contexto condujo a la primera gran revisión de la línea mantenida por el PCE y los métodos de trabajo que había establecido su dirección cuando la Internacional Comunista promovió un nuevo equipo que estuviera al frente de su sección española, con la fuerte personalidad de figuras como José Díaz y Dolores Ibárruri, Pasionaria. Aunque a veces se señala este cambio, sin mucha precisión, vinculándolo con la nueva política de los frentes populares, es preciso destacar que la precedió más de dos años y que estaba justificada por una deriva que había conducido al PCE a la marginalidad política. El gran viraje se oficializó en el IV Congreso celebrado en Sevilla, inaugurado el 17 de marzo de 1932. A pesar del cambio de políticas, continuaron al frente de su dirección José Bullejos, Manuel Adame y Gabriel León Trilla, hasta que el 21 de octubre de ese año fueron expulsados del PCE[11]. Irene Falcón, una comunista y feminista que jugó un papel destacado en el partido, señaló que este cambio es el que llevó a dar el paso para su ingreso junto a sus compañeros de la Izquierda Revolucionaria y Antimperialista, donde se organizaba un pequeño contingente de jóvenes radicales, a los que acompañó José Antonio Balbontín, que había sido elegido al Congreso en una

pequeña candidatura republicana y se convertiría de esta forma en el primer diputado que tuvo el PCE[12].

A pesar del cambio de rumbo, los errores de los primeros años de la Segunda República, que no fueron responsabilidad solo de los comunistas, se pagaron caro y el "bienio negro" supuso un claro retroceso en todos los ámbitos, por poco que se hubiera avanzado durante los Gobiernos republicanos-socialistas, y una dura andanada represiva, en especial tras la Revolución de Octubre de 1934, que fue muy intensa en Asturias pero que afectó a toda España. El riesgo de involución definitiva de la Segunda República, la necesidad de sacar a los presos de las cárceles y la evolución europea e internacional, hicieron que se tomara plena conciencia de la necesidad de una propuesta unitaria. Sería necesaria una revisión global de la estrategia para dar un giro a la situación, convirtiendo a España y al PCE en un ejemplo de la unidad y de la lucha antifascista. Sin duda, la gran rectificación en la línea mantenida por los partidos comunistas fue la estrategia de acercamiento a los socialistas, de unidad de las organizaciones obreras y de creación de los frentes populares, en la que el PCE aportó su creatividad y su capacidad de concreción a la realidad de nuestro país, algo que había brillado por su ausencia en los años anteriores. El acuerdo para fundar las Juventudes Socialistas Unificadas y la puesta en marcha del Frente Popular que condujo a la victoria del 16 de febrero de 1936 fueron grandes logros en este sentido.

El PCE insistió en la necesidad de un amplio frente antifascista conforme se acercaban las elecciones de febrero de 1936. En los debates sobre la unidad de la izquierda se suele argüir, la mayoría de las veces por quienes no quieren avanzar en esa dirección, la necesidad del trabajo previo en la base. Sin embargo, esa no fue la experiencia del Frente Popular, que se limitó, en un primer momento, a un acuerdo electoral entre los partidos obreros y republicanos. No fue una negociación sencilla. Los comunistas pudieron participar gracias a la insistencia de Francisco Largo Caballero ante las reticencias de buena parte de los dirigentes de los partidos republicanos. La ilusión de la victoria, la liberación de los presos políticos, el golpe de Estado reaccionario y la enorme capacidad del pueblo para resistir, que desbordó los cauces institucionales, fue lo que permitió un inmenso desarrollo del Frente Popular y de la unidad a todos los niveles, con la implantación de organizaciones de mujeres, jóvenes, profesionales e intelectuales. El golpe de Estado y la reacción popular para enfrentarlo hicieron que la experiencia

española tuviera un impacto internacional de primer orden.

Fernando Hernández Sánchez, en su exhaustiva obra *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, ofrece un amplio análisis crítico del número de militantes comunistas hasta el inicio de la dictadura franquista. En el mismo, de acuerdo con el título que hemos elegido para este capítulo, se constata la exigüidad de las filas comunistas hasta 1936, cuando la constitución y victoria electoral del Frente Popular le permite superar los 80.000 militantes. El golpe de Estado y el papel del PCE en la defensa del régimen republicano convirtió al PCE en un partido de masas que superó en poco tiempo los 300.000 afiliados, una cifra que fue descendiendo con el desarrollo de la guerra y el debilitamiento de sus estructuras organizativas[13]. Si se suma a esta realidad la de las Juventudes Socialistas Unificadas, que con el ingreso de sus dirigentes al PCE quedaron muy ligadas al mismo, tenemos la base que protagonizaría el relato que vamos a exponer en los próximos capítulos.

CAPÍTULO 3

LOS AÑOS MÁS DUROS DE LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA

La etapa que abordaremos en este capítulo será la del final del conflicto bélico español. La década de los años cuarenta hasta el cambio de estrategia llevado a cabo en la lucha antifranquista a principios de la siguiente década. Un tiempo marcado por la clandestinidad, por la vía ilegal, por el combate contra la dictadura y contra el fascismo, por una brutal represión contra los enemigos del régimen, cuando las divisiones internas de las direcciones del PCE estaban muy presentes, traumatizado por el exilio político de miles de republicanas y republicanos y destacado por el arresto, el encarcelamiento y el fusilamiento de muchas y muchos combatientes en el interior de España. Todo ello marcaría la cultura política y a la militancia comunista.

En este periodo de clandestinidad y de lucha contra la dictadura, con la singularidad especial de la situación de muchos comunistas (exiliados, escondidos, detenidos y fusilados), la formación de la memoria antifranquista fue un elemento de gran consideración para el conjunto de la militancia debido a las dificultades que estaba atravesando: la represión y la persecución de las fuerzas del orden franquistas, un desmembramiento de los dirigentes más destacados en diferentes países y una lucha interna entre las distintas reorganizaciones políticas llevadas a cabo por el PCE sin experiencia en el combate clandestino.

Nos detendremos en algunos ejemplos de militantes de base que formaron parte de los distintos sectores de los diferentes comités locales, provinciales y regionales en los que estaba organizado el PCE clandestinamente en la década de los años cuarenta y los primeros años de la década de los cincuenta del siglo pasado. Se trataba de una militancia combatiente y sacrificada en su lucha contra los postulados dictatoriales y fascistas. Muy orgullosos de pertenecer a su partido, determinados en su espacio vital militante y en el compromiso

adquirido por sus ideologías y principios. Tenían una camaradería especial con su gente. Eran gente de abajo y estaban con los de abajo. Desde la base y las masas populares. Con un historial paradójico de personas sin historia, por lo incógnito y el secretismo de sus vidas. Un colectivo social y capital humano numeroso, cuyos relatos humanizados forman parte de la cultura militante comunista, donde, analizando su comportamiento, se observaba un férreo cierre de filas en torno a su organización.

Aquellos comunistas actuaron en unos espacios de sociabilidad marcados por la clandestinidad o en la ilegalidad, como lo llamaron los aparatos superiores (buró político y comité central) del PCE en el exilio. A pesar de que muchos de ellos lucharon en la Guerra Civil y la perdieron, no dudaron en seguir combatiendo al fascismo y a la dictadura franquista, representados en Franco y en la Falange. En el capítulo precedente ya hemos hecho mención a los factores identitarios de la cultura comunista española, en especial, en este momento muy agudizados. La URSS se transformó en un lugar donde la militancia podría conseguir sus utopías y deseos de un mundo mejor. En este sentido se hablaba de doble lealtad, hacia la URSS y para con su partido. También ayudaba la proyección de la Internacional Comunista para crear esa cultura y "civilización socialista" que tenía su origen en Moscú. Todo esto auspiciado por el notable aumento de la militancia comunista en el periodo de la Guerra Civil y por la ayuda prestada por los soviéticos al Gobierno republicano. Este hecho marcó mucho en la memoria y en el recuerdo de los comunistas españoles. Evocación que se observa en la narrativa memorialística del pasado de la militancia. Incluso contribuyó a forjar ese mito soviético la representación y la descripción de la URSS que tenía el franquismo como un país enemigo del nuevo régimen y los cuadros comunistas que luchaban en el interior de España eran unos "agentes al servicio de Moscú"[14].

El PCE y sus militantes fueron considerados por el régimen como el principal enemigo a combatir, debido a que fue la principal fuerza política antifranquista. Las fuerzas del orden de Franco dedicaron grandes esfuerzos y personal a la lucha contra los comunistas. La dictadura franquista fundamentó esa represión en un sistema judicial que legitimara sus actos, basándose en una serie de leyes promulgadas que darían una estructura legal y jurídica a sus actividades represoras. Había que acabar con todo intento de reorganización política o sindical opositora y los comunistas iban a ser los principales

perseguidos por la Policía y la Guardia Civil franquistas.

A los militantes comunistas se les evocó en el seno de la cultura comunista con adjetivos como revolucionarios, abnegados, comprometidos o disciplinados. El hecho de formar parte del PCE era un orgullo y un reconocimiento pero también una responsabilidad e incluso una seña característica de respeto en comparación con otros movimientos de oposición antifranquistas. Debido a ello y a la formación continua, el o la militante interiorizaba pertenecer a un partido de una gran relevancia histórica. Era la organización más perseguida y reprimida por lo que se necesitaba una férrea disciplina y compenetración entre los camaradas. Acataban el estar sometidos a una autoridad jerarquizada que formaba parte de un sistema piramidal y un concepto militar en la articulación del partido.

El compromiso del grupo y de la identidad colectiva en la toma de decisiones y la obediencia de los escalones inferiores ante los organismos superiores eran maneras de promover la autoridad y el control por parte de los aparatos directivos del PCE y un modo de evitar las divisiones internas, prevaleciendo la unidad y la disciplina entre la militancia. Sin embargo, la dificultad entrañaba llevar a la práctica esa teoría en una época tan difícil como fue la de la clandestinidad y más aún complicada por la represión desmesurada que hubo en aquellos años de posguerra en forma de violencia política. Existía mucha desconfianza entre la propia militancia, temerosa de que hubiera infiltrados y confidentes en los grupos de militantes que se reunían para reorganizar el PCE.

Uno de los propósitos de las distintas delegaciones centrales clandestinas en la década de los años cuarenta fue la de controlar las comunicaciones de Madrid (lugar donde estaba la delegación central del PCE) con otros comités provinciales y regionales. De esta manera se pretendía vigilar la aplicación de las directrices marcadas, el trabajo clandestino y la orientación política y, por otro lado, evitar posibles atisbos de desviacionismos, la presencia de chivatos entre los comités y el incremento de detenciones de cuadros y simpatizantes comunistas. Aunque el gran número de estas últimas y la falta de conexión e información entre los comités provinciales con la dirección central y también con el extranjero (incluidas las divisiones entre las direcciones del PCE en el exilio soviético, francés y latinoamericano) motivó que no pudieran llevar a cabo una constitución de políticas unitarias dirigidas desde la capital de España.

Otro de los proyectos de algunas direcciones clandestinas fue el aprendizaje y la formación teórico-política de la militancia de base y el aumento del nivel cultural y educativo de los comunistas por la demostrada e insuficiente preparación de muchos de ellos y de ellas. Entre las tareas de los diferentes secretarios (generales, de organización y de agitación y propaganda) en los comités de radios (estructuras intermedias de la organización territorial) y sectores en los que estaba dividido el partido clandestinamente, no estaban la de instruir a sus camaradas ni transmitirles conocimientos, ya que sus intereses se centraban en salvaguardar su integridad y en llevar a cabo labores de otra índole. Era fundamental la difusión y la divulgación de las publicaciones periódicas y de la propaganda como función socializadora de la militancia. La lectura de los folletos, pasquines, revistas y periódicos, como *Mundo Obrero*, *Reconquista de España*, *Juventud* o *Nuestra Bandera*, era importante para enseñar y aleccionar a los cuadros en la instrucción básica de la fundamentación política marxista, en la línea política de transmisión del partido (como el ejemplo de la Unión Nacional) y el conocimiento de las principales acciones desarrolladas por los grupos de agitación y de lucha armada en el país.

Las cárceles y los centros de internamiento fueron los lugares donde mejor formación obtuvieron los comunistas detenidos. Destacaron las prisiones de Porlier, Ventas y Alcalá de Henares, en Madrid; Ocaña, en Toledo; El Dueso, en Cantabria, Segovia y Burgos. El nivel de profesores y profesoras fue muy alto, debido a la presencia entre los presos y presas de catedráticos, intelectuales, médicos, ingenieros, pintores y escritores, los cuales elevaron la instrucción política pero sobre todo la cultural y la educativa entre la población presidiaria comunista. Desde las direcciones del partido en los presidios organizaban pequeñas células de enseñanza y de cultura, divididas a veces por asignaturas (matemáticas, dibujo, contabilidad, idiomas, lectura y escritura) y en otras ocasiones con clases sobre formación teórica y política y sobre el trabajo ilegal en la clandestinidad. Las lecciones se daban en celdas cuando no había vigilancia de ningún funcionario de prisiones, guardias civiles o personal eclesiástico y en los propios patios, andando alrededor de los mismos. También fue significativa la introducción en los penales de notas y propaganda del exterior para saber qué estaba ocurriendo y para dar órdenes a la dirección de la cárcel. De igual manera se hacían a mano, y a veces en miniatura,

periódicos clandestinos con noticias del interior del centro penitenciario o reproduciendo los informes, boletines y periódicos que habían llegado de fuera. Un gran modelo de cultura escrita clandestina. Estas enseñanzas y lecturas ayudaban a subir la moral y la autoestima de los presos y presas, recordando que muchos de ellos tenían pena de muerte y esperaban conseguir una reducción de la condena. A estos condenados les asistían en ocasiones otros camaradas presos que eran abogados o expertos en leyes y les asesoraban en los procedimientos judiciales abiertos contra ellos, ya fuera para una condena por adhesión a la rebelión (actividades producidas durante la Guerra Civil) o por actividades políticas contra el régimen. Un ejemplo de ello fue la oficina de penadas que abrió la dirigente comunista Matilde Landa en la cárcel de Ventas al poco tiempo de terminar el conflicto bélico.

Por otra parte, en la lucha clandestina también tuvo importancia el aparato de propaganda, tanto en medios humanos como en recursos técnicos. Figuras como las de los impresores, linotipistas y tipógrafos eran escondidas para que no fueran detenidas, ya que su trabajo era considerado esencial para el partido. Este utilizaba noticias y acciones de militantes que habían sido calificados de héroes y que, a su vez, fueron víctimas de la represión franquista, incluso fusilados. Ejemplos de ello fueron Cristino García Granda, Agustín Zoroa, Ramón Vía, Ricardo Beneyto y José Gómez Gayoso. Las detenciones, juicios y muertes de estos aparecieron en todos los periódicos clandestinos comunistas y en muchos medios de comunicación extranjeros. Era una manera de presionar a las autoridades franquistas, de recriminar sus acciones y de que aparecieran como criminales ante la opinión pública fuera de España. A los juicios acudían comisionados diplomáticos de embajadas y consulados y corresponsales extranjeros de agencias de noticias. Tras las condenas impuestas se iniciaban diferentes campañas internacionales de solidaridad antifranquistas promovidas por el PCE, reclamando la conmutación de penas de los heroicos comunistas sentenciados a muerte. También solicitaban más libertades, la vuelta a un Estado democrático y la libertad para los presos políticos. La prensa internacional, afín al PCE y con información facilitada por esta organización y por sus corresponsales, transmitía las noticias y daba publicidad de la brutal represión franquista, de los miles de republicanos encarcelados y de la injusticia de sus procedimientos judiciales.

Por otro lado, aquellas figuras eran engrandecidas como protagonistas del combate antifranquista y servían como modelo de comportamiento para el

resto de la militancia. En ocasiones, esta última usaba los nombres de los héroes fusilados como manera de autoafirmarse en su lucha y homenajear a sus camaradas legendarios. En las noticias se destacaba el espíritu de sufrimiento y la abnegación de aquellos luchadores ante los torturadores franquistas. A pesar de haber sufrido bárbaras torturas, no delataban a ninguno de sus camaradas para salvaguardar sus vidas. También publicaban las cartas dirigidas a sus familiares o las declaraciones que hicieron ante los jueces, enorgulleciéndose de pertenecer al PCE, del no arrepentimiento de su vida de militante comunista y de su batalla contra el fascismo y contra Franco. La militancia leía con admiración esas noticias y era una forma de alentarlos, de tener conciencia por lo que estaban luchando, de ser buenos revolucionarios y que había que ser fuerte psicológica y físicamente en el caso de ser detenido en los interrogatorios policiales para no delatar a ningún compañero. El partido les defendía moralmente y toda resistencia estaba justificada, creando un vínculo entre el militante y la organización[15].

La identidad de la militancia comunista y el papel protagonista que tuvieron en el entramado social y político los comunistas españoles en la lucha antifranquista iban unidos. Los recuerdos y la memoria de los miles de combatientes que vivieron aquellos sucesos forman parte importante de la cultura comunista. El hecho de adentrarnos en sus experiencias, retratar su veteranía como luchadores, sus historias de vida dentro del PCE al cual ofrecieron su lucha y entregaron casi toda su existencia y energías, el compromiso adquirido por sus ideas y por intentar conseguir un mundo mejor, en el que las libertades fueran protagonistas, es un aspecto muy relevante para comprender toda una época. Nos acercamos a la psicología del militante, a la idiosincrasia y a los aspectos identitarios de la militancia, al ámbito de sus convicciones, de su mitología y de su simbología.

A la vida de aquellos hombres y mujeres que con sus reminiscencias y evocaciones nos ayudarán a conocer y recorrer todos sus espacios vitales: infancia, juventud, acercamiento a las organizaciones políticas juveniles como la JSU, ingreso en un colectivo político como fue el PCE, el porqué y el significado de sus luchas, sus principales actividades antifranquistas, los momentos de detención y los distintos tipos de represión vividas, los avatares en sus estancias penitenciarias y sus largos años de presidio, el papel básico de la mujer en el combate antifranquista y la reflexión del sujeto una vez conseguida la libertad sobre el desarrollo de su vida militante. A continuación,

y estructurados en bloques temáticos, analizaremos diversos testimonios de comunistas que a través de sus recuerdos nos ayudarán a entender la personalidad, la singularidad y la cultura comunista del militante en aquellos años duros de oposición antifranquista.

LAS RAZONES PARA MILITAR Y EL INGRESO EN EL PCE

La unidad, la identidad y la disciplina eran básicas entre el conjunto que formaban la militancia y el partido. Debido a ello, la entrada y la incorporación al PCE era uno de los momentos más importantes en la vida de un comunista. La posesión del carné del partido, aparte de ser algo simbólico, era la culminación del o de la militante. Las causas de entrada para los noveles militantes en la JSU o en el PCE podían ser variadas. Hubo casos en los que ingresaron porque tenían familiares represaliados, encarcelados o fusilados, siendo una manera de eximir o exonerar esa carga personal y lo tomaban como una especie de revanchismo contra los crueles represores de sus seres queridos. Todo ello formaba parte de unos principios de socialización política con distintos modos de divulgación de los comportamientos y los valores transmitidos a la militancia. En ello aparecían las afinidades familiares y la influencia del parentesco para transmitir una disposición de lucha y de resistencia.

El ingreso, de manera generalizada, iba avalado por otros militantes. Una vez recibida la solicitud, los secretarios de organización u otras secretarías de dirección del comité provincial correspondiente aceptaban o rechazaban el ingreso del solicitante, tras estudiar cada caso, según el pasado de la persona que quería ingresar en el partido o dependiendo de quién o quiénes les habían avalado para saber si tenían la garantía suficiente y el merecimiento de formar parte de esta organización.

Isabel Sanz Toledano expuso los motivos por lo que ingresó en el PCE: "Veía que era la organización más seria y organizada con la política de Unión Nacional. La vida en la clandestinidad era dura, con nombres supuestos y conociéndonos poca gente en la calle, sin saber identidad alguna, ni su vida ni domicilio". La seriedad de los que ya conocía y la propia organización es lo que llevó a Isabel a militar. Para otros las causas de militar fueron las vivencias de barrio, los abusos sociales y laborales, la captación y la movilización de otros

camaradas que atrajeron a nuevos integrantes a la organización. Fue el caso de Luis Berlinches Raso: "Al terminar la Guerra Civil veo como persiguen a mis tíos por parte de la Guardia Civil. Tengo que entrar a estudiar o trabajar, me busco un trabajo con 14 años, veo el sacrificio del trabajador y los inconvenientes de los patronos, se despierta algo en mí que me hace militar".

José Perón Rodríguez ingresó en la JSU porque "las injusticias que veía me llevaron a conocer a jóvenes de mi barrio, me preguntaron si quería ser de la JSU y dije que sí, sabía que el franquismo era un sistema represivo". En el barrio fue donde el comunista Ignacio López Maroto tuvo los primeros contactos con una organización política: "En un callejón parábamos con otros jóvenes amigos y estábamos ligados a los problemas sociales. Mi padre trabajaba en la construcción y era de la UGT. Se hacían huelgas con pistolas por los esquiroles, fuimos perseguidos y en mi casa se pasaba hambre. Ese ambiente que se vivía en el barrio, lo de mi familia y lo que veías, te hacían que tuvieras participación y eso te curtía, por eso milité".

Una dramática y represiva experiencia familiar de adolescente fue lo que llevó a Antonio Sastre López a ingresar en el partido:

> Mis primeras noticias de la existencia del PCE fue cuando empecé a trabajar de chapista. Era el peor partido que podía querer el régimen. Era una injusticia, el pueblo pasando hambre, decían que se vivía mejor que en otros sitios. Una noche empezaron a tocar el *¡Cara al sol!* y no salimos a cantarlo, no nos dimos cuenta. Entraron ocho falangistas en mi casa y empezaron a pegar a mis padres, a mis hermanas y a mí. Yo tenía 14 años. A mi hermana de 18 meses la cogieron por un pie y le encañonaron con una pistola en la cabeza, diciendo que era un engendro rojo. Eso no podía olvidarlo. A mí me hicieron comunista los falangistas.

Incluso a pesar de las posibles consecuencias que tuvieran por militar, muchos y muchas no se lo pensaron, como en el caso de la histórica dirigente Juana Doña Jiménez: "Un camarada me dice si quiero colaborar, indicándome que tengo que ser fuerte y me habla claro. ¡Aquí no hay medias tintas! ¡Hay muchas posibilidades de que te fusilen porque esto es duro! Sentí miedo pero valían más mi sentido de responsabilidad, mis ideales y mi sentido de luchadora que el miedo que podía pasar y sentir". Matías Esteban Franco resume en sus declaraciones varias de las principales características que hemos expuesto sobre el hecho de elegir al PCE como organización política para ingresar y ser el partido más combativo durante la Guerra Civil:

> El PCE fue el alma de la resistencia española. No porque los hombres que militaban en las diferentes organizaciones fueran mejor o peor. Era desde el punto de vista de la forma de organización. Tenían un sentido mejor de la disciplina, el sentido de la necesidad de hacer un ejército único para defenderse, eso

creaba una mayor unidad para realizar lo que queríamos. Teníamos el carné, teníamos las orientaciones, pero lo fundamental era que nosotros más que una labor política estábamos haciendo una labor de defensa[16].

INCERTIDUMBRES Y TEMORES A SER DENUNCIADOS Y DETENIDOS

Una vez finalizada la guerra civil española, e incluso antes, tuvo lugar una política represiva desmedida y violenta por parte de los sublevados y luego de las autoridades franquistas contra los vencidos y los enemigos del nuevo régimen. Una represión de eliminación y venganza contra los adversarios. Había que acabar con cualquier tipo de oposición, de ideología y hasta de forma de pensar que no fuera la suya. Había que desideologizar a gran parte de la sociedad y hacerles creer que ellos habían tenido la culpa de lo acontecido, por este motivo se les criminalizaba. Tenían que finiquitar y cortar de raíz con cualquier sospecha de movimiento obrero e ideología política que no fuera análoga a los principios fundamentales del movimiento. Se produjo una persecución contra los denominados antiespañoles, revolucionarios, laicos, rojos y masones. Para ello, el franquismo edificó un aparato policial y militar totalitario donde sus señas de actuación fueron la violencia, el terror, las depuraciones y los castigos. Apoyado en una justicia militar con la promulgación de una serie de leyes represivas que les daban una legalidad para sus acciones represivas, una política penitenciara de encarcelamiento de cientos de miles de republicanos y contando con el beneplácito y la ayuda de la Iglesia católica. No obstante, no solo fue una represión física sino también política, cultural, social, económica y sexual.

En el seno del combate clandestino antifranquista, una de las circunstancias que más inquietaba a los cuadros y simpatizantes eran las delaciones y denuncias por parte de los confidentes, soplones y espías que estaban infiltrados en la organización y aportaban informaciones a las fuerzas del orden franquistas que facilitaron las detenciones de gran cantidad de comunistas. Esto produjo que muchos de ellos que pudieron integrarse en los comités clandestinos estuvieran escondidos por miedo y no formaran parte del principal partido opositor a la dictadura. Incluso en el ámbito cotidiano y

social del día a día de los españoles hubo importantes cambios debido al control exhaustivo que ejercían sobre la población. Todo tenía que estar integrado en la nueva realidad del control de las autoridades franquistas y falangistas. La búsqueda de trabajo, los viajes y la movilidad por las provincias y el país, la adquisición de las cartillas de racionamiento y para cualquier trámite oficial tenían que tener una cédula personal conseguida en un organismo estatal y rellenar una ficha policial para comprobar que no tuvieran antecedentes penales, teniendo que presentar avales para sacar un salvoconducto. Las personas de moral y condición peligrosa eran vistas como enemigas por el nuevo orden establecido y por ello había que perseguirlas[17].

Isabel Sanz Toledano describía la situación de temor vivida con el final de la contienda bélica y las denuncias sufridas al intentar conseguir un puesto de trabajo por haber formado parte de la Federación Universitaria Escolar (FUE):

> Una de las primeras medidas que Franco tomó fue que se denunciaran unos a otros. Si te querías incorporar a un trabajo, debías rellenar todos los datos en un impreso y debajo poner a los compañeros que conocías, qué actividades tenías, si trabajabas durante la guerra, qué conversaciones tenías… Eso para entrar en un instituto mismo, incluso para estudiar, también para los barrios, los jefes de casa, los porteros también, los vecinos, qué actividades tenías o qué habías hecho, si no los echaban de las porterías y a los jefes de las casas a la cárcel. El que quisiera incorporarse, ya fueran funcionarios del Estado, del ayuntamiento, del ministerio, el que quisiera incorporarse a un trabajo, incluso un obrero, tenía que decir a quién conocía, por lo menos tres o cuatro había que decir o no te daban plaza o te detenían. Tuve once denuncias, todos los compañeros, ellos querían entrar donde querían y por eso denunciaban a los demás. Además habían sido amigos. No tomé venganza de ninguno porque luego al salir algunos me vieron por la calle y me pidieron perdón.

Gabriel Aguilera Gómez manifestó su experiencia en aquellos primeros meses de posguerra y poco antes de incorporarse a la clandestinidad del partido: "En los primeros meses la desconfianza era absoluta con todos, no te podías fiar ni de tu sombra porque tenías experiencia de que padres habían denunciado a hijos y a familiares, por ello no te podías fiar de nadie. Luego en la clandestinidad la vida era dura y difícil. En la lucha clandestina debes ir vestido mejor que nadie para que nadie sospeche de ti". Concha Carretero Sanz declaró el miedo vivido, no solo por ella, sino por su familia, sobre todo por su madre: "Existía miedo y más por los chivatazos y los soplones que había entre los compañeros. Tenía a mis dos hermanos encarcelados y mi madre estaba casi en la calle, sin dinero y sin sitio para irnos a vivir. Si contactabas con algún camarada podías acabar detenido porque estaba al servicio de la Policía o porque le habían seguido y luego te detenían a ti"[18].

LA CLANDESTINIDAD EN PRIMERA PERSONA

Una vez que los grupos de comunistas se adaptaron a las difíciles condiciones de militar en la clandestinidad, se unieron y formaron células en diferentes comités provinciales con sus respectivas secretarías. Las tareas que desarrolló la militancia fueron variadas a lo largo de la década de los años cuarenta del siglo pasado. Realizaron labores asistenciales para ayudar a los presos, a sus familias y a los perseguidos en agrupaciones similares a las del Socorro Rojo en las que se vendían bonos de solidaridad, sellos de cotización y objetos que conseguían por donaciones o realizados en el interior de las cárceles o para introducir y sacar notas, periódicos o panfletos de las prisiones. Otros militantes actuaban como puntos de apoyo, enlaces y aportando sus domicilios como estafetas para esconder a los camaradas y para recibir el correo o paquetes. También trabajaban en las secretarías de agitación y propaganda, realizando tareas como reparto de periódicos y panfletos, recaudación del dinero de las cotizaciones de los militantes y ayuda en la tirada de prensa escrita clandestina o folletos de propaganda a los impresores encargados de ese trabajo.

Una vertiente de la actividad militante fue la desarrollada en los grupos de lucha armada englobados en las agrupaciones guerrilleras, ya fueran rurales o urbanas. Isabel Sanz nos explicaba cómo se organizaron los primeros grupos y las condiciones en clandestinidad:

> Nada más terminar la guerra, hubo mujeres que se organizaron como un Socorro Rojo para recoger dinero para llevar alimentos y ropa a los padres a las cárceles. [...] Veías con quién te arrimabas con los que habías estado, si veías a alguien allí conocido, allí ibas y procurabas no perder el contacto, si nos podíamos ayudar, lo hacíamos. Además no sabías ni los nombres. Si los conocías de antes, sí. Pero en caso contrario no, era un nombre inventado. No preguntabas de dónde había venido, si te preguntaba el nombre, ese era un fascista que venía a sacarte cosas. Siempre ibas con cuidado con tal hora y lugar, escondiéndonos. Había algún atrevido que iba a la embajada inglesa pero si le cogían con los boletines, le metían en la cárcel. Tú escuchabas sobre eso y averiguabas cómo los aliados se unían. Se fue organizando la cosa más políticamente, sabíamos que era una cosa de tres o cuatro, una troika o una célula, nos veíamos en la calle o donde fuera. Teníamos más trabajo y más papeles, repartíamos octavillas, siendo la organización más seria. [...] Era duro vivir en la clandestinidad, el no ser sincero, no se puede hacer lo que uno quiere ni confiar en nadie, es mejor una democracia y una libertad porque no había que esconderse.

Gabriel Aguilera insistió en las condiciones duras en las que tuvieron que desenvolverse cuando manifestaba sus experiencias en la primera clandestinidad: "Los nombres no existen, solo son nombres de guerra, las

entrevistas las hacíamos al paso. Hemos quedado a las cinco en tal sitio, en el semáforo este y pasabas de lado y hablabas, no esperas como tal a la novia, treinta segundos y se ha perdido el contacto. Las órdenes son verticales en la clandestinidad, tienes autonomía en decidir, de la misma manera que yo pierdo un contacto, es uno a uno, cada uno tiene su trabajo y su misión y procura no salir de ahí".

En las entrevistas realizadas hay varios ejemplos de militantes que actuaron en la lucha armada contra la dictadura. Luis Berlinches Raso describía su paso por un grupo de la guerrilla urbana madrileña, muy poco conocido:

Me incorporé a un grupo y lo primero que hicimos fue pegar carteles y octavillas por todo Madrid durante 1946 y a principios del año siguiente, hacemos un grupo de ciudad perteneciente a la JSU. Pusimos unos petardos en la zona de Cuatro Caminos, no de gran calibre. Los poníamos a partir de las 12 de la noche para no causar ninguna víctima. Se elegían objetivos como tiendas para denunciar el hambre que se pasaba en Madrid, incluso más dura que durante la guerra. Eran tiendas de tipo alimentario, como las Mantequerías Leonesas que entonces estaban muy en auge, protestando por la carestía de la vida y el nivel de vida que era bajo. Solo causaban daños materiales y queríamos llamar la atención. Todo eso repercutía en las campañas que se hacían desde el exterior de cara a lo que aquí se estaba haciendo. También llenamos la Castellana de propaganda cuando había desfiles, en fechas determinadas y concretas. En una caja de zapatos pequeña metían el cartucho entre papeles y la mecha larga, le prendías y salías corriendo, casi no nos daba tiempo. Saltaron los cristales e hizo mucho ruido. El petardo ya venía preparado y nosotros nos encargábamos de ponerlo en el objetivo. Algunas no explotaban porque eran de fabricación artesanal.

Francisco Corrais formó parte de una de las guerrillas que desarrollaron una actividad más intensa en Madrid, junto al héroe de la resistencia francesa Cristino García Granda. En sus recuerdos indicaba que primero realizaban acciones de propaganda para pasar más adelante a actividades más contundentes. Es destacable la alusión que hace al llamamiento por parte del partido para reclutar a voluntarios que formaran parte de las guerrillas. Corrais no se lo pensó y con la ayuda de algún camarada, debido a su mala experiencia con los falangistas y a sus principios, se adhirió a la lucha: "Empecé a reunirme con una serie de jóvenes que estaban cansados como yo del trato recibido por parte de los franquistas y de los falangistas. Empezamos con pegadas de carteles que hacían ellos mismos aleccionando en contra del régimen. A finales de 1944, pasé a la guerrilla urbana de Madrid porque hacían falta voluntarios. Lo decía el mismo *Mundo Obrero* y las proclamas del partido".

Antonio Sastre López empezó su militancia siendo joven:

Mis primeras actividades fueron poner banderas y repartir propaganda. Pusimos una bandera

republicana enorme enfrente de la comisaría de Reina Victoria, que tuvieron que venir los bomberos a quitarla, y cortamos la corriente de todo el barrio. Estuvo desde las seis de la mañana hasta el mediodía. La lucha al principio la vivías como cosas de juventud pero defendiendo lo nuestro y jugándonos la vida. Después del trabajo, por la noche hacíamos las actividades, de nueve a diez hasta las doce o la una de la madrugada. […] Unos pegaban los carteles y otros estaban de vigilancia. Pegamos muchas banderitas. Una vez que estaba haciendo guardia vi a un sereno que llevaba una estaca, eran muy malos, puestos por el régimen para reprimir. A veces iban armados. Yo no tenía ni una navaja y nosotros no íbamos armados. Se acercó a mí y me dice: ¿Qué hacéis? Me meto la mano en el abrigo y le apunto como haciendo ver que llevaba una pistola y le digo: Salga corriendo ahora mismo hasta Quevedo o se queda frito. El sereno me obedeció y se fue corriendo Bravo Murillo abajo. En noviembre de 1946 pasé a guerrilleros, a un grupo de acción. Poníamos petardos en tiendas como Mantequerías Leonesas que en una de ellas saltaron los jamones a la calle. Otras veces no poníamos nada porque había mucha gente por allí.

No solamente hubo hombres entre los militantes que participaron en la guerrilla, también mujeres. De estas, no solamente fueron enlaces o correos para llevar notas, armamento o artefactos, sino que también tuvieron parte activa como guerrilleras. Fue el caso de la dirigente Juana Doña, que declaraba su implicación en la lucha armada de la siguiente manera:

Nosotros éramos de la guerrilla de Paco el Catalán. Me vino Juan Sanz y me dijo que si me planteaba en serio colaborar. Yo estaba destrozada tras haber sido fusilado Eugenio Mesón y dije que sí, que me jugaba la vida por el partido. Me dijo que había que ir a Valdemanco a recoger dinamita y explosivos donde había un campo de trabajadores, traer el material y pasárselo a la organización. Yo traía fulminantes y la dinamita para fabricar los explosivos. Iba los jueves con una bolsa de lona y la llevaba vacía con papeles y telas porque a la hora que iba siempre coincidía con una pareja de la Guardia Civil en el autobús. Intentaba entrar la primera y salir la última pero como ellos siempre iban y me empezaron a conocer, me daban preferencia y me decían rubia. Me había teñido el pelo. Yo iba con una cruz y vestida como una monjita. Les decía que iba al batallón de trabajadores porque era la cuñada del enfermero, haciéndome la tontita. Allí me ayudaba la mujer del peón caminero, llenando las bolsitas y regresaba a Madrid en el autobús. […] Lo de más renombre que hicimos fue lo de las dos bombas, una en la embajada de Argentina y la otra en la calle Correos en 1947. Le teníamos que demostrar al embajador argentino en Madrid según sus declaraciones que España no era un oasis. En vez de poner el artefacto debajo de un coche o en una pastelería dijimos que fuera allí y tuvo mucha resonancia. Se cerraron portales y las tiendas, no hubo muchos destrozos porque era un petardo pequeño, era para llamar la atención. El primer objetivo era ponerlo en la sede provincial de la Falange en Madrid de la calle Alcalá, pero cuando fuimos estaba cerrado por unas obras de mejora. Se cerró todo, la gente diciendo que venían los guerrilleros y se iban a sus casas corriendo.

También tenemos el ejemplo de dos militantes que se exiliaron y entraron en España por órdenes del partido, tras haberse formado en tierras francesas para la lucha en el interior del país. Ignacio López Maroto a sus diecinueve años fue uno de los más de 2.500 pasajeros republicanos del buque británico Stanbrook que partió del puerto de Alicante en la noche del 28 de marzo de 1939 y tras veintidós horas de travesía llegó al puerto de Mazalquivir, en Orán (Argelia), siendo el destino de muchos de ellos los campos de concentración.

Así recordaba sus vivencias y condiciones de vida en Francia:

Estaba entrenando para pasar a España para las guerrillas en las inmediaciones de Argel, sin armamento. Nos preparaban política y físicamente, practicando con multicopistas e imprentas. Pero vino una orden de suspender todo eso y me mandan en 1944 a Francia, en un barco atravesando el levante español. La tripulación era del partido y al llegar a Marsella me dieron una documentación falsa. Luego fui a Toulouse para ayudar a la dirección de la JSU con [Fernando] Claudín, [Ignacio] Gallego y [Santiago] Carrillo. Nos trasladaron a París con otros miembros de la JSU, llevando el tema de la propaganda de la organización juvenil en Francia pero pagándole el partido. Escribía artículos y organizaba el periódico *Juventud*. Me detiene la policía en la pensión donde vivía, gracias a un chivatazo. Yo estaba muy fuerte por lo del entrenamiento para la guerrilla. Me piden la documentación y estaba en calzoncillos. Me dicen que les acompañe a una comisaría de Policía con más gente pero me escapo porque si no te encerraban. El partido me envió a Toulouse y nos preparan varios camaradas para pasar a España, sin nombres ni nada, todo secreto, incluso nos dan una clave con cifras y letras. Cuando salí de Francia hacia España, ya había sido delatado.

Gervasio Puerta García, en su entrevista, expresaba su crítica al valorar su experiencia de entrada al país, por la falta de condiciones de seguridad con las que eran enviados los cuadros de la organización de Francia a España. Al mismo tiempo, se reconocía agradecido por sus experiencias en las acciones desarrolladas en la militancia clandestina:

Tengo que hacer una crítica seria porque las condiciones en las que veníamos a España no eran las más idóneas o mejores. El riesgo que pasábamos era enorme, muchísimo, tan enorme que a muchos de los que pasaron a España les detuvieron antes de llegar a su destino. Yo tuve una suerte loca, tanto en mi trayectoria de clandestinidad y luego en España, aunque después mi caída fue tonta. He sido decidido y arriesgado pero la llegada a España fue un error tremendo, no lo calibré, vine a España a la aventura. [...] La actividad del partido ha sido muy intensa, me sirvió de mucha experiencia y de mucho conocimiento, no solo del partido, sino de la política nacional e internacional. Eso te va creando unas condiciones que vas adquiriendo sobre la propia marcha.

Los testimonios de mujeres comunistas abundan con respecto a su coyuntura vital como combatientes antifranquistas. Es el caso de Concha Carretero Sanz que nos contaba cómo fue su experiencia en el enfrentamiento contra el fascismo y el porqué de la lucha:

Había gente que no conocías y encuentras mucha solidaridad, aquello que tenían y te encuentras con una gran satisfacción. [...] La lucha clandestina fue justa y necesaria, nos jugamos la vida muchos, otros la perdieron. Pero que fue muy grande y era necesario hacerlo y no dejarse vencer. [...] Sentías que lo estaban pasando mal tus camaradas, tus amigos, los que estaban luchando por una razón, no luchábamos por nada malo, sino por una razón, por lo que era nuestro, por lo que nos habían quitado y queríamos recuperarlo y por el bienestar y un mundo mejor.

María Salvo Iborra ingresó durante la Guerra Civil en la JSU. Su militancia se desarrolló en Barcelona, donde participó en la creación de centros

culturales y clubs deportivos. Pudo formarse en la Escuela de Cuadros de Capacitación donde les preparaban no solamente de manera política e ideológica, sino, como ella manifestaba, "para saber por qué luchábamos, para el bienestar de los obreros, para erradicar el analfabetismo, para el reconocimiento de la mujer, para tener unas leyes progresistas…". Al finalizar la Guerra Civil sufrió una serie de desgracias familiares que la motivaron para seguir la lucha. Su padre en el exilio. Su hermano en el Ejército. Y su madre que acabaría suicidándose ante la desesperación que sufría. Así lo narraba:

> Mi vida no tenía ningún sentido. Tenía que hacer algo para la gente represaliada, para las familias que tenían alguno de los suyos en la cárcel. Era 1941, en plena represión brutal. Hicimos un grupo de solidaridad. Nos agrupamos para hacer una labor de denuncia del régimen, de lo que era la represión. Se organizaron grupos del PCE y del PSUC. […] Se me pidió estando en Murcia participar en la lucha antifranquista y acepté. Me impliqué con un carácter político para intentar reorganizar la JSU y por eso me fui a Madrid[19].

LAS DETENCIONES, LAS TORTURAS Y LOS 'JUICIOS'

Las distintas reorganizaciones de los radios, sectores y comités que formaban parte de las direcciones del PCE fueron desarticulándose con bastante frecuencia. No obstante, a pesar de las continuas detenciones producidas, cuando un grupo caía, rápidamente era relevado por otro que le reemplazaba en el trabajo clandestino. Los enlaces eran poco estables y las redadas policiales y de las fuerzas del orden franquistas fueron muy frecuentes, con la detención de cientos de comunistas. Esto provocó el temor dentro de la militancia a las delaciones, a las consiguientes detenciones y, como resultado final, las bárbaras torturas a los detenidos por parte de los policías y miembros de la Guardia Civil en las comisarías y cuarteles. La salvaguardia y la resistencia personal estaban en ocasiones por encima de toda implicación en la lucha y de las órdenes emanadas por las estructuras superiores de la organización. A ello ayudó el armazón policial franquista que constituyó un sistema paralelo de delatores e informadores compuesto por soplones y agentes dobles que penetraban en los grupos de militantes comunistas.

En el momento de la detención se iniciaba el desarrollo de la maquinaria represiva franquista. Empleando el argot policial represor y utilizando las "noticias confidenciales recibidas por comparecientes que estaban comprometidos en la organización clandestina comunista" para "utilizando

métodos interrogatorios" y "obligado a decir la verdad y de las penas que incurra el reo de falso testimonio, prometa que será veraz", sin tocar ni siquiera a los detenidos, avisaban de las probables consecuencias que podría tener el hecho de no decir "su verdad" o no escuchar lo que los represores querían oír.

En multitud de ocasiones, las declaraciones eran obtenidas bajo tortura. Hubo ocasiones en que las torturas se les fueron de las manos y provocaron la muerte del detenido. Ahí empezaba la verdadera odisea de los apresados. Son indescriptibles los tormentos de las palizas sufridas y el trato inhumano y vejatorio padecido en aquellos centros policiales y cuarteles de la Guardia Civil. Se llegó a comentar que en la Dirección General de Seguridad (DGS) contaron con los servicios de boxeadores profesionales para los interrogatorios a presos. Las bárbaras técnicas utilizadas fueron enseñadas por miembros de la Gestapo alemana en la asistencia técnica que prestaban al régimen español. Todo esto minaba la capacidad de resistencia de los detenidos. Debido a ello, una de las normas emitidas por los organismos superiores del PCE a sus militantes era que tuvieran capacidad de resistencia para no denunciar a ningún camarada ni decir lo que sabían. En esta directriz intencionada transmitían que lo importante era el partido y su militancia. Era más valiosa la vida de varios militantes que la de uno o la caída de este que la del grupo. A partir de ahí entraba la capacidad y decisión del o de la detenida. No era igual ceder por propia decisión y sin ser torturado que declarar todo sin sufrir ningún maltrato. Hubo ejemplos de todo tipo, incluso algunos comunistas detenidos que intentaron suicidarse (el caso de algún preso que fue corriendo hacia una pared para intentar reventarse contra ella) o lo lograron para no implicar a ninguno de sus camaradas.

En el caso de Madrid, los detenidos comunistas eran llevados a las cárceles a la espera del juicio. Antes de esto tenían que declarar ante el juzgado de Espionaje, Masonería y Comunismo, cuyo primer juez instructor fue Jesualdo de la Iglesia Rosillo y a continuación Enrique Eymar Fernández. Estos recibían informes de la conducta política y los antecedentes penales de los presos y presas de la Causa General, de las juntas locales de Falange y del Ministerio del Interior (Ministerio de la Gobernación durante el franquismo). Con todo ello, y las declaraciones, el juez elevaba la causa al auditor del juzgado correspondiente, el fiscal emitía sus penas, daban lectura de las mismas a los procesados y fijaban fecha para el consejo de guerra. Un "juicio" en el que no

había ninguna legitimidad jurídica y donde el propio abogado defensor implantado era un militar. Una vez celebrado el consejo de guerra, las condenas impuestas podían ser por adhesión a la rebelión militar por hechos ocurridos durante la Guerra Civil o por delitos contra la seguridad interior del Estado, debido a las acciones de lucha antifranquista previstas en varios artículos del Código de Justicia Militar[20].

Los testimonios de los martirios sufridos en los interrogatorios son muy abundantes, ya que fueron estos y muchos más los que tuvieron la desgracia de soportar aquellas salvajes técnicas (corrientes eléctricas, baños de agua, azotes con vergajos, tortura psicológica) a manos de los verdugos y esbirros franquistas y falangistas. José Perón narraba la experiencia imborrable por lo sufrido tras su detención:

> La noche del 11 de octubre [de 1946] un grupo de falangistas salió a cazar rojos. Yo pertenecía a un grupo de la JSU. El alcalde de Puente de Vallecas armó a los jóvenes falangistas y esa noche salimos a hacer actividades del grupo. Allí nos cogieron, arrojando la propaganda. Me llevaron al centro de Falange del Puente de Vallecas y se ensañaron conmigo para darme una paliza. Enseguida llamaron a la Guardia Civil y di gracias porque si no, me hubieran ahorcado, tenía la cuerda puesta. Se hizo cargo de mí y me llevaron al cuartel de la Guardia Civil del Puente de Vallecas. Como era el día 11 de madrugada, el día 12 era el día de la Fiesta de la Raza. Me metieron en un cuarto y había colgados unos vergajos. Me hacen unas preguntas y dije que no había hecho nada y que había conocido a esos chicos esa noche. Me increparon diciendo que sabían quiénes éramos, insultándome. Estábamos señalados por todos, por los falangistas y por algún chivatazo.

Antonio Sastre recordaba su paso por la Dirección General de Seguridad y el juicio que tuvo:

> Fui el último en ser detenido, ni me preguntaron por nadie. Me tuvieron en Gobernación durante treinta y seis días pegándome una paliza diaria y no me preguntaron nada. Te pegaban y ya está. […] Cuando me detienen tenía en mi casa unos artefactos, no podía negarlo y todos me acusaron de que los tenía yo. Dije dónde estaban porque me amenazaron con llevar a mi madre presa. Me pegaban todos los días por la noche. Me desnudaban de cintura para arriba y me pegaban con toallas mojadas. Me daban palizas sin preguntar nada. Era una habitación bastante grande, con una escasa luz en el techo. Como sabía que iban a por mí y me daban en el estómago, no cenaba y te venían nada más cenar, si tenías el estómago lleno, lo que podía pasarte. […] En la prisión de Ocaña fue el juicio en un salón con mesas alrededor, lleno de militares, la mayoría eran coroneles con sus sables encima de la mesa. Nos acusan de cosas que yo no había realizado. La intervención del "defensor" fue que "estos señores son culpables, solo pido clemencia para ellos", esa fue la defensa. Dije que quería hablar y todos los coroneles dando voces y pegando con los sables encima de la mesa, después de decir que nosotros no queríamos ser juzgados por lo militar, sino ser juzgados por lo civil. Era todo lo que decíamos. Nos pedían pena de muerte y me pusieron veinte años, y treinta para los demás del grupo de acción.

Una mujer represaliada que soportó las torturas y se atuvo a las directrices del partido (no delatar a nadie y sentirse que no era una chivata por ello) fue

Pilar Claudín Pontes. En su experiencia personal contaba sus malos momentos. Los escalofríos que le producían los recuerdos de haber pasado por las manos represoras de sus castigadores. La sorpresa que le produjeron las celdas de la Dirección General de Seguridad denominadas "Siberia", por el frío que hacía en su interior, por la inaccesibilidad del emplazamiento y por el sufrimiento que tenían los detenidos y las detenidas pensando en que iban a ir a la sala de interrogatorios. Los presos se afligían pensando en si podrían aguantar las torturas y se condicionaban psicológicamente debido a la resistencia física para dar paso a una lucha interna, al no saber qué pasaría hasta que llegara el momento de la tortura. Era una dualidad, por una parte ser víctima de la tortura a manos de los verdugos franquistas y por otro lado por las luchas internas mentales de uno mismo. Pilar lo reflejaba así:

> Me pidieron los nombres de los enlaces, pues querían derrumbar todo el aparato de propaganda. Pero desde luego por mí no cayó nadie. La tortura no fue sanguinaria pero recuerdo que sentí que todos los días me iban a violar porque esa era la amenaza. Eso me afectó mucho hasta que me hice un lavado de cerebro y pensé: bueno, a lo mejor me violan y me quedo embarazada pero ese hijo será hijo de la lucha, por lo que será el mayor orgullo que podría tener. Sería un hijo fruto de una violación pero también de mi valentía de no querer hablar. [...] Todas las noches sabíamos que nos iban a subir al interrogatorio, donde unas veces nos maltrataban y otras no, pero lo más violento para mí eran las frecuentes amenazas de que me iban a violar pues tenía 21 años y era virgen. Hubo días en que fue tal la paliza que recuerdo que subía con la nariz ensangrentada y los ojos amoratados. [...] Cada vez que me torturaban regresaba llena de alegría porque esa era la prueba de que conmigo no podían, yo no era una chivata. [...] Esas vivencias están incrustadas en el presente, en cada cosa que hacemos, adonde vamos, somos la construcción de todo nuestro atrevimiento, no hay una fecha que destaque sobre otra ni un diciembre que nos marque más que otros, solo hay miradas en los días, ojos que se nos clavan como espadas, manos que nos aprietan y puertas que se cierran en el oído de la historia como el cerrojo de la celda en la Dirección General de Seguridad cuando me llevaron presa. Ese golpe de fierro contra fierro que me devuelve la memoria y me despierta muchas madrugadas en esta casa.

Otro recuerdo de represión no vivida en su persona pero terrible de escuchar fue la historia vivida por Juana Doña al recordar a uno de sus compañeros de lucha tras pasar por las manos de los policías franquistas en uno de los momentos más represivos del franquismo como fueron las primeras semanas de posguerra. Este comunista fue Sinesio Cavada Guisado, Pionero, que tras haber sido engañado por la policía para facilitar los nombres de sus camaradas y no librarse por ello de unas terribles palizas terminaría siendo fusilado el 15 de septiembre de 1939. Juana Doña manifestaba que en ocasiones, por encima de los principios y el amor al partido, estaba la resistencia física del ser humano:

Vi a un camarada [al] que le habían arrancado el mentón. No lo tenía. Que me digan que ese hombre habló. Por ello no es un traidor porque no ha podido resistir más. Si te dan dos hostias y hablas, eres un flojo. Si son hostias, no pasa nada y patadas tampoco. Pero cuando te quitan una mandíbula y [te dejan] los testículos deshechos de las patadas ahí pues ya la gente no sabe ni lo que dice. A mí cuando llego a Yeserías, se lo digo a Eugenio [Mesón]. Ascanio dijo que lo que hizo Pionero era tremendo, ha hablado tanto que ha cogido y le han puesto folios y ha escrito todo lo que era verdad y lo que era mentira. Mesón dijo que cuando has sido pinchado con una horquilla de esas de campo y te han sacado media masa encefálica, no digas que ha hablado, no ha resistido y si a las primeras de cambio habla, entonces era un chivato. Hay momentos que la ideología no puede aguantar por mucho que quieras[21].

UNA VIDA EN PRESIDIO

El régimen dictatorial franquista habilitó decenas de edificios para recluir a los miles y miles de republicanos que ingresaron en prisión una vez terminada la Guerra Civil, independientemente de los campos de internamiento y concentración donde también encerraron a miles de enemigos del nuevo régimen. Era uno de los múltiples ejes represivos con los que contaba la dictadura. Los presos estuvieron estigmatizados como si fueran malhechores políticos y tuvieron que hacer frente a esa imagen irreal de criminalización que les impusieron. El paso de las cárceles habilitadas y los campos de concentración militares a las prisiones centralizadas fue el principal mecanismo de la configuración penitenciaria nacional-católica. El sistema de redención de penas constituyó la legalización del castigo de la dictadura de Franco y dispuso unos referentes a la justicia y a las prisiones franquistas. Todo ese control, desde la utilización de los prisioneros como mano de obra esclava hasta el comportamiento de los presidiarios en el interior de las cárceles (si eran sancionados, perdían los beneficios obtenidos, las rebajas de condena y las visitas de los familiares), fue una constante de la política penitenciara franquista. Los supuestos intentos de reeducación no eran más que un intento de doblegar a los militantes. La disciplina militar que se aplicaba y la deshumanización de los presos con un trato vejatorio que recibían por parte de los funcionarios de prisiones, de miembros de la Guardia Civil y de las monjas en cárceles de mujeres, así como la concesión o no de la libertad vigilada, fueron mecanismos de represión, censura y presión social utilizados durante el primer franquismo.

Las prisiones estaban abarrotadas y en mal estado. Los traslados de una prisión a otra eran constantes. Tenían la finalidad de doblegar social y

humanamente a la población reclusa. Se les repetía diariamente que ante cualquier intento de fuga, de organización de movimiento opositor o de mal comportamiento serían castigados. No obstante, los comunistas en todas las cárceles organizaron una dirección del partido con sus diferentes secretarías. La militancia comunista realizaba protestas por las malas condiciones que tenían (alimentación, obligación de ir a misa y cantar los himnos falangistas, tareas a desarrollar, las enfermedades contraídas como la tuberculosis o la avitaminosis y el trato recibido), publicaron periódicos y propaganda clandestina e incluso llegaron a impartir clases de alfabetización, de formación política y de diversas asignaturas como matemáticas, física o historia. Esta situación ayudó a que muchos reclusos tuvieran un espíritu combativo y no se vinieran abajo moralmente, reforzando su identidad comunista y su vida política. Vicenta Camacho Abad estuvo en la prisión madrileña de Ventas y en la de Segovia y recordaba su experiencia carcelaria de la siguiente manera:

Después del juicio fuimos a la cárcel de Ventas. Siempre que había una cosa denunciábamos lo que había pasado dentro de las posibilidades que teníamos. Llegamos a una huelga de hambre porque en la prisión de hombres de Alcalá de Henares se estaba haciendo otra para apoyar. La huelga de hambre de Ventas no tuvo nada que ver con la de Segovia porque fue un paseo triunfal. Lo primero que no te quitaron los alimentos, cuatro días, saliste de la huelga y no hubo castigo. En noviembre de 1947 nos llevaron de Ventas a 60 o 64 mujeres para Segovia. Quitaron el sanatorio antituberculoso de la cárcel. Nos trasladó la Guardia Civil, esposadas y llevando nuestras maletas. Íbamos despacio, de la estación a la prisión. Dos departamentos de políticas, una de comunes y otra de personas mayores. En Segovia había muchas deficiencias, más de 500 mujeres, el régimen era distinto. Menos controlado, bajábamos más al patio, el aire te entraba bien porque no era muy alto. La huelga de Segovia fue más dura. [...] Me mandaron de nuevo a Ventas a trabajar al taller, fuimos unas 15, nos negamos a trabajar en el taller, no lo habíamos pedido. Nos llevan ante el director de Ventas para que le dijéramos por qué no queríamos trabajar en el taller. No habíamos pedido nada, no queríamos trabajar en el taller. Nos hizo ponernos firmes, tirar lo que llevábamos. Durante 20 días al sótano de ingresos. Tras esto, camino de Segovia otra vez. No nos querían dar la asignación, sin comer, nos plantamos y fuimos al administrador a pedir nuestro haber, nos dieron un bocadillo. [...] Ni el derecho a pensar tenías porque tu podías pensar pero no te dejaban ejecutar, te sentías un ser atropellado, así fueron las condiciones de la cárcel de Ventas y Segovia.

Matías Esteban estuvo once años en varias prisiones y explicaba de manera muy intimista lo que el franquismo quiso provocar en los reos:

De Fomento salimos a la cárcel de San Antón, estando en la cárcel de Yeserías, Comendadoras y Carabanchel. Una de las tácticas que hacía el franquismo era hacerte la vida difícil. Estabas en la cárcel y en cualquier momento te trasladaban de una galería a otra para romper el contacto y la relación con la gente. Luego te trasladaban de una cárcel a otra para hacer sufrir a la familia y a ti, porque si estaban habituados a ir a una prisión que no está muy lejos, no era igual que ir a Carabanchel. [...] Era martirizar a la familia y a ti, destrozar la moral y ser manipulado, ser piltrafas para poder ser manejado, cuando una persona conserva la entereza es difícil para ellos. [...] Otra de las cosas que hacían era que te obligaban a

examinarte de religión. Una mayoría de gente no éramos religiosos pero habían matado el sentimiento religioso al ver el comportamiento. Te obligaban a ir a misa en las cárceles, en Semana Santa obligaban a los presos a comulgar, yo no lo hacía. En 1945 hubo dos cárceles de Madrid en las que no comulgaron la mayoría de los presos y prohibieron las visitas el día de la Virgen de la Merced en la cárcel de mujeres y de Santa Rita por venganza [...].

Era la derivación carcelaria del nacionalcatolicismo oficial, la imposición sectaria y violenta de unas creencias que se consideraba que formaban parte de la identidad colectiva. Según Matías Esteban:

Las cárceles estaban creadas para hundirte, para que no fueras persona, que te consideraras como un objeto, la represión te había dominado, querían a toda costa que siguieras sintiéndote persona sin obligación a supeditarte a nadie, querían romper las ideas, en unos casos lo hicieron con los fusilamientos y en otros casos no lo consiguieron. Cuando entrábamos en la cárcel había un problema, o tratabas de imponerte sobre la cárcel o de lo contrario la cárcel es terrible, como no tengas fe o confianza en algo te hunde. Empezamos a organizarnos en virtud de ese sentido que teníamos tanto de la JSU como del PCE, mejor tener una relación de tipo político para que la gente no se fuera huérfana o sola, en aquellos momentos fueron miles y miles de personas que ingresaron en la cárcel y era un poco el sálvese quien pueda. [...] A partir de 1945 aparecieron una serie de grupos que tenían mayor conciencia, habían roto un poco el miedo en la medida en que iban engrosando la cárcel, en la medida de los que estábamos que nos habíamos organizado, la moral se había engrandecido.

Gervasio Puerta era el encargado de todo el material que entraba desde el exterior clandestinamente a la prisión de Burgos y utilizaba a varios funcionarios de prisiones para sacar informes fuera de la cárcel. Era muy común que el PCE tuviera la ayuda de funcionarios y funcionarias de prisiones en la labor clandestina. Así narraba su trabajo:

Los documentos que circulaban en las reuniones de comunas había que controlarlos para que a una hora determinada estuvieran corriendo en distintos organismos y por la noche se escondían. El responsable de cada brigada nos lo tenía que decir a mi compañero y a mí para saber qué documento estaba en cada una de las seis o siete brigadas. Tenía el control de la radio y de una máquina fotográfica. Recibía todo el material que llegaba de fuera. Lo descifraba, tenía la clave. Todo este material lo pasaba luego a la dirección de la prisión, a tres camaradas del comité central, [Ramón] Ormazábal, Pere Arcadia y [Miguel] Núñez. Luego estos redactaban un informe y tenía que sacarlo fuera. Por las noches y en letra pequeña, a veces pequeñísima, que ninguna lupa podía leerlo. Estuve dos años haciéndolo. Me dio ese trabajo mucha satisfacción, tres o cuatro horas por la noche escribiendo, sacándolo en cigarrillos de rubio o en tarteras de doble fondo o en tarjetas postales. Tenía que salir a través de tres funcionarios. Tenía a mi servicio a tres funcionarios que hacían este trabajo. Uno era miembro del partido y otros dos en la oficina para sacar ciertas cosas. Cada uno tenía su misión. Se lo daba a una camarada de la calle y esta se la facilitaba al partido de la provincia o a París. También sacaba para el partido cosas en bolsos de doble fondo, libros de encuadernación, aparatos para sacar... El trabajo que venía de fuera de París iba en botes de Cola Cao prensado que no era fácil sacarlo o deshacerlo. Solo lo sabíamos dos o tres personas.

Timoteo Ruiz planteaba el ingreso en la organización del partido dentro de la cárcel, no directamente, sino tras pasar un estudio previo según sus

antecedentes políticos y las referencias que llegaban del exterior para evitar las infiltraciones: "Al llegar a la cárcel no entrabas directamente en la organización, sino que pasabas por un comité de depuración o depurador. Los encargados te preguntaban cómo había sido la caída o la detención para ver si no había habido delatores ni traidores, ni que hubieras hablado con la policía".

Gregorio Ortiz Ricoll recordaba emocionado la camaradería comunista que había en la prisión cántabra de El Dueso:

> De los momentos más felices que he pasado en mi vida fue la camaradería que me he encontrado en la cárcel. La situación económica condiciona mucho la conducta de las personas. En El Dueso hicimos una piña porque pasábamos mucha hambre. Allí estábamos organizados en comunas, eran grupos de cinco o de seis, los que recibían más, los que recibían menos o los que no recibían nada. Nos lo repartíamos todo y ninguno se moría de hambre. En otras organizaciones no hacían eso y sí se morían de hambre. Para mí eso fue una de las cosas que más me indujeron a considerarme comunista, este es el género de vida que hay que llevarse[22].

EL PAPEL DE LA MUJER Y LA CUESTIÓN DE GÉNERO EN LA PRIMERA CLANDESTINIDAD DEL PCE

Juana Doña, dirigente histórica del PCE, decía lo siguiente sobre las mujeres en el partido: "Nunca hemos sido cabecera de expediente habiendo sido cabecera de peligro. No hemos sido solo enlaces, correos o casa franca, hemos dirigido incluso en la lucha armada. Hemos estado muy implicadas, incluso en ocasiones por encima de los hombres". Es un sentimiento bastante generalizado. Concha Carretero insistía en el mismo sentido: "El papel de la mujer ha sido muy importante porque ha estado en las puertas de las cárceles, en la clandestinidad, ha hecho trabajos muy duros y ha pasado mucho y vivido malos momentos. Han sido fuertes y capaces, muy enteras. Ha habido cosas que los hombres no podían hacer y las hemos hecho. Yo hice algunas".

A pesar de la retórica en defensa de los derechos de las mujeres y de la igualdad, en el seno de la actividad clandestina del comunismo español se minusvaloró el papel que podían desempeñar, en especial en el acceso a los cargos de mayor responsabilidad que solían estar en la inmensa mayoría de los casos en manos de hombres. Todo ello a pesar de tener en este periodo una secretaria general mujer, que era al mismo tiempo un referente básico de su identidad. El peso de la cultura patriarcal dominante no dejó de determinar muchas actitudes. Un problema que se arrastraría más allá del periodo aquí

estudiado. Irene Falcón recordó en sus memorias una intervención de Dolores Ibárruri en 1975, en la que se felicitó de que se avanzara "para poner a los tabúes antifeministas que aún sobreandan en la conciencia de algunos camaradas, como consecuencia de atávicas tradiciones"[23].

Desde tiempos de la Segunda República las reivindicaciones de las mujeres estimularon una esperanza en su lucha por escapar del ostracismo en el que vivían en la sociedad española. Solicitaban igualdades laborales, la supresión del delito de adulterio, seguros de maternidad y el derecho al voto. Querían salir de sus espacios de acción como amas de casa, la maternidad o la educación de sus hijos. El ingreso de las mujeres a la militancia comunista iba unida a una idea de entrada a la modernidad. En la década de los años treinta se produjo un aumento considerable de la admisión de mujeres al PCE y a las organizaciones juveniles. La llegada al partido de mujeres intelectuales, más preparadas y feministas, impulsó a la secretaría femenina y que el movimiento antifascista creciera de manera cuantiosa.

La Guerra Civil fue el momento donde los esfuerzos colectivos de la mujer se multiplicaron en los espacios de lucha y mejoró la valoración de su aparición en el campo republicano. No solo trabajaron en labores de asistencia y retaguardia, sino que tomaron parte activa en los frentes de batalla y al mando de organizaciones políticas y sindicales, aunque en minoría con respecto a sus camaradas masculinos. Crearon asociaciones de solidaridad como la Agrupación de Mujeres Antifascistas y el Socorro Rojo Internacional. Con ello fortalecieron la imagen de unas mujeres luchadoras, capaces de extender trabajos de responsabilidad y de incrementar su actividad política.

Las mujeres también participaron en la reorganización del partido y tuvieron un papel destacable en la lucha antifranquista. La resistencia femenina comunista se extendió en cada uno de los comités y grupos de comunistas organizados. El espíritu de resistencia las ayudó a formar su identidad comunista, en el exterior y en el interior de las prisiones. Fueron las primeras en cuidar de sus familiares presos y en ser el sostén económico de las casas, crearon grupos de solidaridad para recaudar fondos destinados a los camaradas presos, perseguidos y a sus familias, protestaban igual que sus compañeros por las malas condiciones de vida en las prisiones, fueron enlaces y sus domicilios, utilizados como estafetas para recibir correspondencia y esconder a militantes comprometidos, reclutaron a simpatizantes y compañeras y compañeros para formar parte del combate contra la dictadura y

repartieron propaganda y periódicos clandestinos. Formaron parte activa en la lucha armada antifranquista, bien como correo para llevar armamento y artefactos a los grupos de acción guerrilleros o como guerrilleras en las distintas agrupaciones que el PCE organizó en la mayor parte de España. De igual manera que sus compañeros, lograron una formación política en el interior de los comités clandestinos con la lectura de propaganda y folletos y en el interior de las prisiones con la formación ofrecida por las comunistas más preparadas políticamente.

En ocasiones, la lucha femenina y sus reivindicaciones se quedaron en el marco teórico o discursivo, ya que llevarlo a la práctica fue más complicado. Las mujeres tuvieron dificultades para ocupar puestos de responsabilidad y demostrar su valía en la organización, incluso para organizar un secretariado femenino, a pesar de la presencia de Dolores Ibárruri como secretaria general del PCE y del culto dedicado a su figura y a su personalidad. Hubo una división sexual en el trabajo a realizar en la organización, a veces motivado por las concepciones dominantes del régimen franquista que, a veces, eran utilizadas para aprovecharse de ellas, como la mayor dificultad de ser cacheadas o la suposición generalizada de un comportamiento sumiso y pasivo.

Las mujeres también sufrieron la estigmatización social y la represión desmedida por parte de las autoridades franquistas. El ideal nacionalcatólico y falangista de las mujeres era el de la sumisión y la reclusión en el hogar, con su papel de buena madre y esposa. Las "rojas" fueron víctimas de una fuerte presión política e ideológica y de diversos actos de humillación por su condición de oponentes a los nuevos postulados dictatoriales. Las comunistas también sufrieron palizas y torturas en las comisarías, en los centros de Falange y en los cuarteles de la Guardia Civil. El testimonio de varias de aquellas mujeres luchadoras nos ayuda a conocer ese papel tan importante que tuvieron. Isabel Sanz indicaba que "el papel de la mujer fue muy importante en el combate contra el franquismo e incluso antes. En los pocos años de la República, cómo es posible que esos cerebros despertaran como lo hicieron. Las mujeres despertamos rápido, teníamos cerebro como los demás, unas más que otras. Esto hizo que avanzara la República. Lo que pasa es que duró muy poco y vino la dictadura. Pero a pesar de eso y de la represión, las mujeres no perdieron su cerebro y siguieron luchando"[24].

REAFIRMACIÓN Y DISIDENCIA

El paso del tiempo no transcurrió de la misma manera para el conjunto de la militancia comunista. Durante este periodo se presenció una profunda crisis de dirección, ante la necesidad de organizar el relevo de José Díaz, muerto en la URSS después de una prolongada enfermedad. Con los máximos dirigentes repartidos en los distintos destinos del exilio, se tuvo que solventar uno de los grandes retos que han vivido todas las organizaciones revolucionarias que operan en un contexto represivo, la conjugación de las estructuras del exterior con las que operan en el interior del territorio. La resolución de este proceso fue traumática y provocó numerosas pérdidas. Hubo muchos casos de alejamiento y de abandono del PCE que derivaron en dramas personales, ya que después de haber militado en el partido durante tantos años y de haber sufrido penurias, detenciones, represiones y encarcelamientos, esos militantes se sintieron defraudados, abandonados y parecía que sus vidas no serían lo mismo desde ese momento. Este sentimiento de aflicción puede leerse en testimonios memorialísticos de comunistas y en informes donde sus historias de vida son protagonistas.

La vigilancia revolucionaria, un concepto tradicional en la cultura interna comunista, cobró un nuevo sentido en el ambiente de la represión brutal del primer franquismo, con una Policía española que recibía la "asistencia técnica" de la Gestapo nazi, cuando la incomunicación y la desconfianza se generalizaba en el activo de los comunistas. Las indagaciones sobre el comportamiento de los militantes fue una de las prácticas organizativas que desarrolló el PCE a lo largo de aquellos años. Entre las denuncias realizadas a algunos militantes destacan las relacionadas con el alcoholismo, la ludopatía, las aficiones y gustos calificados de excéntricos y capitalistas (la manera de vestir, fumar tabaco rubio, acudir a determinados restaurantes), las relaciones homosexuales (como el caso de la dirigida contra dos comunistas en la prisión de Ventas cuyo motivo fue besarse entre ellas). Otro aspecto objeto de seguimiento era el ámbito de socialización personal, de pareja o las relaciones sexuales entre comunistas en la clandestinidad o con individuos ajenos al trabajo político. La comprobación de algunos de estos extremos conllevaba la pérdida de confianza de la organización y su apartamiento en caso de no corregirse. Eran unas medidas que se justificaban por el peligro que podrían conllevar y el incumplimiento de las estrictas normas de seguridad que se

tenían que aplicar para no ser detenidos. Una indiscreción afectaba no solo a la persona que la cometiera, sino a todo el colectivo, cuando la tortura se daba por segura y los fusilamientos eran diarios. Pero es obvio que conllevaban un riesgo evidente al operar con los prejuicios dominantes en la sociedad, a los que los comunistas no eran ajenos por mucho que quisieran transformarla. La invasión del ámbito de la intimidad daba pie a venganzas e inquinas.

En los dosieres que se elaboraban se podían ver pequeñas biografías de los militantes, sus costumbres y su vida diaria, acompañados de un estudio de su actividad política que era elevado a los órganos de dirección del partido con las virtudes y los defectos de los cuadros para asignarles las tareas más adecuadas. En el supuesto caso de no llevar una vida digna de militante o tener prácticas que se consideraban que podían poner en riesgo la seguridad, se le indicaba a la persona afectada cómo debía subsanar los defectos para reintegrarse a la actividad política, haciendo una autocrítica en la que reflejara su voluntad de enmendarse. A veces los informes eran redactados con testimonios subjetivos y parciales de personas que según la conveniencia podían indicar una cosa u otra, algo que como es lógico generaba resentimiento y una sensación de injusticia difícil de abordar en las condiciones de una clandestinidad tan arriesgada y dura.

Durante los primeros años del franquismo, hubo una fuerte desconfianza entre las direcciones del PCE en el exilio y los dirigentes del interior. Los que afrontaban los riesgos directos de la represión franquista reivindicaban lógicamente su relevancia, en un proceso que fue muy similar en todas las organizaciones políticas republicanas que intentaron reorganizarse. Al mismo tiempo, los núcleos de dirección, muy debilitados por las dificultades de la Segunda Guerra Mundial y la incomunicación, aspiraban a un control y temían por la unidad del partido, con una cultura organizativa en la que, como ya hemos aludido, primaba la disciplina y la sumisión a las instancias superiores. Los conflictos que surgieron con Heriberto Quiñones, que encabezó la reconstrucción en los primeros años de la dictadura, y Jesús Monzón, máximo dirigente de la delegación del PCE en el interior, son los más conocidos y debatidos. Tras la liberación del territorio francés en el tramo final de la Segunda Guerra Mundial y el establecimiento en Francia de buena parte de la dirección del PCE, después del fracaso de la Operación Reconquista de España en la que se enmarcó la operación en el valle de Arán, se consolidó un control más estricto en el que jugó un papel destacado Santiago Carrillo, que llegaría a

ser tiempo después el principal dirigente de la organización. Años más tarde, con el desarrollo de la Guerra Fría, se endureció el afán de uniformizar la actividad política y el propio PCE, en línea con las concepciones que en ese momento dominaban en la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional. El conflicto ideológico con la Yugoslavia del mariscal Tito, aunque tuvo escasa repercusión en la militancia, se aprovechó para profundizar en esta tendencia.

En lo que se refiere a la militancia, los comunistas obedecían fielmente el compromiso adquirido con su ingreso en el partido. La cultura de la disciplina férrea estaba muy extendida. Se aceptaba como parte del compromiso la evaluación interna, en su caso, la crítica a sus conductas y la necesidad de proceder para resolver los defectos que se les señalaban. Los problemas más graves surgían cuando la línea oficial del partido, defendida por los organismos superiores, se consideraba que no era seguida por algún miembro de la militancia. Con demasiada facilidad aparecían las denuncias de desviacionismo o incluso, en los casos más graves, de colaboración con las autoridades. Si esto se producía, los órganos de dirección dilucidaban si el militante merecía estar en la organización. Estudiaban su pasado político, las relaciones de amigos y familiares, sus aficiones, cualquier circunstancia que fuera significativa. En el supuesto de expulsión del partido, las consecuencias iban más allá del alejamiento y la falta de asignación de tareas. En las prisiones sus antiguos camaradas les dejaban de lado y en ocasiones se utilizaban las políticas de alianza para que los demás miembros de otras organizaciones de izquierda también dejaran de tratar con ellos. La psicosis de traición estaba presente y se generalizó en la mayoría de los partidos comunistas.

Con el final de la lucha armada guerrillera, un proceso paulatino y que no fue fácil de ejecutar, se inició un cambio de estrategia en la lucha antifranquista. El mayor énfasis en la lucha de masas y la utilización creciente de los leves resquicios que permitía la institucionalidad del régimen franquista, como los sindicatos verticales, abrieron nuevas perspectivas cuyas consecuencias analizaremos en los capítulos que siguen. No fue fácil. En 1950 la ilegalización del PCE en Francia generó nuevas dificultades. En todo caso cabe destacar la capacidad de resistencia y el temple de la militancia comunista, que a pesar del mantenimiento de la dura represión y las dificultades internas fue capaz de mantener una presencia social activa y una estructura sin la que no se entendería el avance posterior del movimiento

opositor democrático.

Entre los recuerdos recogidos hay opiniones de toda índole sobre lo acertado de las actuaciones o los errores cometidos, aunque hay una tónica general de satisfacción. Isabel Sanz mantenía que "ha habido de todo en el PCE, hay personas buenas que se llaman comunistas y otras personas que no son tan buenas que se llaman comunistas". Francisco Corrais estaba orgulloso de ser comunista y de su pertenencia a su organización política: "A pesar de los años pasados no me arrepiento de lo que hice, incluso se hizo poco, que si pudiera lo volvería hacer pero con cosas más fuertes para acabar con la dictadura franquista. No veía bien a los chivatos y era normal que el partido acabara con los desviacionistas".

Ignacio López Maroto reconoció algunos errores en algunas decisiones tomadas por el PCE:

> Hay una cuestión por encima de todo que es la firmeza de tus sentimientos y de tu propia formación. Tienes conciencia de clase y se afianza. La firmeza de los objetivos por los que has luchado te hace mirar en positivo. No obstante que ha habido debilidades por la propia deformación de algunos camaradas que se hicieron dioses. [...] Incluso miran de reojo a camaradas que han luchado por sus ideales. El partido ha fallado en cosas, le faltó sensibilidad, en las batallas más duras hay que saber discernir, no hay que ser tan uniformista, que no te da margen a nada, la vida tiene muchas circunstancias.

José Perón nos comentaba el tema de las escisiones dentro del partido; cuando "había una convulsión dentro del partido", como la había en todos los partidos comunistas, se producían escisiones. Unos se iban, la mayoría continuaba. "Mis ideas, como las de entonces, están vigentes". Según sus propias palabras, "cada uno tenía que saber lo que tenía que saber, esa era la clandestinidad. Que se hacían cosas mal hechas pues sí". En su opinión se debería haber sido más abierto. Lo que no le impedía afirmar que "nuestra ideología es esa y estará en mí hasta que me muera". Para él, los que estuvieron encarcelados, después de sufrir esa experiencia, lejos de renunciar consideraban que el partido era "el Partido", aunque reconoce que también hubo quien no quiso saber nada una vez en libertad.

Timoteo Ruiz Sánchez, un militante histórico y con una prolongada trayectoria, también nos hablaba de los procedimientos empleados por el PCE y criticándolos con mayor contundencia:

> En el partido se usaban métodos sectarios y estalinistas que luego hemos conocido. [...] Se hizo mal contra muchos militantes que eran muy buenos combatientes. A aquellos que tenían menos penas y planteasen ante el partido que no querían denunciar a los tribunales militares era suficiente para separarlos del partido. Las comisiones de depuración ante hombres que habían dedicado su vida al

partido [no eran justas]. En la cárcel se hacían unas agrupaciones de tareas que aunque no pertenecían al partido, sí podían trabajar, como le pasó a Monzón, que se le acusó de traidor.

Vicenta Camacho expuso su visión personal de la militancia comunista pasados los años:

Soy tan marxista como puedan sentirse otros muchos pero con las cosas al extremo dentro de las condiciones de la sociedad tampoco puedes sacar nada. [...] Los hechos están ahí, hemos sido los que más hemos expuesto y los que menos hemos recibido. No es derrotismo ni pesimismo, es como es. Era aquí donde había que estar porque si no, se habría cambiado poco porque ni con los panfletos que mandaban, que todo estaba muy bien, no iba a cambiar rápido, había que resolverlo todo aquí, era desde dentro desde donde se hacía ese cambio. Lo he vivido muy de cerca para pensar que con mi ideología simplemente podía cambiarlo. Unos te creen y otros no te creen, había que demostrarlo, no tanto hablando, sino haciendo. [...] Hay que ir a la acción, y en España mientras no se ha ido a la acción, con camaradas dentro del propio partido de pensar que había que modificar, tomando los mandos, las propias direcciones con el sindicato vertical, metiendo ahí, los estudiantes con su movimiento, las mujeres con el suyo, no se hubiera modificado. Te mandaban un *Mundo Obrero* en una caja para que lo leyeras tú y cuatro como tú, eso no mueve montañas. Hay que moverlas dentro. En eso discrepo de aquellos que me dan teoría y teoría, pero no mezcles la teoría con la movilización. Es como yo he actuado en mis cuarenta años de lucha contra el fascismo[25].

CAPÍTULO 4

LA CONQUISTA DE LA DEMOCRACIA Y LOS DERECHOS SOCIALES

El periodo que precede a este capítulo fue sin duda el más duro, cuando la represión implacable del franquismo, la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la Guerra Fría dificultaron la comunicación entre una militancia acosada y aislada. El funcionamiento de las organizaciones del PCE en el interior de España fue muy precario y su relación con el exterior difícil. Como hemos visto, esta comunicación durante los primeros años de la dictadura fue muy esporádica y la principal preocupación de sus dirigentes. Alrededor de 1956 se evidencia un cambio sustancial. Aunque los procesos que caracterizaron esta nueva etapa empezaron a perfilarse con anterioridad y algunos no se manifestaron en su plenitud hasta los años sesenta, la fecha elegida no es del todo arbitraria por el fuerte impacto de las movilizaciones estudiantiles, tanto en el régimen como en las fuerzas de oposición, y por la oficialización de una nueva orientación política en el PCE.

Podríamos considerarlo el periodo más fructífero del PCE, con el desarrollo de una militancia cada vez más numerosa, más implicada en los nuevos movimientos sociales, en especial en el mundo del trabajo, que surgieron con el desarrollo del movimiento opositor. Día a día se fue haciendo más visible y hegemonizó la lucha por la democracia, las libertades y la justicia social. El PCE fue el partido del antifranquismo. No se exagera cuando se señala su papel decisivo en la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera, en el estímulo a un renacimiento cultural no sometido a la mediocridad de un régimen gris y obsoleto, en la dignificación de una sociedad que no se conformó con la perspectiva de una "vuelta a la normalidad" gestionada por los responsables de la Guerra Civil y la ruptura con el régimen democrático republicano.

Que quienes se movilizaran fueran una minoría, por razones de miedo,

apatía o acomodo de los más, en vez de debilitar la valoración del papel de los hombres y mujeres que militaron en el PCE la refuerza. Dar un paso adelante para asumir un compromiso nunca es fácil, hacerlo cuando se pone en riesgo la tranquilidad, la estabilidad familiar, la libertad e incluso la integridad física, es excepcional. Los testimonios de los militantes recogidos en este sentido son unánimes, reflejan el orgullo de haber contribuido a un cambio real en la sociedad española, a pesar de todos los sacrificios[26]. La semilla de la generación anterior, de resultados más escasos y en un contexto de extrema tensión como acabamos de comprobar, fue sin duda determinante para que este impulso pudiera desarrollarse.

Fueron diversos los factores que influyeron en la transformación del PCE de la resistencia al primer franquismo al partido de masas que llegó a ser en el momento de la muerte del dictador. Los planes de estabilización económica y el desarrollismo franquista en los últimos años cincuenta provocaron una aceleración del éxodo del campo a las ciudades, en condiciones muy precarias, lo que incrementó una clase obrera dispuesta a reclamar sus derechos que mantenía comunicación con sus lugares de origen. De esta forma, el proceso de organización política y social en los grandes polos de expansión económica repercutió y retroalimentó la toma de conciencia en las localidades de origen que contaron con más información y nuevas perspectivas para la defensa de los intereses de la mayoría de sus habitantes. La emigración económica masiva a Europa Occidental hizo más frecuentes los contactos con el exterior, al mismo tiempo que el turismo extranjero llegaría a convertirse en uno de los sectores más dinámicos de la economía española. Todo ello facilitó las posibilidades para aumentar la actividad política y la comunicación con la dirección del PCE en el exilio. Asimismo, el mantenimiento de la naturaleza represiva del franquismo, con toda la crueldad, fue sometido a una fiscalización cada vez mayor desde la opinión pública internacional, lo que obligó a moderar las prácticas más brutales de los primeros años de la dictadura.

El régimen de Franco, a pesar de la demagogia paternalista de su discurso hacia los trabajadores y la aprobación de una legislación social con la finalidad de consolidar su hegemonía política, fue incapaz de ocultar su carácter de clase al servicio de una minoría de privilegiados que se creían dueños de este país y su destino. El malestar por la precariedad de las condiciones de vida, por la fragilidad de los canales para expresar las reivindicaciones sociales o laborales, por la pobreza cultural y educativa se canalizó en nuevos

movimientos sociales que desbordaron los cauces forzados por la dictadura o los tradicionales en los que se había desenvuelto la resistencia al régimen. En este nuevo contexto muchas fuerzas de oposición no fueron capaces de generar un movimiento de masas, incluso quienes habían hecho los alegatos más grandilocuentes y radicales hasta ese momento. Si el PCE se convirtió en el eje de las fuerzas que lucharon por la democracia y los derechos de la mayoría social, lo fue, sin duda, por la entrega de sus militantes pero sobre todo por su capacidad de articular las reivindicaciones laborales, el movimiento obrero, un hecho que hubiera sido incapaz de realizar sin una implantación real en los centros de trabajo, lo mismo que sucedió en el ámbito educativo, cultural o vecinal.

Consolidada la dictadura gracias al apoyo de las grandes potencias capitalistas después de la Segunda Guerra Mundial, el PCE formuló la política de reconciliación nacional que ponía el énfasis en unir a la mayoría social trabajadora y, en general, a todos aquellos que sufrían el régimen franquista con independencia del lado en el que hubieran tenido que vivir durante la guerra. Fue una fórmula necesaria para ensanchar los ámbitos de actuación de la oposición. La política de reconciliación nacional, oficializada en junio de 1956[27], lejos de significar la falsa moralina del perdón mutuo o el olvido, como así se quiso interpretar durante la transición para justificar la impunidad de los crímenes del franquismo, fue una apuesta por construir unidad popular desde abajo, desde las necesidades y las reivindicaciones de la mayoría social, como una forma de reconstruir un proyecto de país que era incompatible con un régimen dictatorial y depredador. Caben pocas dudas de la relación causa-efecto entre la opción adoptada por el PCE y su éxito a la hora de hegemonizar la lucha contra la dictadura.

Como comprobaremos a lo largo de la exposición de las experiencias de los militantes entrevistados para este capítulo, el impulso a la movilización obrera tuvo una repercusión que fue mucho más allá del ámbito laboral. Prueba de la importancia de las fuerzas de la cultura y su desarrollo durante la última etapa republicana fue su capacidad de resistencia y reproducción en los años más duros de la dictadura franquista. En la literatura, en la pintura y en el cine hay excelentes muestras de cómo se pudo burlar a la censura o, cuando no hubo más remedio, soportar sus arbitrariedades para no encerrarse en un silencio absoluto. Nos lo recuerda Carlos Álvarez en su entrevista, un joven poeta en los años cincuenta que se acercó a la tertulia que se reunía en la cafetería Pelayo,

cercana al Retiro de Madrid. No fue el poeta que pasó más años en la cárcel pero sí el que más juicios y entradas en prisión sufrió.

Al igual que ocurrió con el movimiento obrero, ni la represión ni el rígido control de la educación y las instituciones culturales ni el proceso generalizado de depuraciones impidieron el desarrollo de las fuerzas de la cultura a la hora de articular la oposición a la dictadura. Se consiguió a fuerza de imaginación y creatividad, al explorar iniciativas que exprimían al máximo las pequeñas rendijas que dejaba abiertas el régimen. En este sentido, no es una mera casualidad que fuera en 1956, año que da inicio al periodo que analizamos en este capítulo, cuando la Universidad de Madrid vivió una revuelta generalizada en reivindicación de las libertades y contra el predominio del SEU como organización impuesta a los estudiantes, que acabó con múltiples sanciones y una intervención generalizada desde el núcleo duro del poder. Joaquín Ruiz-Giménez, un ministro de Franco que había pretendido ensayar una política aperturista, fue cesado de forma fulminante. Con los años, la universidad se convirtió en un bastión en la lucha contra la dictadura, con una presencia cada vez más relevante del PCE y del marxismo en sus diferentes expresiones.

Una fecha de igual significación que 1956 para el movimiento universitario fue 1962 con la "huelgona" en Asturias, que supuso un salto cualitativo en la movilización y la organización obrera. Después de varios precedentes en años anteriores, el despido de ocho mineros en el pozo Nicolasa de Mieres por reclamar mejoras en sus condiciones de trabajo provocó un estallido social que sobrepasó las cuencas mineras para extenderse por toda la industria de la región. Las formas de lucha fueron novedosas e implicaron al conjunto de la población, con un protagonismo especial de las mujeres, que participaron de manera activa en los piquetes y en el tejido de redes solidarias para mantener la lucha, como nos han recordado en sus entrevistas Angelita Cuevas Fonseca, Francisco Lauriño y Marta Llames Barreñaga. Tras cuatro meses de intensa confrontación se logró forzar una negociación con resultados palpables, lo que no excluyó que la represión se ejerciera contra quienes más se habían destacado. Las conquistas laborales se lograron imponer cuando al régimen no le quedaba más remedio, pero eso no excluía el castigo de quienes las protagonizaban. La "huelgona" supuso un estímulo para la movilización obrera en el conjunto de España, a la vez que fue una poderosa llamada de atención a la comunidad internacional ante la represión y la tortura generalizada, como ocurrió tras la revolución asturiana de octubre de 1934.

Fue un momento decisivo de extensión de la oposición al franquismo que arrastró a los sectores monárquicos, liberales, democristianos y socialdemócratas a mover ficha en el escenario internacional, donde podían compensar su débil implantación social, lo que tuvo una clara expresión en la reunión de junio de 1962 conocida como el "contubernio de Múnich" en la absurda retórica del régimen. La reacción de la dictadura fue la de siempre, aprovechar su monopolio informativo para fomentar un españolismo de pandereta, venderse como un baluarte seguro ante el peligro del comunismo y ejercer una represión constante. La oportunidad para trasladar un aviso de hasta dónde podían llegar fue el asesinato de Julián Grimau, detenido el 7 de noviembre de 1962, sometido a crueles torturas en la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol y finalmente fusilado a pesar de las generalizadas peticiones de clemencia. En el montaje para justificar el atropello participó de manera destacada y desvergonzada Manuel Fraga, aunque es evidente que, más allá de las argucias para justificar el crimen ante la opinión pública, la motivación real era la voluntad de parar las movilizaciones sociales.

Los represores no lograron generalizar el miedo e imponer la parálisis. El impacto del asesinato de Julián Grimau fue tremendo en la comunidad internacional y en quienes se oponían a la dictadura en el interior, dando un impulso para que una amplia generación de militantes se comprometiera en el PCE. La referencia a estos sucesos es una constante en todas las entrevistas realizadas. Las Comisiones Obreras, resultado de un largo proceso de maduración desde la estrategia de aprovechar los resquicios que ofrecían las estructuras del régimen franquista, desde un ejercicio de flexibilidad que permitió sortear los filtros existentes, se convirtió desde ese momento en el principal instrumento de movilización social, lo que las convirtió en el principal objetivo de la represión. La práctica totalidad de los militantes entrevistados asocian su militancia al PCE con su actividad en Comisiones Obreras, de forma directa o como apoyo a sus actividades.

Pese a la hegemonía del PCE durante los últimos años del franquismo, no se renunció a constituir plataformas unitarias con otras organizaciones y personalidades, como fue el caso de la Junta Democrática. Aunque en muchos casos sus componentes no comunistas tenían un peso menor en la base, se insistía mucho en su participación porque expresaban la pluralidad social y política de las fuerzas que luchaban por una salida democrática o a las que se

pretendía sumar. En este sentido, no todo fueron fracasos. La relación del PCE con sectores cristianos, hasta no hace mucho monopolizados por el nacionalcatolicismo del régimen, aportó no solo una ampliación de las bases de la lucha democrática, sino referentes de la talla de José María de Llanos, Francisco García Salve (el cura Paco) o Mariano Gamo, por citar a los más conocidos. La unidad construida desde la base asentó el desarrollo de la oposición democrática, una enorme movilización social que es la que forzó la transición a la democracia. El esfuerzo de los comunistas fue decisivo para la derrota de los intentos continuistas del régimen franquista pero no lo suficiente para forzar una ruptura democrática. Los testimonios que recogemos en este capítulo son ejemplos de un compromiso con el cambio social en el país, algo de lo que deberíamos de estar agradecidos como sociedad y constituir un referente de la dignidad de una condición de ciudadanía conquistada frente a la injusticia.

RAZONES PARA MILITAR EN EL PCE

En una sociedad sin libertades, con un acceso muy limitado a una información veraz y con numerosos controles a todos los niveles, las relaciones familiares fueron un vehículo natural para la asunción del compromiso que suponía militar en el PCE. Las "caídas", sucesivas operaciones represivas que desmantelaban las direcciones del PCE en localidades o provincias determinadas, obligaban a un relevo constante. Era una militancia que se asumía como una condición casi natural por las condiciones en las que vivían las familias que se enfrentaban a la dictadura, aunque es evidente que el coraje de los que daban un paso al frente dependía de la decisión ética de cada persona. Como nos ha relatado Isabel Amil Castillo, nacida en Córdoba en 1943, la necesidad de contar con personas de total confianza era una poderosa razón para comenzar la actividad política:

> Por aquellas fechas (1960-1961), con tantos compañeros presos o huidos, se necesita poner en contacto a los camaradas de Córdoba y la provincia con el responsable del partido. Mi abuelo sigue en el comité. Propongo a mi padre y a mi abuelo que estoy dispuesta para hacer comunicación, pues no me conocía nadie. Con mucho trabajo aceptan. A través de camaradas de Puente Genil me traslado a ese pueblo que es donde está el responsable y entre unos y otros conseguimos poner en marcha nuestra organización en Córdoba y la provincia[28].

Como hemos referido en la introducción de este capítulo, un hecho que conmovió a la sociedad española y tuvo un enorme impacto internacional fue el proceso y posterior ejecución de Julián Grimau. Varias de las personas entrevistadas para este estudio han señalado que el rechazo a la crueldad empleada por la dictadura contra el dirigente comunista fue el impulso decisivo para dar el paso a la militancia formal. Este es el caso de Valeriano Sosa Rodríguez, un sevillano que desarrolló su militancia en Madrid durante sus estudios. A pesar de la militancia republicana de sus padres y de haber participado con anterioridad en algunas movilizaciones, fue la conmoción al conocerse las torturas en la Dirección General de Seguridad y la intransigencia ante las peticiones para que no se ejecutara la pena de muerte lo que le llevó a la convicción de la necesidad de organizarse, primero en la Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) cuando estudiaba en el instituto Cardenal Cisneros y con posterioridad en el PCE en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

Aunque a una edad más temprana, con apenas trece años, esta fue la misma razón para militar que recuerda Pablo Iglesias Núñez, gallego, hijo de exiliados comunistas en Francia. Conocía bien hasta dónde podía llegar el fascismo, su madre había sido deportada a un campo de concentración nazi después de ser detenida por la Gestapo por participar en la resistencia en Francia[29], pero que en los años sesenta se produjera un atropello semejante conmovía la conciencia de quienes se movilizaron para evitarlo. Maximiliano Antequera Barbero, granadino nacido en Lobras y emigrante en busca de trabajo en Blanes, nos relata su toma de conciencia ante la constatación de la injusticia social que sufría y cómo al proceso de reivindicaciones de mejoras laborales se sumaron en 1963 los programas de La Pirenaica sobre Julián Grimau, lo que le llevó a militar en el PSUC. El papel de esta radio, Radio España Independiente, que empezó a emitir desde Moscú en 1941 y con posterioridad desde Bucarest, lo veremos en reiteradas alusiones de los militantes entrevistados.

María Luisa Suárez Roldán fue la responsable de la célula comunista en el sector de los abogados que participó en el equipo que se puso en marcha para defender a Julián Grimau junto a Amandino Rodríguez Armada que desempeñó la defensa civil. Al ser un consejo de guerra, la defensa la tenía que asumir un militar, tarea que desempeñó Julián Rebollo con un ánimo ejemplar y gran maestría, desmontando la acusación con la que se quería justificar la condena a muerte. María Luisa destacó en sus memorias la importancia de la

campaña para salvarle la vida: "Por un lado, Amandino, con su labor jurídica y profesional constante cerca de Julián, el partido con sus movilizaciones secundadas por organizaciones humanitarias y las personas de bien que se sumaron hicieron que el 'Caso Grimau' llegase a convertirse en un clamor mundial contra la dictadura franquista"[30].

Como nos relata Mario Amorós en su libro sobre los principales reorganizadores del PCE en Valencia en la última etapa del franquismo, el éxodo desde Córdoba de las familias Moya y Montalbán, en el invierno de 1963 e inicios de 1964, coincidió con el proceso judicial contra Julián Grimau. Juan Moya Hernández recuerda muy bien el impacto que le produjo su asesinato y cómo reforzó su interés por buscar las vías para organizarse en el PCE. Vale la pena recordar cómo interactuaban las relaciones familiares para retomar la actividad militante, el papel de La Pirenaica y los primeros contactos con una organización con la que era muy difícil comunicarse. Poco antes de la llegada de las familias Montalbán y Moya a Valencia, muy relacionadas entre sí desde su residencia en una pequeña localidad cercana a Córdoba capital, se había producido la caída de la dirección del PCE en la región que encabezaba el histórico dirigente Timoteo Ruiz.

A pesar de la militancia anterior en el PCE de Andalucía de los padres, Antonio Montalbán Pérez y Antonio Moya Hernández, los hijos no habían llegado a formalizar su incorporación a la organización. En la emigración interior habían perdido todo contacto. La vinculación de los Montalbán y los Moya con el PCE se produjo gracias a la actividad de un militante veterano, Emeterio Monzón, que, después de una azarosa vida de represión y búsqueda de empleos para subsistir, al salir de prisión encontró una curiosa ocupación que le permitió combinar militancia y trabajo: el cobro de recibos y la representación y venta de infinidad de productos a domicilio. Como le explicaba a Pere Beneyto en una entrevista realizada para una publicación de CC. OO., "aquel tipo de trabajo me permitía realizar mis actividades y contactos clandestinos sin que la policía supiese muy bien dónde terminaba una cosa y empezaba otra". Está curiosa vía es la que les permitió entrar en contacto:

Mi tía Mariana ya conocía a Emeterio. Cuando llegamos le dijo que le iba a presentar a sus hermanos y a sus sobrinos porque le iban a gustar. Si bien no se había descubierto como militante comunista con mi tía, sí hablaban de política y coincidían [...]. En Valencia, cuando llegamos, no teníamos radio. Y cuando vino Emeterio, que vendía de todo, recuerdo que mi padre y Antonio Montalbán Pérez, que entonces

vivía con nosotros en Mas y Boher, quisieron comprarle una radio de onda corta para escuchar La Pirenaica pero no sabían cómo decírselo sin levantar sospechas. Entonces le dijeron que querían escuchar "radios del extranjero" porque tenían familia en la emigración. Emeterio les entendió perfectamente y volvió con una radio grandota, la puso encima de la mesa y empezó a sintonizarla hasta que llegó a un punto del dial en el que todos los que allí estábamos comprendimos que era el sonido característico de La Pirenaica. Nos miramos con sorpresa, estaban hablando de las movilizaciones en defensa de la vida de Julián Grimau. Nos preguntó si nos gustaba aquella emisora y respondimos que sí [...]. Y se marchó sin decirnos siquiera cuánto valía la radio[31].

La dictadura siempre pretendió aislar a sus oponentes. Hacerles sentir que eran unos inadaptados en un contexto de aceptación general del régimen. Por eso era tan importante para la militancia no sentirse sola, aislada. Junto al ambiente familiar, otro factor muy importante fue la solidaridad y el compañerismo en el centro de trabajo, en especial donde se desenvolvieron duras luchas laborales y se sufrió la represión del régimen. Francisco Lauriño Loval, asturiano, que comenzó su militancia en el PCE en 1973, venía colaborando desde 1953 en el pozo Samuño, muchos años antes de formalizar su ingreso en el partido. En la entrevista realizada, recuerda con mucha emoción a sus camaradas de faena en esa emblemática mina de Langreo, cuyo ejemplo de lucha alega como la razón principal para entrar a militar:

Por el ejemplo de luchadores que había en mi centro de trabajo, en el pozo Samuño, famoso por los luchadores que había allí, tales como Gerardo (el Portu), Joselín y Lucho de la Mosquitera, José Pin, de apodo Ful, Avelino Casar, Samuel Iglesias, primo de Gerardo Iglesias [secretario general del PCE en la década de los ochenta] y otros muchos. Y sobre todo porque era la única organización que luchaba contra la dictadura de Franco. Recuerdo cuando desde radio Pirenaica nos hablaba Pasionaria, nos llenaba de esperanza e ilusión [...]. Sin olvidarme de aquellas camaradas en la vanguardia de la lucha obrera tales como Tina, Anita, Esther, la madre de Luci y José Luis Arenas, y las hermanas Marrón, todas ellas y otras pioneras en organizar huelgas y siempre apoyando a la clase obrera.

Podemos comprobar que, en todos los casos, se constata un ambiente familiar o laboral favorable a la militancia aunque el impulso definitivo, la decisión de comprometerse, no fue general y aquí era donde operaba el carácter de cada persona, la valoración de las circunstancias en las que vivía y sus prioridades. Es más, en muchos casos, los padres, que habían vivido la dureza de los años más duros del franquismo, se resistían a aceptar los riesgos que suponía el compromiso. Es algo que quienes lean estas páginas seguramente recordarán de sus padres o abuelos, aunque quizás no los más jóvenes. Una dictadura y una represión tan sistemática como la que se sufrió en España dejan profundas secuelas. El objetivo de desmovilizar se extiende a las siguientes generaciones. Como relata Antonio Montalbán:

Mi padre era muy consciente de los riesgos que implicaba el compromiso con el PCE y con CC. OO. y siempre nos decía que tuviéramos mucho cuidado si tomábamos la decisión de organizarnos y luchar. Él quería mucho a sus hijos pero era tan valiente y tan consciente de la necesidad de no callar ante la injusticia que sufría en ese debate lógico entre el padre que quiere a sus hijos y la persona que se rebela ante la dictadura. Pero él nunca fue un freno para nuestra lucha política y sindical[32].

Marta Llames Barreñada, asturiana, destaca la importancia de los militantes comunistas históricos para dar el paso al compromiso: "La admiración que sentí por Fausto [Sánchez García] al oírlo hablar de todo lo que había vivido, que luego me enteré todavía más a fondo de cómo había sido, yo creo que también me influyó para militar [...]. No soy de admirar mucho por tener ídolos pero me impresionó mucho Fausto hablando y me acabó de convencer del todo". En el mismo sentido se pronuncia Luis Gracia, militante madrileño:

Muchas y muchos camaradas marcan tu por qué te vas afirmando y reafirmando en la militancia comunista. Lo que en un principio es emocional, en los primeros años jóvenes, en un país no solo gris sino turbio, espeso y represivo, con una dictadura que dura mucho tiempo, lo que es intuitivo y totalmente emocional poco a poco se va reafirmado, conociendo algo más el marxismo a través de ideólogos y teóricos. Y todo ello se va consolidando al conocer a muchos camaradas que te hacen entender la lucha del partido por la vía del socialismo y la transformación necesaria hasta conseguir una sociedad comunista, de iguales entre iguales. Son muchas y muchos, en el ámbito familiar y más cercano, y otras y otros en la militancia y en el día a día quienes te ayudan a entender los porqués. De algunos camaradas no recuerdo sus nombres y ya lo siento porque se merecerían ser mencionadas y mencionados, pues aunque en lo público no hayan tenido relevancia sí la han tenido en lo organizativo y en la construcción de partido.

Angelita Cuevas Fonseca recuerda un encuentro con Pasionaria al poco tiempo de que ella llegara a Madrid. Acompañó a Petra Cuevas con la que militaba en Tetuán. La escuchaba con la misma voz que recordaba de La Pirenaica. De Petra Cuevas dice que era una mujer militante, digna y sobre todo que "llevaba su verdad por delante". Cumplía un papel de apaciguar conflictos, evitar las divisiones en los debates internos.

Petra Cuevas, luchadora desde joven, posiblemente con una formación teórica escasa pero, como decía con frecuencia, viviendo una sociedad injusta y desigual, se organizó con las posibilidades que brindaba la República en los talleres de costura donde trabajaba, formando con otras compañeras el llamado Sindicato de la Aguja que, por lo hablado con ella, no solo era una organización gremial sino también formativa, solidaria y de clase. Tras los años de lucha en la Guerra Civil, esa misma lucha y militancia la llevó a años de cárcel, tortura, sufrimiento y pérdidas, incluso en lo personal, pero sin cejar en sus ideales comunistas. Así, una vez el partido vuelve a ser legal en 1977, Petra Cuevas, ya mayor, sigue con su militancia desde el barrio, desde el movimiento asociativo y el sindicato. Con toda la energía y disponibilidad que le es posible. Mucha más que la de otros camaradas con muchos menos años. Y sobre todo es un foco que irradia no solo esa energía, sino también conocimiento, humildad y sobre todo entrega. Dispuesta a trabajar en todos los frentes donde se le requería y también en todas las labores más cotidianas, anodinas y no por ello, por supuesto, menos imprescindibles. Para mí, esa sería la forma de

definirla: imprescindible, constructiva, generosa y amable.

Otro aspecto digno de destacar en esta recopilación de razones para militar es la importancia de los emigrados en el crecimiento del PCE en los años sesenta. Es muy conocido el caso del PSUC con los emigrantes andaluces y extremeños, como lo pone en evidencia el testimonio de Maximiliano Antequera, pero también lo vemos en la experiencia de las familias Moya y Montalbán en Valencia, emigrados desde Córdoba, o de Juana Clavero Molina en Euskadi primero y luego en La Rioja desde Extremadura. Es un lugar común destacar que la prioridad de las personas emigradas es mejorar sus condiciones de vida, lo que trae como consecuencia no meterse en problemas y priorizar sus intereses más inmediatos. No fue el caso de la España franquista, algo que pone en valor el compromiso de esa generación. Maximiliano Antequera lo señala con claridad:

> Nosotros ya venimos de una familia de izquierdas. Mi padre estuvo bastantes años en la cárcel por ser republicano aunque no era del partido. Mi abuela también pasó un tiempo encarcelada por la misma razón. Mi tío era comunista. Ese fue un motivo pero la principal razón fue la toma de conciencia de la explotación de los trabajadores que se daba en nuestra tierra a causa del caciquismo. En eso influyó la militancia de mi hermano mayor y la mía y las discusiones que teníamos que acentuaban esa toma de conciencia.

En el ámbito universitario las razones ideológicas, el rechazo a la mediocridad imperante en el régimen franquista y la rebeldía generacional tuvieron un especial peso, no porque estas motivaciones no estuvieran presentes en los sectores de la clase obrera, sino por los condicionantes sociológicos de su extracción social. Se ha destacado en sucesivas ocasiones que las movilizaciones estudiantiles de 1956 supusieron la incorporación de un sector nuevo, los hijos de los vencedores de la Guerra Civil. No es del todo exacto porque, si bien hubo personajes muy destacados, como Javier Pradera, que podían ajustarse a ese perfil, no todas las familias que podían llevar a sus hijos a la universidad tenían un compromiso con el régimen franquista y en muchos casos contaban con antecedentes republicanos o mezclados en ambos bandos. De lo que no cabe duda es que la Universidad tenía un carácter mucho más elitista que en el momento presente y que estaba mucho más restringida a sectores con un mínimo de recursos. Seis de las personas entrevistadas que empezaron a militar en la universidad, con una destacada carrera profesional posterior, ponen en evidencia esta particularidad en el ingreso al PCE: Valeriano Sosa, José (Pepe) Esteban Gonzalo, Carlos Álvarez Cruz, Carlos

Berzosa, Julio Martínez Flórez y Salvador Jové.

Un rasgo común de la militancia universitaria comunista, y no parece que sea solo el producto del obrerismo tradicional del marxismo, es la toma de conciencia ante la enorme brecha social que profundizó el franquismo y las injusticias que conllevaba, con una admiración sincera de las luchas obreras que tuvieron lugar en esos años difíciles. La conciencia social y la obligación de aportar desde el privilegio de haber accedido a una formación superior llevaron a participar en campañas de alfabetización o de prestación de distintos servicios profesionales en los barrios obreros, como nos han relatado Valeriano Sosa y Carlos Berzosa, más allá de la experiencia del Servicio Universitario del Trabajo que ha sido analizado en un reciente libro[33]. Fue una orientación generalizada desde el PCE que generó un impacto duradero, ya que establecía una vía de comunicación con la cruda realidad de la exclusión social y la militancia de los diferentes ámbitos. Carlos Álvarez lo expresa de forma clara: "La convivencia con mineros fundamentalmente y con clase obrera me hizo mejor". Con su ironía característica, llega a agradecer en la entrevista que el franquismo le ofreciera la oportunidad de conocer a los mineros asturianos en la prisión provincial de Cáceres o a los activistas de Comisiones Obreras en la cárcel de Carabanchel. Valeriano Sosa, que comenzó su actividad militante en el movimiento estudiantil, completa esta perspectiva desde un ángulo diferente. Destaca su intención de "aprender de la clase obrera" y su acercamiento a los trabajadores de la construcción o los metalúrgicos. En su caso empezó a visitar a Mariano Gamo, un cura que ejercía en el barrio de Moratalaz, donde llegó a conocer a Marcelino Camacho y años más tarde a Felipe Reyero en la asociación de vecinos de Villaverde.

LA MILITANCIA COMO FORMA DE VIDA

La militancia comunista se convirtió en una forma de vida, elegida e impuesta al mismo tiempo. Elegida porque partía de un compromiso individual. No fueron pocos quienes se apartaron de la militancia o moderaron su nivel de compromiso por diferentes razones. Lo comprobamos en los relatos de nuestros entrevistados. El temor a la represión, la necesidad de alcanzar una estabilidad profesional, consideraciones familiares, disputas políticas o personales… condujeron a ese alejamiento. Pero, por poco tiempo que durase,

las condiciones de la militancia clandestina dejaron una huella indeleble. Era un camino que, una vez emprendido, condicionaba las decisiones vitales más básicas. Era una obligación moral no rendirse ante la injusticia, no desamparar a los compañeros. No hay excepción entre las personas entrevistadas, todas manifiestan su orgullo por lo realizado, por modesto que fuera su impacto. Este intenso compromiso marcó de forma muy intensa las vidas militantes. Muchas de las personas entrevistadas refieren la importancia de la amistad y la confianza mutua en las relaciones entre los militantes. Pepe Esteban, que colaboró activamente en los despachos de abogados laboralistas y más tarde en el ámbito cultural e ideológico, en publicaciones como *Mundo Obrero* y *Realidad*, rememora el ambiente de trabajo: "Aparte de camaradas éramos amigos. Había una relación de camaradería y también de amistad. He sido amigo de Armando [López Salinas] y de Jaime [Ballesteros] hasta su muerte. A pesar de que yo desaparecí del partido".

Sin duda, un factor que contribuyó a este sentimiento de solidaridad, a la compenetración mutua, fue la convivencia que imponían las condiciones de clandestinidad. La utilización de las casas de los camaradas o de las personas que se ofrecían a colaborar obligaba a compartir la intimidad, a la vez que ofrecían una oportunidad para una amistad cimentada por el riesgo y las largas conversaciones. Muchas reuniones, sobre todo cuando había que debatir asuntos con más profundidad, se realizaban en excursiones a la sierra, donde se camuflaban como encuentros entre domingueros, acompañados en algunos casos por las familias. Pepe Esteban recuerda también la importancia de contar con la disposición de acogida en las casas de los militantes o simpatizantes, citando el caso del poeta Gabriel Celaya, al que aludió Jorge Semprún en muchas ocasiones, pero también de muchos otros anónimos.

La represión formaba parte de la vida cotidiana, una realidad y una amenaza que unían a quienes se sabían en las mismas circunstancias, muchas veces a expensas de que los camaradas no les delataran bajo las amenazas o las torturas de una Policía que parecía no tener límites. Que la violencia ejercida por la dictadura, de forma directa o indirecta, no fue capaz de detener el incremento de fuerzas en el PCE lo evidencian algunas de las trayectorias militantes que hemos podido conocer. Es el caso de Carlos Álvarez, detenido por primera vez al implicarse en la difusión de la "jornada por la reconciliación nacional" que tuvo lugar el 5 de mayo de 1958:

Yo empecé a militar antes de ser miembro del partido. Concretamente estaba en la cárcel por haber colaborado en la difusión de la jornada de reconciliación nacional. Entonces me detuvieron repartiendo octavillas y al cabo de un par de meses de convivencia en la cárcel con los presos políticos acepté. Era un hecho puramente verbal, cuando nos paseábamos todos los presos políticos. Yo estuve todavía un mes antes incomunicado porque no estaba el coronel Aymar en aquel momento, que era el que tenía que procesarme. Entonces cuando me procesaron y pasé a la galería de presos políticos entré en contacto con todos y al cabo de un tiempo, no inmediatamente, incluso después de que hicimos una huelga de hambre, entonces me propusieron el ingreso, más que proponerme el ingreso me concedieron el ingreso. Recuerdo a Alberto Villa Landa, a Fernando Sánchez Dragó, a Javier Mugüerza, a Joaquín Rojo Seijas. Son muchos. [Antes de entrar en prisión] estaba en la cárcel mi hermano José María porque era del grupo de los cuarenta que detuvieron a raíz de un viaje a Moscú de algunos de ellos durante un festival de la juventud. Yo en el exterior de la cárcel entré en contacto con algunos visitantes que me di cuenta que eran también por razones políticas y les ofrecí mis servicios, que aceptaron, proponiéndome que repartiera propaganda de la jornada de reconciliación nacional, cosa que hice. En las facultades, en la universidad, fundamentalmente en Derecho y Filosofía, en la Ciudad Universitaria.

La convivencia forzada de las cárceles sirvió para reforzar la organización del PCE. Por paradójico que parezca, en el interior de las prisiones era más sencillo reunirse, abordar los debates con calma y funcionar de manera regular. Las comunicaciones con los abogados y los familiares permitían desarrollar el contacto con la organización en el exterior. En su interior se conformaron organizaciones de base y direcciones políticas y se elaboraban órganos de expresión de las maneras más imaginativas. La exposición "Prensa clandestina", organizada por el Ayuntamiento de Madrid en la Imprenta Municipal en 2017, reunió numerosos ejemplares de este tipo de instrumentos de difusión empleados por los comunistas. Por supuesto que con esta reflexión no se pretende banalizar la represión ejercida, los castigos sufridos o las dificultades que había que sortear, solo se evidencia la capacidad de resistencia y crecimiento político en las más duras condiciones y cómo se aprovechaba cada resquicio en una forma de entender la vida y el compromiso que hoy son difíciles de concebir. Lo refleja muy bien Luis Gracia en la remembranza de un veterano militante de su distrito en Madrid:

De Leandro González, igualmente con su militancia temprana, muy temprana, y su entrada en las cárceles franquistas con quince años y todo lo que ello supone de pérdida de libertad, juventud y vida social que cualquier persona merece y mucho más si se es poco más que un adolescente. Pero su explicación, en positivo, en muchas charlas privadas y públicas, de estos años encarcelado es cómo le sirvieron, al estar rodeado de otros camaradas de más edad y formación, de fuente de conocimiento y teorización que dada su poca edad no tenía antes de ser privado de libertad. Esos conocimientos, generosamente, los trasmitía. Y desde luego todo ello le llevaba a asumir los trabajos en vocalías y con el vecindario, sobre todo en el ámbito distrital. Fue un camarada igualmente generoso, firme y entregado.

En los testimonios recogidos no hay referencia a actitudes dogmáticas

generalizadas, cerradas al debate. Por supuesto existían. Algunos pontificaban desde esquemas rígidos. Pero había una orientación predominante hacia la lucha política, la urgencia de la movilización contra la dictadura. Un caso particular nos lo ofrece Carlos Berzosa, cuando empezó a interactuar con otros estudiantes de izquierda a finales de los sesenta. Considera que su posición, por su predisposición e interés por el estudio, era muy teórica. Mantenía una actitud muy abierta a todos los debates marxistas, tan importantes en aquel momento de eclosión, en especial, por su formación, sobre la economía. Los análisis económicos del PCE le parecían toscos, muy poco elaborados, a diferencia de otras organizaciones de la nueva izquierda revolucionaria del momento. Cuando ingresó en el PCE, siendo ya profesor no numerario, recuerda que causó sorpresa por las posiciones que había mantenido, pero que fue acogido sin reservas. En todo caso, Berzosa destaca la orientación práctica y realista del PCE en la lucha contra la dictadura, que es lo que más le convencía para comprometerse. Aunque en los militantes de extracción obrera se reconoce la falta de formación marxista como una deficiencia que apenas podían cubrir con los cursillos que se organizaban, se señala que se debatía de todo con bastante libertad e intensidad en el interior de las organizaciones. En este sentido insisten mucho Juana Clavero Molina y Angelita Cuevas Fonseca. Salvador Jové resume lo que podría ser una concepción compartida que priorizó la lucha contra la dictadura: "He sido muy poco mitómano. Milité en el partido porque creía en lo que estaba haciendo. El PCE y el PSUC fueron los grandes partidos del antifranquismo y estoy muy orgulloso de haber compartido esa experiencia en el movimiento universitario, tanto que mi nieto se llama Sergi que era mi pseudónimo en la clandestinidad".

La trayectoria de Carlos Álvarez es peculiar pero refuerza la idea de debates intensos, de disciplina generalizada y de un compromiso libre: "Siempre he tenido un carácter un poco anarquista. A mí me llamaban el anarquista del partido". Su militancia con el PCE tuvo momentos de discontinuidad aunque siempre mantuvo como referencia al "partido" y todavía hoy se pregunta sobre la regularización de su situación administrativa como afiliado. La visión de la dirección genera reacciones encontradas y cambiantes, como nos recuerda el poeta sin querer entrar en detalles. Como tónica general, todas las personas entrevistadas valoran la disciplina consciente en la lucha contra la dictadura aunque, como veremos más adelante, en el análisis de la militancia durante la transición, la falta de formación es un factor al que se alude como explicación

de la aceptación acrítica de decisiones que no eran compartidas del todo.

El internacionalismo caracterizó los primeros pasos del movimiento obrero desde mediados del siglo XIX. El PCE surge en noviembre de 1921 como Sección Española de la Internacional Comunista, hecho que se reflejaba en sus estatutos, en sus órganos de expresión y en los carnets que se entregaban a sus militantes. La URSS y los países socialistas desempeñaban un papel muy importante en la cultura política de la militancia, un vínculo emocional. En este sentido no es de extrañar que las primeras divisiones en el PCE, si se excluyen las que tuvieron lugar a raíz del conflicto chino-soviético, tuvieran lugar a partir de la condena a la intervención en Checoslovaquia de las tropas del Pacto de Varsovia. Francisco Martínez López, Quico, que vivió estos hechos en su exilio de París, recuerda que provocó enemistades y rupturas entre militantes que habían compartido muchas experiencias dolorosas. En el interior de España, al menos si nos atenemos a los testimonios que hemos recogido, fue un tema de debate pero no distrajo la atención de la actividad política predominante en la movilización social contra la dictadura. Es algo que refleja muy bien la opinión de Manuel Sánchez, dirigente del PCE y CC. OO. en Granada: "Esos debates [a los obreros] nos pasaban por encima, porque nuestro objetivo era consolidar un movimiento obrero y un partido bien organizado en la provincia. Para nosotros el debate prioritario era Franco y la lucha cotidiana. Muchas veces nos manteníamos al margen del debate, más allá de nuestras amistades personales con unos o con otros, y si interveníamos era para apoyar la unidad del partido y lo demás era marginal"[34].

Otro aspecto interesante es la visión de la dirección del PCE, protegida por razones de seguridad, lo que generaba reacciones diversas. Fernando Claudín, con un sentimiento de agravio personal desde su expulsión del PCE, describió al grupo dirigente de París donde Santiago Carrillo desempeñó el máximo papel, tanto en relación con el trabajo en el interior como el del exilio. Lo caracteriza con una enorme capacidad de trabajo, con jornadas maratonianas, en las que se desplazaba siembre con un coche oficial facilitado por el Partido Comunista Francés, preservando el secreto de sus movimientos. "Vive en un mundo cerrado, de informes y de relaciones con sus colaboradores"[35]. Pablo Iglesias Núñez, joven que militaba en París en ese momento y miembro de una histórica familia de comunistas gallegos, parece confirmar esa visión. Sin embargo, Pepe Esteban y Salvador Jové relatan el interés que manifestaba Carrillo en recibir información directa desde España, atendiendo a quienes

venían de forma periódica para informar o a los encuentros de formación o a las reuniones sectoriales. Dos puntos de vista que no son necesariamente contradictorios.

Un aspecto muy relevante de la relación desde el exterior con el interior, que de alguna manera se puede traducir entre la dirección del partido que diseñaba las estrategias y quienes ejecutaban las políticas en el interior, es la elección del ámbito donde desarrollar el trabajo, algo que hoy puede resultar difícil de creer pero que responde a la fuerza del compromiso asumido. Antonio Montalbán, un militante destacado en la organización del PCE y CC. OO. en el País Valenciano, recuerda como insistieron en este sentido Santiago Carrillo e Ignacio Gallego, dos de los dirigentes que tenían en sus manos el trabajo político en el interior:

> Mi cuñado Juan no paraba de insistirme en que debía trabajar en una gran fábrica y esa misma presión la recibía también de la dirección del partido. Con pasaporte falso, porque estábamos muy marcados por la represión desde hacía años, me llevaron a París un par de veces para participar en reuniones con algunos miembros de la dirección del PCE. En aquellos encuentros Santiago Carrillo, Ignacio Gallego y otros dirigentes insistían en que militantes como yo debíamos estar en las grandes fábricas, para influir entre un número importante de trabajadores, y no en pequeños talleres como el de Alboraia, donde por cierto ganaba un muy buen salario. La dirección del PCE tenía un listado de esas empresas, en el que aparecía Mocholí, y con la información que les proporcionaban desde el interior sabían en cuáles nuestra presencia era muy débil o casi inexistente y entonces intentaban dirigir a los militantes hacia ellas. Con el cambio a Mocholí pasé a cobrar la tercera parte de lo que percibía en Alboraia[36].

En todo caso parece que el respeto a la dirección del partido, rodeada de cierto misterio por las inevitables medidas de seguridad, era generalizado, así como el seguimiento muy cercano a la actividad que se desarrollaba en el interior de España. Otra cosa son los debates posteriores, después de la clandestinidad, o los enfrentamientos en torno a las relaciones con los países socialistas y la línea estratégica a seguir, algo que desborda la pretensión de este libro.

UN NUEVO MOVIMIENTO OBRERO

El PCE siempre puso énfasis en el trabajo con la mayoría social trabajadora, una orientación que respondía a la extracción social de su militancia y a sus planteamientos teóricos. En un primer momento, cuando la dictadura ejerció una violencia exacerbada que dejaba poco margen para un activismo

reivindicativo, gran parte del esfuerzo organizativo se limitaba a establecer contacto con los centros de trabajo, garantizar la presencia y contar con información de primera mano para evitar de esta forma la represión. Más adelante, con el entusiasmo provocado por la victoria aliada frente al nazifascismo y el espejismo de una rápida caída de la dictadura, se preconizó la creación de sindicatos clandestinos, opción que dio escasos resultados, como reconoció de forma autocrítica más adelante el propio PCE. En una reunión realizada en octubre de 1948, al analizar el anterior fracaso y los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española, con la incorporación de cada vez más trabajadores provenientes del campo, se decidió trabajar en el seno de los sindicatos verticales, de afiliación obligatoria, para de esta forma mantener su vinculación con "las masas"[37]. Es bien conocido que fue la consecuencia de un consejo formulado por Stalin, cuando una delegación del PCE se reunió con el dirigente soviético en el Kremlin. La nueva política fue recibida con desconfianza. Fue una apuesta por un trabajo paciente, desagradecido por lo que suponía de aceptación de la legalidad del régimen, pero que permitió a medio plazo el desenvolvimiento de las grandes acciones que se desarrollaron en los años cincuenta y sobre todo a partir de la apertura económica del desarrollismo.

Ya hemos mencionado en la introducción de este capítulo el papel que desempeñaron las movilizaciones mineras en Asturias. El mismo año del regreso de Marcelino Camacho a España desde su exilio en Argelia se había creado una primera "comisión obrera" en la mina gijonesa de La Camocha. En palabras del histórico dirigente sindical:

> Ante la ineficacia de los grupos clandestinos y la sumisión de los verticalistas a los explotadores, los trabajadores, en la mina, la obra, la fábrica o el campo, cuando tenían alguna reivindicación que plantear, ya fuera mejora salarial, condiciones de trabajo, vestuario o transportes, elegían o designaban previa asamblea o consulta una comisión. Esta comisión planteaba los problemas o las reivindicaciones a la empresa o al patrón y después daba cuenta de los resultados. Así, espontáneamente, los trabajadores crearon los embriones del nuevo movimiento obrero, como una necesidad para defender sus intereses en las nuevas condiciones, iniciando a partir de entonces un nuevo equilibrio para la defensa de sus intereses de clase, inmediatos o mediatos. En este proceso podríamos distinguir dos fases: la espontánea, en la que CC. OO. nacen y mueren con cada problema concreto, y la consciente, en la que pasan a ser permanentes y a través de una autocreación constante van coordinando y elaborando las luchas y los mínimos de organización y bases sociopolíticas imprescindibles para cumplir su papel en el presente y en el futuro[38].

Lo más llamativo del proceso es que la espontaneidad y la acción política

sostenida desde las estructuras del PCE se combinaron sin conflicto aparente. Una muestra más de su flexibilidad y creatividad a la hora de llevar a cabo sus políticas. La forma de construir este nuevo movimiento obrero se reprodujo en todos los sectores y conllevó un fortalecimiento del partido, al tiempo que los militantes ya organizados se planteaban como tarea más inmediata la creación de las Comisiones Obreras. Todos los testimonios recogidos son coincidentes en este sentido, como en la entrevista conjunta que realizamos a Julio Martínez Flórez y Juana Clavero Molina, militantes del PCE en La Rioja:

JUANA: El contacto con Comisiones [Obreras] en Euskadi nos valió mucho para entrar en contacto aquí y una vez que entrabas a contactar con gente de comisiones correlativamente estaba la gente del PCE.

JULIO: A mí me pasó al revés. Entré en el partido y entré en Comisiones.

JUANA: Claro pero lo nuestro fue el Barragán, que era mi marido, y yo entrar en Comisiones, contactar, porque entonces era contactar, y a raíz de ahí, hala, ya conocíamos a gente que estaba en el PCE y a partir de allí es cuando empezó ya la actividad militante… Pero en lo que es en los puestos de trabajo, en La Rioja que no tiene nada que ver con Euskadi, eso estaba como muy en silencio y muy minoritario.

JULIO: No se hablaba de eso…

JUANA: Contactamos en la primera sede que tuvo Comisiones en un piso…

JULIO: En la calle Colón, en un quinto piso sin ascensor.

JUANA: Ese fue el primer contacto pero luego ya, a partir de ahí, empezamos a conocer gente de Comisiones que estaba vinculada al PCE… Comisiones y el PCE éramos dos en uno.

El testimonio de Maxi Antequera refleja muy bien la evolución del movimiento obrero en los años sesenta. Fue uno más de esos emigrantes internos que se trasladaron a las zonas donde se concentraba el desarrollo económico e industrial, desde su Lobras natal, en Granada, hasta Blanes, en Gerona, donde ya se habían instalado algunos de sus hermanos. Era una forma de huir del poder de los caciques y optar por unas mejores condiciones de vida. No fue una emigración ordenada, con una oferta de trabajo acordada, sino una decisión en la que contaban mucho las expectativas y la solidaridad de la familia con la que construyó su vivienda y comenzó a trabajar en la construcción. Al poco tiempo se presentó la oportunidad de pasar a la acción:

La primera acción que hicimos fue en una empresa que se llamaba SISA que construía un bloque en el barrio de Los Pinos. En esta empresa no se pagaban los puntos. A fin de mes se pagaban unos puntos que, según los hijos que tenías, se pagaban más o menos. Entonces, allí, se hacían firmar los puntos conforme se cobraban y no se pagaban. Decían que iba ya incluido en el sueldo. Entonces nosotros hicimos, a la hora del bocadillo de esta empresa, en la que trabajábamos cuatro miembros del partido, una reunión para ver lo que podíamos hacer. Fuimos haciendo reuniones y le planteamos a la gente que la mejor forma de arreglar esto sería no firmar la nómina de cada mes si no nos pagaban los puntos. Si nos pagaban los puntos, firmábamos, y si no nos los pagaban, no. Lo preparamos así y al mes siguiente, cuando vino la nómina, no firmamos ocho personas de sesenta o setenta que estábamos. De los que no

firmamos, tres éramos solteros, que quede claro. Entonces se creó un conflicto en la empresa, nos despidieron, fuimos al sindicato y resulta que, al mes siguiente, los obreros cobraron los puntos. A nosotros nos echaron pero todos cobraron los puntos. La primera acción colectiva en Blanes fue esa. Después, a partir de allí, hubo otras como la huelga general de la construcción. Todo eso fue lo que alentó después el movimiento obrero en SAFA[39].

La organización del PSUC se había creado en Blanes en 1963 y la estructuración de CC. OO. en la comarca, como culminación de este tipo de luchas sectoriales, se produjo en 1967. Maxi Antequera recuerda que no todos compartían la estrategia entrista en los sindicatos verticales, que calificaban de manera despectiva de colaboracionista, pero la dinámica de lucha y los éxitos parciales que pudieron ir arrancando acabaron por imponerse. De manera parecida, Antonio Moya, militante valenciano, recuerda cómo aprendieron de sus padres y de los militantes de mayor edad la estrategia de la combinación de los cauces legales y de las vías ilegales como eje de la lucha contra la dictadura. En aquel aprendizaje tuvieron que abordar con inteligencia el miedo de la inmensa mayoría de los obreros a comprometerse en una acción en último término política que era duramente castigada por la dictadura:

A consecuencia del pánico que la gente tenía, primero intentábamos que se respetara la propia legislación del régimen, por ejemplo, las tablas salariales oficiales, y como se incumplía en la inmensa mayoría de los casos, cuando promovías la lucha para lograrlo, ya estabas generando la contradicción. Entonces venía la represión, el despido o la sanción y podías decirles a los compañeros de la fábrica: ¿Veis cómo nos hace falta la libertad, la democracia? En 1964 o 1965 tuve un conflicto en Muebles Salcedo, fui al vertical y al recoger las tablas salariales descubrí que a otros compañeros y a mí nos estaban pagando menos de lo que nos correspondía. Logramos que nos pagaran la diferencia y fui a Muebles Alonso y a otros talleres cercanos y sucedía lo mismo. Era en esos momentos cuando les podías hablar de política. Nuestro objetivo era mejorar la calidad de vida pero para lograrlo había que luchar y entonces el empresario te reprimía y en esas circunstancias veían que hacía falta la libertad[40].

Con el tiempo, la coordinación de los enlaces y jurados de empresa, bajo la estricta normativa del régimen, permitió un cierto margen de maniobra para la aplicación de la nueva normativa sobre convenios colectivos. El ejemplo de Marcelino Camacho, con su liderazgo para la formación de la Comisión de Enlaces y Jurados del Metal de Madrid, se convirtió en un referente en los diferentes sectores y territorios de toda España[41]. Era una forma de actuar que combinaba lo legal y lo ilegal, arriesgada, no solo por la amenaza permanente de la represión, sino también por el peligro de cooptación por el régimen que conllevaba. El testimonio de Paco Portillo es muy clarificador en este sentido:

A mí el partido me plantea desde el primer momento que había que hacer las Comisiones Obreras, no la Oposición Sindical Obrera. Ya sabíamos que había que meter a gente en el vertical. Me dijeron que había que organizar el movimiento obrero. Sin embargo, alguna gente de Macarena, que tenía una posición más radical, nos dijo que llevar gente al sindicato era un error y que no estaban de acuerdo porque era actuar de forma abierta y que era entregar la gente al sindicato [...]. Y nosotros les decíamos que había que dar la cara. Había gente que no lo entendía pero en general se comprendió que si había que conquistarlo [el sindicato], había que estar fuera y dentro. Para luchar contra el vertical había que estar en la empresa y en el vertical. Sabíamos que nos la jugábamos pero se hizo[42].

En los años sesenta del siglo pasado, al calor del avance de las movilizaciones sociales y de los comienzos de unas Comisiones Obreras muy pegadas a un trabajo de base, María Luisa Suárez fue la encargada por Francisco Romero Marín y Marcelino Camacho de coordinar la puesta en marcha de una amplia red de despachos de abogados laboralistas, como un instrumento que facilitara la defensa y la organización de la mayoría social que acabó por derrotar a la dictadura y sus proyectos continuistas. Era una tarea difícil, que enfrentó la hostilidad del régimen como no podía ser de otra forma pero que pudo salir adelante y tener un gran desarrollo gracias al liderazgo de María Luisa Suárez y la entrega de toda una generación de jóvenes abogados y abogadas, junto a un sinnúmero de colaboradores, que no dudaban en acudir a las empresas en conflicto o a los barrios populares para ponerse a disposición de los movimientos sociales que cada vez estaban tomando mayor dimensión.

Pepe Esteban participó en el curso de formación para intelectuales de Arrás en agosto de 1963, donde se empezó a dar cuenta del conflicto con Jorge Semprún y Fernando Claudín. Nos relató en su entrevista que optó por sentarse al lado de Enrique Líster, un personaje que consideraba mítico. Allí es donde se decidió que empezaría a colaborar en la labor de los despachos laboralistas, de acuerdo con Marcelino Camacho. María Luisa Suárez en sus memorias ratifica esta versión:

En Arrás, un camarada nos esperaba y nos llevó al lugar donde iba a celebrarse la reunión. Se trataba de un viejo castillo propiedad de la alcaldía comunista de Arrás, en el norte de París. Allí permanecimos todo el mes de agosto. Nos encontramos con Antonio Rato, Armando López Salinas, Amandino Rodríguez Armada, José Esteban, Pedro Dicenta, José Zamorano y su mujer, la hermana del poeta José Hierro, el pintor José Ortega, Carmen Azcárate y otras muchas personas que no conocíamos... [Y dos años después] encontramos el local y lo pusimos en funcionamiento en la Calle de la Cruz nº 16, donde comenzamos a trabajar Antonio Montesinos, José Jiménez de Parga, José Esteban y yo[43].

Al poco tiempo se abrió otro despacho donde empezaría a trabajar Cristina Almeida. En 1967 se incorporó al despacho Manuela Carmena y se abrió un tercero en Getafe, donde trabajaron José Luis Núñez y Nicolás Sartorius que

años más tarde llegaron a desempeñar destacadas funciones en el PCE. Así fueron proliferando en distintos locales de Madrid y extendiendo la experiencia a toda España. El éxito de la apuesta por la ampliación de esta red de despachos como un instrumento para la movilización social, organizada por el impulso de la estructura clandestina del PCE, tendría su trágica confirmación con la matanza de Atocha, que tuvo, además de la intencionalidad de infundir terror para condicionar el desarrollo de la transición, el carácter simbólico de atentar contra lo que suponía un desafío al poder político, económico y social de quienes se habían beneficiado con el régimen franquista y se resistían a perder sus privilegios. La de María Luisa Suárez fue una vida de militancia muy activa en el PCE, en la que llegó a ser miembro de su comité central, que continuó después de la transición en el trabajo cotidiano en los servicios jurídicos de CC. OO., en el movimiento vecinal y en el feminismo de clase.

Como destaca José Babiano, en la presentación de los escritos de Marcelino Camacho, las elecciones sindicales de 1966 supusieron un enorme impulso para Comisiones Obreras con su presencia en el conjunto del país. Maxi Antequera mencionó en su entrevista el caso de Blanes, donde actuaron de acuerdo con la Hermandad Obrera de Acción Católica, una alianza con el activismo cristiano de base que fue cada vez más amplia. El régimen fue en ese momento consciente del reto que suponía este nuevo movimiento obrero para mantener su hegemonía, por lo que arreció la represión que afectó a su propio líder, a sus dirigentes a todos los niveles y a toda la organización al ser declarada ilegal por el Tribunal Supremo[44]. María Luisa Suárez destacó el sacrificio de Marcelino Camacho en el momento de presentarse al Tribunal de Orden Público, en vez de optar por la clandestinidad o el exilio, en lo que acabaría siendo casi una década de encarcelamiento:

> Su corazón sangraba por sus hijos y su mujer pero su sentido de la responsabilidad estaba por encima de toda consideración. Fue consecuente con su lucha y su concepto de la obligación moral y ética que le había movido toda la vida. Al día siguiente, primero de marzo de 1967, con gran dolor de mi corazón, en mi condición de abogado, lo llevé al TOP para entregarlo. Lo dejé en manos de sus enemigos pero había sido él el que había escogido su camino, pensando en seguir luchando desde la cárcel como así fue. Lo bajaron a los calabozos de las Salesas y ya me preparé para ir a verle a la cárcel[45].

La represión, lejos de detener el incremento de la movilización social, aumentó el malestar y la rebeldía. Maxi Antequera destaca lo sucedido en Cataluña por la fuerza y el prestigio alcanzado, donde cada vez preocupaba

menos la capacidad de acción de la policía ya que fueron capaces de construir una especie de "zona de libertad", algo que Salvador Jové comenta de forma muy parecida para referirse al éxito del antifranquismo en las universidades catalanas. No fue igual en toda España, en especial en las regiones con un tejido industrial más débil y donde el control social era mucho más fácil, como nos recuerdan los militantes que entrevistamos en La Rioja. Los éxitos parciales no evitaron que la represión continuara de una forma implacable contra el nuevo movimiento obrero. Al contrario, la espolearon. La reunión de la primera coordinadora estatal de CC. OO., a inicios de los setenta, concluyó con la detención de toda la dirección y la apertura del proceso conocido por el número redondo de su sumario, el 1001, cuya vista coincidió con el atentado contra el presidente del Gobierno Luis Carrero Blanco, lo que justificó unas fuertes condenas. CC. OO. era una realidad en crecimiento pero que debía soportar la dura represión del régimen. Todos los entrevistados coinciden en su importancia para el desarrollo de una oposición masiva al régimen y los cambios efectivos que provocó en las empresas.

FEMINISMO Y MACHISMO

Matilde Landa, que no era abogada, desempeñó un papel en la defensa de las presas políticas que se hacinaban en la cárcel madrileña de Ventas. Eran momentos de una crueldad sin límites, los primeros años de la dictadura franquista, que se traducían en la más absoluta arbitrariedad y desprotección. Matilde Landa asumió ese papel en una rudimentaria asistencia letrada por su preparación intelectual y su capacidad de organización, en un ejercicio de dignidad frente al objetivo de la represión: anular toda acción colectiva. A pesar de todo, las mujeres republicanas presas mantuvieron su combatividad, lucharon por el futuro como pudieron hacerlo en esas condiciones y no se rindieron jamás. Su ejemplo daría sus frutos.

Su semilla fue recogida años más tarde por María Luisa Suárez Roldán, una de las primeras abogadas que pudo concluir la carrera después de la guerra de España, en 1944, y que consiguió algo más difícil aún: ejercer la profesión en un entorno patriarcal y en una dictadura que pretendía ahogar cualquier expresión de iniciativa que escapara a su control. Es un dato que prueba un carácter firme, una voluntad inquebrantable en la superación de los enormes

obstáculos para que una mujer libre y de izquierdas pudiera abrirse camino en un ámbito especialmente machista y conservador.

La conexión de María Luisa Suárez con Matilde Landa no se debe establecer solo por su común militancia en el PCE y su dedicación a los presos políticos, tiene que ver también por su relación con la Institución Libre de Enseñanza (ILE) donde ambas estudiaron y con la que mantuvieron estrechas conexiones, ya que, aunque la ILE fue clausurada por la dictadura, el espíritu de librepensamiento y la creatividad que la caracterizó perduraron en las personas que tuvieron la suerte de recibir su educación. La demonización que hizo el franquismo de la ILE, presentada como el cerebro de la Segunda República y la vía de penetración de las ideas marxistas en España, conllevó su cierre y persecución.

Superando todos los obstáculos, María Luisa Suárez desarrolló una brillante actividad profesional como abogada. Además de defender a los represaliados del franquismo, con continuas visitas a las cárceles y participación en los procesos penales (formó parte del equipo de abogados que intentó defender a Julián Grimau y fue una asidua defensora ante el Tribunal de Orden Público), desempeñó un papel activo en el Colegio de Abogados de Madrid y en su Grupo de Abogados Jóvenes, que todavía hoy sigue existiendo, sin que muy probablemente muchos de los que formen parte del mismo sean conscientes de su origen y del papel que jugó en la lucha contra la dictadura. Suárez batalló a todos los niveles contra las prácticas discriminatorias en el Colegio de Abogados:

> El reivindicar el derecho de Fernando [Ontañón, su marido] a pertenecer al servicio médico me planteó la primera lucha en el Colegio. Corría el mes de septiembre del citado 1954. Fui al colegio para pedir la tarjeta para los dos y en secretaría me pusieron mil pegas, tanto discutí que me ofrecieron tratar el tema planteado con el decano… Él insistía en que el programa se refería al cónyuge del abogado (los hijos, los padres y hasta el servicio doméstico del abogado) pero no se refería a la abogada. Por más razones jurídicas que expuse, no conseguí mover la conciencia berroqueña del decano, aunque él sabía que yo tenía razón. Era un ejemplo evidente del antifeminismo imperante[46].

La actividad política específica de las mujeres comunistas fue reclamada desde el boletín *Nosotras*, editado en 1961 e integrado en la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Según la policía franquista, estaba dedicado a la "sección femenina del partido". Unos meses después, en noviembre, fueron detenidas Margarita Sánchez Alvaredo y Ana Martínez por establecer "una especie de filial de la titulada Unión de Mujeres"[47]. Pero sería

a raíz de las movilizaciones de apoyo a los represaliados por las huelgas en Asturias de 1962 cuando se acentuó la necesidad de creación de una organización específica de mujeres directamente relacionada con la lucha antifranquista y con la amnistía de los presos políticos como uno de los objetivos principales. Todo ello sin olvidar el componente feminista y de reivindicación de los derechos de las mujeres. A finales de 1964 nacería el Movimiento Democrático de Mujeres, con nombres como Aurora Villena, Vicenta Camacho, Isabel Pérez, Josefina Samper, Rosa Roca, Elena García, Natalia Calamai e Isabel Herranz[48].

En la década de los sesenta el PCE apostó por articular un movimiento social feminista. Mercedes Comabella, una de las fundadoras del Movimiento Democrático de Mujeres, recordó su surgimiento en Madrid en 1965 con una presencia plural y una gran implicación de las comunistas. Fue el resultado de los cambios sociales operados en la sociedad española, con la incorporación de la mujer de forma limitada y discriminada al mundo del trabajo. Se eligió el barrio como lugar de intervención para alcanzar un mayor impacto en su actuación. En un primer momento se aprovecharon las asociaciones de amas de casa oficialistas, aunque pronto fueron detectadas y expulsadas las más activas. A partir de su trabajo en barrios como Ventas, Carabanchel y Chamartín, el MDM fue creciendo y alcanzando una dimensión en el conjunto del Estado[49].

Marta Llames Barreñada nos comenta esta experiencia. Después de acabar el colegio como interna volvió a Sotondrio, localidad muy cercana a Langreo, en Asturias, en 1968 y se incorporó al trabajo político que dirigía el partido: "Allí ya empecé en las asociaciones de amas de casa, que era la manera de estar en contacto y poder reunirte sin que se supiera que estabas haciendo lo que estabas haciendo. Recuerdo que había gente de todas las ideologías pero creo que nos mandaban porque era una manera para que las demás nos pudieran seguir".

El papel activo de las mujeres se desarrolló también en el movimiento obrero. Francisco Lauriño menciona su actuación durante la "huelgona" asturiana de 1962, con un nivel de actividad y compromiso que les costaría caro:

La secundaron las mujeres. Eran unas luchadoras extraordinarias. Anita Sirgo, las Marrones, la familia Urdiales, la familia Arenas, tenían un hijo Loli y José Luis, la madre de estos Arenas iba al pozo donde yo trabajaba, cobrábamos en taquilla allí en el mismo pozo, en las oficinas del pozo, y pagaban el día 10 de

cada mes, y subía esta señora a hacer colecta para los presos. Eran formidables. Otra camarada, Tina, que murió aquí, vivía en una barriada, y el día de su entierro fue una verdadera manifestación, era una mujer luchadora, era íntima de Anita Sirgo. Bueno, eran familias enteras.

Cuando el desarrollo de la huelga minera enfrentaba dificultades y algunos de los trabajadores estaban siendo tentados para volver a trabajar, las mujeres decidieron dar un paso adelante y protagonizaron piquetes para desanimar a los esquiroles echándoles maíz como muestra de desprecio. Anita Sirgo, Tina Pérez y Celestina Marrón fueron algunas de las mujeres más activas, como nos recuerda Lauriño. Estos grupos se ocupaban, entre otras cosas, de recolectar ayuda en forma de alimentos, transmitir mensajes o repartir propaganda. Este grupo de mujeres participó en el encierro en la catedral de Oviedo durante las movilizaciones. Por su activismo durante la huelga, Anita Sirgo sufrió los efectos directos de la represión. Fue encarcelada y vejada como lo solía hacer la dictadura, a pesar de lo cual no delató a ninguno de sus compañeros del partido. En la cárcel sufrió torturas que le dejaron graves secuelas físicas, mientras Manuel Fraga, ministro franquista, en sus periódicas comparecencias públicas para calmar las denuncias cada vez más frecuentes ante la opinión pública internacional negaba la evidencia de la práctica de la tortura y pretendía ridiculizar al movimiento.

En especial en sectores feminizados, donde a las deficientes condiciones laborales se sumaba una actitud paternalista de los propietarios y los gerentes, se fortaleció el movimiento obrero y una nueva generación de mujeres militantes. María Jesús Gómez Holgado nos relata su experiencia en los años setenta del siglo pasado en una fábrica envasadora de aceitunas en Morón, Sevilla. A pesar de lo agotador de las jornadas y de las enfermedades que ocasionaba la tarea rutinaria sin medidas de prevención, los ingresos que obtenía eran superiores a los del resto de su familia, aunque era menor de edad, por lo que no podía prescindir de los mismos. En el proceso de movilización de la localidad desempeñaron un papel decisivo los curas obreros instalados en el barrio de El Pantano, algunos de ellos vinculados directamente al PCE. María Jesús sufrió una primera detención en una acción reivindicativa vecinal que reclamaba el derecho al agua, lo que provocó su despido y una huelga de solidaridad de sus compañeras de fábrica, donde ya CC. OO. había conseguido que se eligieran enlaces sindicales mujeres. María Jesús tiene a gala ser una de las primeras mujeres que consiguió su readmisión.

El papel del MDM fue muy importante en la fase final del franquismo al

integrar a las amas de casa, no politizadas hasta entonces, en las luchas por los problemas de la vida diaria, organizando huelgas de compras en protesta contra la carestía de la vida[50] y durante la transición con las reivindicaciones iniciales de despenalización del adulterio y los anticonceptivos y después del divorcio y el aborto. Anita y las mujeres más veteranas no entendían muy bien las nuevas reclamaciones, "cuando reivindicaban el aborto y esas cosas". Estaba de acuerdo con el aborto pero creía que en aquella época había otras cosas prioritarias. El grupo liderado por las jóvenes universitarias como Marisa Castro, "eran mujeres feministas y no sé qué", se reunía con ellas pero "siempre con lo mismo y yo ya me cansaba de que no hubiera otros problemas que el aborto"[51].

En este mismo sentido, Angelita Cuevas recuerda cómo se enfrentaron a las prácticas discriminatorias que su empresa, El Corte Inglés, aplicaba contra las mujeres, como que fueran ellas la encargadas de cerrar siempre las cajas, algo que les suponía ampliar su jornada de trabajo sin cobrar horas extras y que solo ellas estaban obligadas a realizar, o la reivindicación de que la empresa costeara el uniforme de sus compañeros. A pesar de este activismo, las consecuencias de vivir en una sociedad patriarcal permeaba a las propias estructuras del partido con actitudes machistas que salen a relucir en la entrevista que mantuvimos en La Rioja con los militantes Julio Martínez Flórez y Juana Clavero Molina. Esta última nos relata cómo se llevaba a sus hijos a las reuniones, ya que de otra forma no hubiera podido ejercer su opción militante.

JUANA: Y muy vinculado al género masculino, que allí es otra historia importante a tener en cuenta cuál era la presencia de las mujeres y cuál la presencia masculina.

JULIO: En el PCE éramos bastante machistas.

JUANA: Como ha sido siempre minoritaria la presencia femenina a base de tener que enfrentarnos con nuestros propios maridos o compañeros o como lo quieras decir para que compartieran responsabilidades familiares… Yo me llevaba mis hijos a las reuniones.

En el mismo sentido Marta Llames Barreñada, concejala de mujer y de otras responsabilidades durante diez años en el municipio de Langreo, Asturias, reflexiona sobre el machismo en el PCE, en una organización en la que casi todos los militantes eran hombres. "Yo recuerdo que nos enfadábamos cuando íbamos a una reunión por la mañana y al llegar la hora de tener que preparar la comida, de los matrimonios marchaba la mujer y se quedaba el hombre y ya nosotras entonces nos enfadábamos. Y decíamos: ¿Por qué te tienes que marchar tú?".

Está claro que una cosa era y es predicar y otra dar trigo. En todo caso, el protagonismo de las mujeres se fue abriendo paso con su propia implicación, en la estructura del partido y en el nuevo movimiento obrero. El surgimiento de las asociaciones de vecinos y el movimiento de padres y madres fue un sector donde participó activamente la militancia comunista, en especial las mujeres, que empezaban a desempeñar un papel muy activo.

LA SEMILLA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LA CULTURA ANTIFRANQUISTA

Valeriano Sosa, estudiante de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid en la primera mitad de los años sesenta, recuerda la resistencia al Sindicato Español Universitario, por su carácter obligatorio y antidemocrático, en el que jugaba un papel activo Rodolfo Martín Villa que emitía auténticas soflamas fascistas en ese momento. Valeriano participó en la quema de carnets del SEU y como consecuencia de ello, fue detenido y enviado al Tribunal de Orden Público. Desarrollaban las reuniones clandestinas en el campo de deportes de la ciudad universitaria. En los vestuarios de la piscina escondían un mimeógrafo o ciclostil para elaborar la propaganda. Es muy probable que los estudiantes que utilicen hoy estas instalaciones ni siquiera sospechen la utilización subversiva de estas instalaciones.

Francisco Fernández Buey, que empezó a militar como estudiante en la Universidad de Barcelona, destacó el papel del movimiento universitario en la lucha contra la dictadura y cómo afectaron las revueltas del mayo francés de 1968. Al recordar la "capuchinada", un encierro de estudiantes y profesores en un convento provocado por el asedio policial a la asamblea constitutiva del Sindicato Democrático de Estudiantes, destacó el papel activo y mayoritario de los militantes del PCE, logrado con un espíritu "antisectario", mucha participación interna y el acento puesto en la lucha por las libertades. Sin embargo, a partir de 1968 se produjo una radicalización que tuvo como resultado una gran atomización y la consideración como obsoletas de las organizaciones de masas que aprovechaban los resquicios de la legalidad franquista, una deriva sectaria que poco a poco "iba cortando el vínculo entre las vanguardias y la mayoría de los estudiantes"[52].

Carlos Berzosa recuerda cuando comenzó a estudiar en la Universidad

Complutense de Madrid en 1965. En ese año una fuerte represión había expulsado de la universidad a profesores tan destacados como José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo, en un ambiente tan conflictivo que acabó por imponer la desaparición del SEU. El régimen intentó oponer al Sindicato Democrático de Estudiantes de Madrid que promovía el PCE unas asociaciones profesionales de estudiantes aunque en un contexto de proliferación de las fuerzas de izquierda. Salvador Jové, que formó parte del comité de estudiantes del PSUC entre 1965 y 1966, ha escrito una contribución a una obra colectiva sobre la "capuchinada" y el movimiento estudiantil con el sugerente título de *Cuando el franquismo perdió la Universidad*. En su opinión, el franquismo desconectó de la universidad:

En la universidad había una creciente toma de conciencia frente al franquismo, frente a la dictadura, eso sí que había, y de mucha gente que no era militante, de hecho cuando entró la policía la primera vez hubo huelga general, que no se podía imponer así como así… Cuando asesinaron a Enrique Ruano igual, había unas movilizaciones muy grandes. Había un apoyo cada vez más generalizado de todo el movimiento democrático en la lucha contra la dictadura.

La semilla del movimiento estudiantil crítico con la dictadura se regó con los pequeños focos de libertad y creatividad cultural que resistieron. Parece evidente que las condiciones difíciles para la libertad de expresión, la censura y la represión lejos de cercenar la iniciativa cultural la espolearon y elevaron el aprecio mayoritario aunque no unánime con el compromiso de los intelectuales. Pepe Esteban nos relata cómo fue su contacto inicial con uno de esos espacios de libertad:

Yo llegué a Madrid y enseguida busqué escritores y ya me encontré en el café Pelayo, que era una tertulia famosa donde se reunían los escritores de izquierdas, como [Armando] López Salinas, Antonio Ferres, Ángel González, [José Manuel] Caballero Bonald, [Gabriel] Celaya o Alfonso Sastre. Llegué allí como un jovencito en el año 56, que era cuando los follones en la universidad y se iba a hacer un congreso de escritores jóvenes. Estaba Múgica, también fue importante, entonces estaba en el partido Enrique Múgica. Fue importante porque era más mayor que nosotros, estábamos en primero, él estaba en quinto y nos cogió y nos adoctrinó… Aunque mi llegada al partido fue a través de López Salinas, de Carlos Álvarez, de Jaime Ballesteros que iban a la tertulia y yo de repente me encontré que estaba en el partido porque entonces no se daban carnets… Y siempre había policías, disimuladamente detrás… Semprún aparece después.

Carlos Álvarez nos transmite una experiencia y una inclinación muy parecida:

Yo había empezado a escribir poemas y tenía el afán típico de todo aspirante a escritor de conocer a gente y que me publicaran algo. Entonces iba a la tertulia del café Pelayo. Allí estaban Armando [López Salinas], [Antonio] Ferres, Alfonso Sastre, [Juan Eduardo] Zúñiga, Juan García Hortelano y Ángel

González. Su funcionamiento era muy libre, casi anárquico. Cada uno ponía el límite de su propia autocensura. Se hablaba fundamentalmente de temas políticos y de literatura. Había un abanico de posiciones políticas pero predominantemente era gente del partido. Comentábamos las cosas que pasaban.

Un instrumento habitual fueron los manifiestos de los intelectuales; artistas y gentes del mundo de la cultura desempeñaron un papel fundamental en esos años. Era una vía para concretar el compromiso pero, como nos recuerda Pepe Esteban, conllevaba riesgos evidentes. José Bergamín tuvo que salir a su segundo exilo precisamente por encabezar uno de estos escritos donde se denunciaban las torturas sufridas por los mineros asturianos presos. Recoger las adhesiones se convertía en un ejercicio no siempre agradecido:

Entonces todo el mundo era del partido o estaba cercano al partido… Yo una vez llegué a ser presidente [del organismo que los agrupaba]. Recuerdo que Javier Pradera se cogió un buen cabreo. Javier Pradera era entonces del partido, era el presidente de los intelectuales. Un día nos lo queríamos cargar, hubo una reunión y me eligieron a mí… Entonces vi la lista increíble de intelectuales que eran del partido o cercanos al partido o que el partido les podía tocar. En esos años yo me dediqué mucho a aquellos documentos que se mandaban a los ministros o que se mandaban también fuera. Lo importante era que salieran en *Le Monde* donde teníamos a [José Antonio] Novais… Y los firmaban los intelectuales, los abajo firmantes… Y entonces el más famoso, que me costó ir a[l Tribunal de] Orden Público, fue el de las huelgas de Asturias del 63. Entonces yo me encargaba de pedir la firma a los escritores. Recuerdo escenas maravillosas. Por ejemplo, con Vicente Alexandre, que era un viejo venerable. Le avisaban: "Que va Pepe Esteban con documentos" y se iba de casa. Yo me iba a su casa y me decía la hermana: "No está, ha salido". Yo decía: "Pero está cerca". Le esperaba y siempre me firmó, lleno de miedo. Recuerdo que decía: "¡Ay, Pepe, Pepe, que nos pasará si nos cogen!". Y yo le decía: "¡A usted nada, a mí sí!". ¡Quién iba tocar a Vicente Alexandre que después fue premio Nobel! Porque él sabía que yo era del partido.

Pepe Esteban desempeñó un papel fundamental en la editorial Ciencia Nueva que fue fundada en Madrid en octubre de 1965 como una sociedad mercantil con el apoyo encubierto del PCE. En ese momento fue una verdadera palanca para la renovación de la cultura española, una plataforma para la difusión de ideas democráticas y de obras de actualidad, como nos recuerda Carlos Berzosa. Manuel Sacristán y Juan Grijalbo aportaron mucho para que algunos ejemplares pudieran salir a la luz, a la vez que Alberto Corazón fue el responsable del diseño de sus portadas. De la importancia de la editorial hablan los 48 volúmenes publicados en 1968. Con la proclamación por el régimen franquista del estado de excepción en toda España se decretó el cierre de la editorial junto a otras tres. Pepe Esteban nos comentó en su entrevista cómo pudieron sortear las dificultades y cómo al final las dificultades económicas generadas por la dictadura les obligaron a echar el cierre:

A la vez que estaba en el despacho [...] fundamos Ciencia Nueva, que era una editorial, bueno fue una experiencia maravillosa [...]. Ciencia Nueva la fundamos trece del partido [...]. A Jaime [Ballesteros] le teníamos allí puesto para que la policía si preguntaba dónde trabajaba decía Ciencia Nueva. A Jaime le encargamos dirigir una colección [...]. Las primeras publicaciones marxistas fueron estas y esa fue mi primera aventura editorial. Luego Fraga nos la cerró. Es una historia larga de contar, de cómo nos engañaron para cerrarla [...] porque no era tan fácil para ellos cerrar una editorial con la nueva ley de prensa que hizo Fraga [...]. Pasaban a inscripción cuatro editoriales menos Cuadernos para el Diálogo, Ciencia Nueva, Barral Editores y ZYX, que eran más bien anarquistas que comunistas.

Pepe Esteban, que años atrás había abandonado el trabajo en los despachos de abogados y se fue alejando de la militancia formal en el PCE, aunque continuaba ligado por múltiples lazos, fundó en los años setenta la librería y la editorial Turner, en la calle Génova, en Madrid, que recuerda cómo se convirtió en un lugar de encuentro y de iniciativas culturales: "Cuando se funda Ruedo Ibérico, yo sigo colaborando y haciendo cosas para el partido. Por ejemplo, yo reuní *España canta a Cuba*, que fue un libro famoso, un homenaje de todos los poetas españoles a la Revolución cubana y que se publicaba fuera, o versos para Antonio Machado, también con Armando [López Salinas] y Ferres unos cuadernos de Ruedo Ibérico que eran mensuales o bimensuales [...] sobre la situación laboral".

Según opina Carlos Berzosa, el marxismo oficial del PCE era muy rudimentario aunque se actuaba con mucha flexibilidad. Por ejemplo, se sorprendió cuando apareció Ramón Tamames como militante del PCE, en ese momento un economista cuyos libros eran muy utilizados a todos los niveles pero que él y muchos de los jóvenes con mayores preocupaciones teóricas no consideraban que aplicara las categorías marxistas con un mínimo de rigor. En este sentido, es interesante cómo relata Berzosa su propio ingreso en el PCE, una vez acabada la carrera, en 1973, cuando era profesor no numerario en la Facultad de Ciencias Económicas. Tomó esta decisión, que había meditado mucho, por el pragmatismo y la eficacia que demostraba el partido frente al radicalismo de algunos grupos que no ofrecían una perspectiva muy clara. En el PCE de la universidad madrileña no se lo esperaban, porque había sido muy crítico, pero fue bien recibido: "Luego discrepaba porque empecé a leer marxismo, a economistas marxistas, a Marx, y claro, chocaban un poco con la política del PCE de reconciliación, eran un poco como alianza de clases cuando mis análisis marxistas no iban por allí [...]. No me gustaban los análisis económicos del PCE. Me parecían muy rudimentarios y muy malos".

Sin embargo, otro economista de la misma generación, Salvador Jové,

valora mucho el libro de Juan Gómez (o Tomás García en su pseudónimo) *La cuestión agraria bajo el franquismo*, editado en Praga durante la clandestinidad, y destaca que haya sido recientemente reeditado. Carlos Berzosa reconoce el respeto que le generaba el que fue durante muchos años el economista oficial del partido, a pesar de no compartir algunos de sus análisis, y nos relata su emoción cuando pudo coincidir con él a su vuelta del exilio.

Es interesante el contraste que nos han ofrecido las personas entrevistadas sobre la distancia que percibían entre la militancia del mundo del trabajo y la universitaria. Julio Martínez Flórez y Juana Clavero Molina nos relataron sus puntos de vista y esta última recuerda su enfado cuando un dirigente del partido en La Rioja declaró que hacían falta más universitarios para mejorar la actividad del PCE:

> JUANA: Bueno, es más, en el PCE en aquella época se empezaba a hablar de la necesidad de tener universitarios.
>
> JULIO: La alianza de los obreros y los intelectuales.
>
> JUANA: Porque dominábamos la clase trabajadora, teníamos actitudes.
>
> JULIO: Teníamos a veces la sensación de rechazo.
>
> JUANA: Solamente cuestionar que se necesitaban universitarios en el PCE porque era la clase trabajadora la que predominaba, a los que formábamos parte del PCE, a mí me dolió en lo más profundo.
>
> JULIO: Necesitábamos gente del mundo de la cultura, como dijo Carrillo, la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura.

Según Salvador Jové no había desconfianza con los universitarios, eran "lo más" en ese momento. Aunque reconoce que su percepción puede estar condicionada por el éxito de su labor política entre los estudiantes en Barcelona. Santiago Carrillo, cuando le recibió en un campamento de verano organizado con el apoyo del PCF, destacó y puso como ejemplo el trabajo que se había realizado en la Universidad de Barcelona al tiempo que criticó a los dirigentes madrileños por su falta de imaginación para crear lo que denominó "islas de libertad". Jové, a pesar de su orgullo y deslumbramiento en ese momento, dudó que estas pudieran mantenerse con el tiempo y consideró demasiado optimista la visión del secretario general. Hubiera o no desconfianza entre el ámbito cultural y universitario y la base obrera del partido, lo evidente era que existía una gran disparidad en las condiciones de vida, algo que se evidenció cada vez más con mecanismos como el Servicio Universitario del Trabajo o con otros mecanismos más informales de trabajo social en los barrios populares. Carlos Berzosa recuerda, por ejemplo, sus visitas al Cerro del Tío Pío, en el barrio madrileño de Vallecas, donde reconoce

que aprendió más que enseñó.

En esos años oscuros cabe destacar sobre todo la creatividad de un movimiento cultural alternativo desde la base, muy vinculado a las nuevas formas de organización popular en los barrios y localidades durante la lucha contra la dictadura. Se reivindicaba la cultura como un derecho, un enfoque transformador que, una vez aprobada la Constitución de 1978 y con las primeras elecciones democráticas municipales al año siguiente, con la victoria en la mayoría de la poblaciones de las candidaturas de izquierda, permitió desarrollarla como un servicio público desde las Administraciones locales. Los centros culturales, los festivales, las bibliotecas, las salas de arte municipales tuvieron tanto que ver con esa proliferación de la creatividad popular como con la presencia en las instituciones de la izquierda y del PCE en concreto, con un proyecto político que enriqueció enormemente la vida de la mayoría social trabajadora. Luis Gracia nos recuerda en su entrevista esta evolución. Fue el primer ámbito donde entró en contacto con los comunistas en el madrileño distrito de Tetuán, gracias a la actividad cultural de su hermano en un grupo musical. El contraste entre la creatividad de los últimos años del franquismo, donde cada uno debía buscarse la vida, y las nuevas condiciones generadas por los ayuntamientos democráticos es una clara prueba de la transformación producida en este ámbito.

EMIGRADOS Y EXILIADOS

Como recordó en su libro de memorias Francisco Martínez López, Quico, un refugiado en Francia que había sido un combatiente destacado en la lucha guerrillera, el trabajo con la emigración por razones económicas que comenzó a finales de los años cincuenta fue un revulsivo para la revitalización del PCE, aunque algunos sectores del exilio de 1939 se resistían al contacto con ellos en nombre de la "pureza republicana", al considerar que todos los que se habían quedado en España después de la guerra eran franquistas: "Estos se quedaron con su pureza y el PCE creció numéricamente gracias a los emigrantes y mejoró cuantitativamente al constituirse un vínculo fraternal en el interior de la organización sin actitudes excluyentes"[53].

Como destacó Quico en su entrevista para este libro, el PCE tenía la posibilidad de desarrollar una actividad muy destacada por su relación con su

partido hermano francés que gobernaba en muchas de las localidades del extrarradio de París donde se asentaban los emigrantes españoles. Gracias a la intermediación que se llevaba a cabo, se facilitó la rehabilitación de los barrios con infraviviendas para evitar los guetos, se llevaron a cabo campañas de alfabetización y acciones para reivindicar los derechos que les correspondían. El PCE, en coordinación con la Confederación General del Trabajo francesa, organizaba visitas a los temporeros que se desplazaban para realizar tareas agrícolas. Mario Amorós, en su presentación de *El correo del exilio*, donde analiza la correspondencia entre 1962 y 1964 con Radio España Independiente, La Pirenaica, pone en evidencia la implantación que llegó a tener el PCE en Europa Occidental, lo que le suponía además de un valor político una no desdeñable vía de ingresos económicos a partir de las contribuciones de los emigrantes[54].

El PCE estructuró una red de locales que desarrollaban una amplia programación cultural y asistencial, al margen de la instrumentación oficial de los mecanismos de los consulados y las embajadas que tenían a su alcance. Son muy significativos los testimonios que apuntan al interés del PCE por mantener la atención y la identidad española frente a los riesgos de una excesiva integración en la sociedad de acogida. Por ejemplo, Pablo Iglesias recuerda la bronca que recibieron por hablar en español en una reunión de la organización de la UJCE en Francia.

Francisco Martínez López llama la atención del drama de la mayoría de los españoles en la emigración o en el exilio que no tenían una opción real para volver a España, no solo por las dificultades laborales y económicas, también por el desarraigo que suponía con sus descendientes que ya tenían organizada su vida. Recuerda que algunas experiencias de retorno precipitado terminaron en un fracaso y conllevaron una vuelta al exilio, por lo que las organizaciones del PCE en la emigración siguieron trabajando en el movimiento asociativo para reivindicar los derechos de un sector importante de la población. En Francia, donde existía la mayor estructura, el reto del PCE fue convertirse en el partido de los emigrantes.

CONVIVIR CON LA REPRESIÓN

Julio Anguita recordó en varias entrevistas que en el momento de formalizar su

ingreso en el PCE, ya en los últimos años de la dictadura franquista, "en una noche de tormenta" le entregaron junto a los estatutos un manual con instrucciones de cómo actuar en caso de detención, algo que le generó un sentimiento de asombro al ser recibido con semejante advertencia[55]. La represión formaba parte natural de la militancia comunista. Mario Amorós recoge en su libro el testimonio de Dionisio Vacas en Valencia:

En cuanto al sentimiento del miedo, yo te diría que sentíamos el aliento de la represión. Nos sentíamos permanentemente vigilados […] y es que lo estábamos. Es una sensación que vives con ella y sientes que en cualquier momento vas a caer. Pero eso lo que te hacía era trabajar con todas las medidas de seguridad que podías tomar. Esa tensión ya formaba parte de tu vida, seguías adelante con ella, la asumías y te mantenía en un estado de actividad permanente, no teníamos horas[56].

Carlos Álvarez, del que ya hemos relatado su primera entrada en prisión, volvió a ser detenido como consecuencia de su denuncia del asesinato de Julián Grimau. Es un hecho muy significativo, la denuncia de la represión traía como consecuencia nuevas medidas de castigo. Además del ánimo vengativo, un espíritu muy presente en el franquismo, prevalecía el afán de aplastar la insolencia de quien ejercitaba las virtudes ciudadanas de la libertad de expresión y la participación. No debemos extraer la falsa imagen de una militancia acorralada, amilanada. Muchos de ellos sabían y eran muy conscientes de lo que hacían. Todo lo provocó:

[…] una carta abierta contra el crítico del diario *Ya* Carlos Fernández Cuenca que había insultado a Julián Grimau […]. Varios miembros de la tertulia estábamos intentando que saliera un documento colectivo. No lo conseguí […] y la mandé yo solo. La mandé a una revista de Dinamarca con la que tenía relación. Incluso creo que me dieron señas de que me iban a detener para que yo me escapara […]. Me condenaron a cuatro años, dos meses y un día por quebranto del orden público. Y después, como en el juicio di un mitin, me hicieron un consejo de guerra […]. Me impusieron una condena que me parece que era injusta a mi favor, porque había habido mucho jaleo por fuera de España, en el exterior, concretamente en los países escandinavos […] provocó que me condenaran solo a seis meses y un día en el consejo de guerra, lo cual no era legal, puesto que yo era reincidente […] pero querían dar un pretexto para que saliera cuanto antes. Fui un preso caro. Le salí caro al régimen.

El poeta jerezano cumplió su segunda condena en el penal de Cáceres hasta el 18 de agosto de 1965:

Allí había presos asturianos, fundamentalmente, como consecuencia de la huelga de 1962 […] había un taller para redimir penas por el trabajo. Los presos políticos solían hacer con cuernos unos trabajos de artesanía […]. Entonces, cuando di por terminado un libro de poemas nuevo, hecho en la cárcel, lo metí dentro del pedestal de madera de un molino que acaba de terminar. Un día casualmente fue a verme mi traductor sueco y dije que le dieran el molino […] y lo publicó en Suecia.

El poeta volvió a sentir el aliento de la represión en 1966, en este caso con la

amenaza de una desaparición, lo que le llevó al exilio: "Hacían un par de veces el juego de detenerme por la calle y al llegar a la Dirección General de Seguridad soltarme. Y entonces me dio miedo que un día si me detenían en mi casa, bueno, pues ya sabe todo el mundo que ha sido la policía, pero si me detienen fuera pueden hacer conmigo lo que les dé la gana. Tenía miedo, lo dije, y el partido me sacó". En París colaboró con la editorial Ebro, una empresa editorial del PCE.

Carlos Álvarez volvió a España en abril de 1968 y pudo regularizar su situación. No soportaba vivir en el exilio y necesitaba volver, a pesar de que el partido le recomendó no hacerlo. Además él intuyó que preferían dejarle en paz. Sus detenciones anteriores habían tenido mucho impacto y el régimen evitaba dar una imagen excesivamente represiva. El espejismo duró poco. Sus protestas ante el proceso de Burgos y las múltiples condenas a muerte impuestas le llevaron a nuevas detenciones, lo mismo que su movilización contra el proceso 1001 en el que habían encausado a los principales dirigentes de Comisiones Obreras con los que pronto compartió prisión en la cárcel madrileña de Carabanchel. Permaneció privado de libertad hasta la amnistía decretada con la muerte de Franco. María Luisa Suárez valoró en sus memorias la trayectoria de Carlos Álvarez: "Esto es a grandes rasgos su trayectoria como víctima del franquismo, si bien no quiero dejar de destacar que fue el intelectual que más y mejor supo enfrentarse al franquismo. Naturalmente que su postura le ha costado que en España no fuera conocida su obra poética hasta 1969"[57].

El temor a la represión lo inundaba todo, como escuchar por radio la programación del exilio. Marta Llames Barreñada recuerda cómo, cuando ella era niña, escuchaban La Pirenaica en su familia en Sotrondio: "Se escuchaba pero con mucho miedo de que cualquier vecino lo oyera y pudiera pasar algo. A mi nada más que me veían acercarme me apartaban para que no comentara nada. Pero bueno un poco espabilada era y ya sabía yo que no podía decir nada".

El miedo no estaba injustificado. Los agentes del régimen actuaban con impunidad. La Policía y la Guardia Civil torturaban por sistema. Es algo que se hace difícil de creer hoy en día pero fue una realidad cruel que impregnó las vidas de los militantes. El primero de mayo de 1967 la represión franquista volvió a golpear a la familia Montalbán, de la que ya hemos hablado desde su militancia en Valencia, en aquel caso a Juan Montalbán Gámez:

Nos llevaron a la Jefatura Superior de Policía de la Gran Vía de Fernando el Católico y nos tomaron declaración. Nos preguntaron si pertenecíamos al Partido Comunista y nos exigieron que delatáramos a otros compañeros. Nosotros no dijimos nada. Nos pegaron mucho. A mí me dieron dos palizas, la última entre siete u ocho y hasta me pisaron la cabeza. Cuando me tiraron al suelo, una bota me pisó por la parte del cerebro y noté cómo me crujían los huesos de la cabeza. Entonces se me cayeron unas monedas que llevaba en los bolsillos. Intenté recogerlas pero uno de ellos, el inspector Manuel Ballesteros, me dijo: "No las recojas que no te van a hacer falta para la tumba".

Juan Montalbán Ruiz, junto con sus padres y hermanos, vivía entonces también en aquella casa y tenía 10 años: "La detención de mi primo Juan fue muy impactante. Yo entonces era un niño y no entendía por qué lo tenían que meter en la cárcel. Posteriormente, al tener más edad, ya aprendí que vivíamos en una dictadura y que mi familia luchaba contra ella". Para Antonio Montalbán Pérez, veterano militante comunista, que había conocido la guerra, el exilio, los batallones de trabajo esclavo del franquismo y dos periodos en la cárcel en Córdoba, la detención de Juan, el primer golpe que sus tres hijos mayores sufrirían en Valencia, tuvo que ser demoledora. Él, con su ejemplo, con su valor, había señalado a sus hijos el camino del compromiso. Ya hemos citado como sufrió el dilema que tuvo que enfrentar mientras ellos crecían y comprobaba su implicación en la lucha[58].

No menos impacto tenían los despidos, que creaban una situación muy difícil a quienes se movilizaban. Uno podía recuperarse de los golpes, pero la perspectiva de quedarse sin empleo era una amenaza muy grave, sobre todo para los que tenían cargas familiares. En el caso de Carlos Álvarez, tras su detención del 5 de mayo de 1958, fue expulsado del banco donde trabajaba. Maxi Antequera recuerda el impacto de este tipo de medidas:

Sí, pero no tan brusca como la física. Yo fui despedido de varias empresas en las que trabajé a causa de mi actividad política y sindical y por mi lucha por defender los derechos de los trabajadores. También he estado detenido dos veces, una en 1967 y otra en 1970. En la primera vez el arresto fue debido a un chivatazo, seguramente de alguna persona que apoyaba al dictador que fue a la policía y dio dos apellidos, Domínguez y Antequera. Nos detuvieron a todos los hermanos junto con los Domínguez, Ángel y Desiderio, que también formaban parte del partido. La segunda y última vez que me arrestaron fue como consecuencia de la huelga de SAFA. En esta ocasión, los cantautores Raimon, Ovidio Montllor y Pi de la Serra cantaron gratuitamente en la recaudación de fondos para pagar mi liberación. Pero yo creo que la peor represión que puede haber es la de no dejar expresar a las personas sus ideas libremente ni dejárselas defender, es decir, negarle a alguien su libertad de expresión[59].

Un aspecto más de las prácticas represivas era la discriminación en el acceso al trabajo o a concesiones públicas. Juana Clavero Molina recuerda que desde Zarza, en Extremadura, emigraron a Irún. No pudieron acceder a un

locutorio de Telefónica ya que las autoridades los consideraban desafectos al régimen, lo que al final consiguieron en Fuenterrabía. Esta especie de venia para acceder a algún tipo de autorización administrativa o empleo público estuvo muy presente durante la dictadura, de manera más o menos encubierta al final.

Un aspecto específico de los más jóvenes era la obligación de realizar el servicio militar y las represalias que podían adoptarse en su ejecución. Valeriano Sosa Rodríguez recuerda que, como rojo, no podía participar en las milicias universitarias que eran mucho más benignas que el servicio militar obligatorio. Por indicación de Simón Sánchez Montero, aprovechó la mili para hacer trabajo político en el Ejército, algo en lo que coinciden otros militantes entrevistados, prueba de un compromiso valiente y arriesgado. Allí conoció Sosa a un capitán que encontró vinculado años más tarde a lo que sería la Unión Militar Democrática.

HEGEMONÍA EN LA DIVERSIDAD

María Luisa Suárez rememoró la creación de la Agrupación de Abogados Jóvenes en el colegio profesional de Madrid, un ámbito tradicionalmente conservador e intervenido directamente por el Ministerio de Justicia hasta 1953. Un año después, Suárez ingreso en el PCE. La célula de abogados impulsó un intenso trabajo corporativo y en defensa de la democratización de la Administración de Justicia. La iniciativa para aprovechar este "espacio de libertad" tuvo éxito y fue un ejemplo claro de la estrategia que se pretendía con la política de reconciliación nacional, por lo que Santiago Carrillo en persona tuvo mucho interés en que María Luisa Suárez le relatara su experiencia en una de sus visitas a París. Fue una experiencia unitaria real que hegemonizaba el PCE:

> Al principio no éramos muy numerosos pero poco a poco aquellas reuniones llegaron a tener una importancia decisiva para la movilización y preparación de las juntas generales que tenían lugar en el salón de actos del colegio. Toda el ala izquierda de dicho salón la ocupábamos los miembros de la agrupación: comunistas, socialistas, republicanos e incluso franquistas desencantados [...]. La Agrupación de Abogados Jóvenes comenzó con el grupo del PCE y algunos no afiliados, fue creciendo en el transcurso del tiempo, se unieron a nosotros los abogados socialistas, de la democracia cristiana y sobre todo se nos unieron los compañeros abogados de Unión Española, partido monárquico compuesto por desengañados del franquismo[60].

Es una experiencia muy localizada pero coincide con todos los testimonios sobre la amplitud del trabajo del PCE y la ausencia de sectarismo. La mayoría de los militantes en los años setenta recuerdan las relaciones con el Frente de Liberación Popular, una organización con un fuerte componente cristiano de base y un izquierdismo más acusado en la práctica política aunque con escasa implantación en el movimiento obrero. Según Salvador Jové, había otras fuerzas activas pero el PSUC era muy hegemónico. El Front Obrer de Catalunya, destacamento catalán del FLP, tenía una visión muy instrumental de la universidad, ya que planteaban reivindicaciones que no pudiera asumir el franquismo, que fueran inasumibles, para acelerar en teoría su derrota pero que de hecho conducían a la frustración de la mayoría.

El surgimiento de ETA y de otros grupos más a la izquierda no fue visto como una competencia hostil. Juana Clavero Molina recuerda que, durante su primera experiencia militante en Euskadi, no había grandes problemas para colaborar, algo en lo que insiste Julio Martínez Flórez, aunque eso no significara que no tuvieran diferencias. Isabel Amil Castillo recuerda uno de sus ingresos en prisión:

> En la prisión coincidimos presas de ETA, del Partido Comunista y alguna prochina. Cuando llegué, no había muy buenas relaciones, pero poco a poco empezamos a tener relaciones políticas y llegamos a hacer una huelga, sería a principios de 1972, por el maltrato que recibíamos por parte de las funcionarias. Estábamos todas unidas. Ya te digo que la huelga la hicimos conjuntamente todas las organizaciones y nuestras familias protestaron con nosotras.

En la universidad Carlos Berzosa recuerda a los militantes del Partido Comunista Internacional, posteriormente Partido del Trabajo de España, que tenía mucha fuerza en el movimiento estudiantil y también a Bardera Roja, que dirigían Alfonso Carlos Comín y Jordi Solé Tura, que vinieron a captar gente a Madrid y que tenían un análisis teórico más elaborado que el que él percibía en el PCE. Estos últimos tenían compañeros procedentes del cristianismo militante muy en boga durante esos años. El papel de este tipo de cristianismo lo recuerda María Jesús Gómez en Morón, Sevilla:

> Me acuerdo que todo empezó cuando mi hermana Carmen me presentó a don Manuel, uno de los seis curas designados en Morón. Todos ellos eran impulsores de la JOC y tanta fama cogieron en el pueblo que la gente les puso de apodo "los invasores", me imagino que por la serie de televisión que estaban poniendo en esos momentos. La misa del gallo de aquel año no fue como todas las demás porque el cura habló de los trabajadores, de que había que luchar, de que no podíamos quedarnos callados y no sé cuántas cosas más. A mí aquella charla me dejó desubicada, no sabía qué pensar realmente. ¿Cómo podía un cura hablar de esa manera?

Una opinión unánime en todas las entrevistas es la ausencia de militantes del PSOE en sus respectivos ámbitos. Marta Llames Barreñada, que desarrolló una actividad muy activa en la cuenca minera desde 1968 hasta que formalizó su militancia en el PCE en 1976, no conoció a ningún militante del PSOE y explica que quizá tardó tanto en decidirse por los temores en la familia: "Pero más a que me dijera algo mi padre. Mi padre que era socialista y me enteré después. Claro. Porque yo no sabía en aquellos tiempos que existía el socialismo. La verdad que la primera vez dije que quiénes eran. Yo solo oí hablar del PCE, de los comunistas".

EL TRAUMA DE LA TRANSICIÓN

La Revolución de los Claveles en Portugal en 1974 inyectó un enorme optimismo para los militantes del PCE y de toda la oposición democrática, que veían como una dictadura aún más antigua que la española se desplomaba de forma rápida e inesperada, además con una decisiva participación de militares con un discurso radical. Muchos viajaron a Portugal, como recuerda Daniel Monzó, trabajador del mármol y dirigente en la localidad alicantina de Novelda[61]. El régimen reaccionó con más represión, aunque era evidente que cada vez se hacía más insostenible su mantenimiento.

Muerto el dictador, la movilización social fue decisiva para derrotar los proyectos continuistas o el intento de imponer una democracia limitada con la marginación de los comunistas y de otras fuerzas que propugnaban una ruptura democrática y un modelo alternativo de desarrollo económico y social. Los testimonios recogidos de los militantes del PCE coinciden en la intensidad de la actividad política de esos años y la tensión que se vivía, algo que se suele omitir en la visión oficial triunfalista que pone el énfasis en el consenso y el carácter modélico de los cambios. Los acontecimientos se sucedían con rapidez y, a diferencia de la monotonía de la vida política de la dictadura, era evidente que había que tomar decisiones.

El PCE se ganó a pulso su salida a la superficie, aún antes de que se llevará a cabo su registro como partido legal. A pesar de las sanciones y las amenazas, la orientación que se llevó a la práctica era normalizar y visibilizar el trabajo militante en los barrios, en los centros de trabajo, en los distintos niveles de la enseñanza y en toda la sociedad. No tener miedo y actuar con responsabilidad

fue una seña de identidad de los comunistas. Evitar las provocaciones o conflictos que llevaran a un callejón sin salida provocó críticas de los grupos más a la izquierda que acusaban al PCE de frenar las movilizaciones. Carlos Berzosa lo recuerda bien en varios incidentes en la universidad, como cuando se intentó asaltar el rectorado y fueron los propios comunistas los que establecieron una cadena humana que evitara lo que consideraban una forma de sabotear una movilización en la que cada vez participaban más estudiantes.

El PCE priorizó promover actividades que se centraban en aspectos tan básicos como reivindicar mejoras salariales, dotaciones para los barrios, libertad para expresar sin cortapisas las opiniones de cada uno o más participación ciudadana en los asuntos públicos. Pequeños avances que fortalecieran la recuperación de la democracia. Lo que era anormal es que frente a todo ello no se utilizara otro lenguaje que la represión policial, la violencia de un nacionalcatolicismo anclado en el pasado y una propaganda en blanco y negro que no convencía a nadie. Al final de la dictadura se fueron ganando cada vez más espacios para las libertades y, aunque militar en el PCE continuaba siendo un riesgo, era difícil encontrar algún ámbito donde este no tuviera una presencia organizada y activa.

Fueron años de movilizaciones masivas, de efervescencia social. Antonio Montalbán menciona la histórica manifestación del 16 de enero de 1976, en la que Comisiones Obreras y el PCE sacaron a las calles de Valencia por primera vez a decenas de miles de personas con el lema de libertad, amnistía y estatuto de autonomía. Una experiencia que se podría generalizar a las numerosas movilizaciones que se celebraron a lo largo de ese año por toda la geografía española.

> En 1976 hubo grandes movilizaciones protagonizadas por el movimiento obrero. A principios de año, cuando tuvo lugar la primera gran huelga de la construcción, estábamos empezando a negociar el convenio provincial de ebanistería y desde la coordinadora interramas de CC. OO. convocamos a una gran concentración de trabajadores en el centro de Valencia el 16 de enero y lo llenamos por todas partes. Los compañeros de la construcción organizaron una columna de miles de trabajadores desde la Avenida de la Plata, donde se estaban edificando muchas fincas. A partir de asambleas masivas, hicieron su mitin y se dirigieron hacia el centro de Valencia. Nosotros empezamos a recoger gente en los talleres y fábricas de la madera de la Fonteta de Sant Lluís y miles de trabajadores marchamos hasta la sede del sindicato vertical, en la calle Palau. Y los compañeros del metal igual[62].

Como recuerda José Babiano, en su presentación de los escritos de Marcelino Camacho, después de la constitución de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales, donde participaban los tres grandes sindicatos de

ámbito estatal, USO, UGT y CC. OO., se convocó la huelga general de 1976 en vísperas del referéndum de la reforma política, un hito que señalaba la máxima fortaleza del movimiento de oposición a la dictadura y sus herederos[63]. Fue la última gran movilización para forzar la ruptura democrática. Los meses posteriores fueron de tensa espera, con el enorme mazazo que supuso la matanza de Atocha en el despacho de abogados laboralistas y la respuesta ordenada que el PCE fue capaz de organizar, una muestra de su capacidad de intervención política en situaciones extremas. Carlos Berzosa, que en ese momento consolidaba su carrera académica en la universidad, nos relata la expectativa generalizada, el estado de ánimo y destaca la falta de información relevante:

Pasamos de estar todos los días en la calle pidiendo amnistía (en la cárcel de Carabanchel hubo una manifestación también y hubo muchas hostias aquel día) a de pronto pararnos. Y entonces Santiago Lago, que era del PCE, que era de Ciencias, me dice: "¿Estarán negociando, no? Porque estamos sin hacer nada". No te quepa la menor duda, le dije yo. No lo sabíamos. Nadie nos decía si estaba negociando, como es lo normal. No teníamos esa información en la base del PCE. Y entonces yo lo intuí… Fue un momento muy de incertidumbre. Yo tenía además a la hija recién nacida, la primera, y tenía miedo a que me detuvieran, esa es la verdad… Pero bueno, lo recuerdo también con ilusión, con ilusión que hubiera cambios, que hubiera transformaciones, había mucho movimiento en las calles, manifestaciones, huelgas de trabajadores…

La legalización del PCE, el 9 de abril de 1977, abrió una nueva etapa a todos los niveles. Fue una explosión de alegría indudable. Tuvo un testigo de excepción que a muchos sorprenderá, el cantautor cubano Silvio Rodríguez que se encontraba alojado en el centro de Madrid:

Yo estaba en Madrid aquella noche de 1977, cuando se supo que habían legalizado al Partido Comunista. Fue durante uno de mis primeros viajes a España. Dormía en el hotel Arosa, que da a Gran Vía, y los gritos de la gente, mezclados con los cláxones de los coches, me despertaron. Medio dormido me asomé al balcón para ver qué pasaba y vi la caravana con las banderas rojas ondeando, rumbo a Plaza España. El importante significado de aquellas imágenes me mantuvo despierto durante un buen rato[64].

Después de treinta y ocho años de clandestinidad bajo las condiciones de una dura represión, había que estructurar al partido y adecuarlo a la nueva realidad. Era un cambio que afectaba a las más altas instancias de la dirección del PCE pero también a la forma cotidiana de organizar la actividad militante. Luis Gracia, comunista en el distrito madrileño de Tetuán, recuerda las precauciones de las primeras mesas que decidieron colocar para repartir propaganda en la calle Bravo Murillo cuando se acercaba la policía y no sabían cómo iban a reaccionar, ni ellos ni los agentes. La actitud de los militantes era

de precaución, ya que no se sabía bien lo que podía suceder, algo que poco a poco se fue normalizando.

La nueva realidad tuvo una lógica incidencia en el funcionamiento interno y en la actividad política en la sociedad española. Durante esos años buena parte de la dirección del PCE había operado desde el exterior, con toda la complejidad que ello implicaba en relación con las estructuras que confrontaban a la dictadura en el interior del país. Aunque las relaciones fueron constantes, en ese momento se hacía necesario un acomodo a la nueva realidad, con más participación, más transparencia, con la interacción con los medios de comunicación y con la perspectiva de participar en los ámbitos institucionales que se estaban reestructurando. El funcionamiento de los órganos y la democracia interna habían tenido que someterse a las condiciones de la clandestinidad, con la necesaria compartimentación, la laxitud en la convocatoria de los congresos y la estricta centralización en la toma de decisiones.

Los debates fueron intensos. Lo recuerda Angelita Cuevas Fonseca que militó en esos años en Madrid, aunque la rapidez de los acontecimientos hizo que muchos de ellos se enjuiciaran una vez consumados. A pesar de todo, la dinámica que se arrastraba hizo que el PCE actuara con una gran uniformidad. Al afrontar el paso decisivo de la legalización, en la dirección del partido pesó demasiado el vértigo de la posible exclusión del marco político que se estaba diseñando y la cultura interna de disciplina que había salvado al PCE durante tantos años de clandestinidad. Como ha señalado José Luis Martín Ramos en su libro, *Historia del PCE*, recientemente publicado.

Para responder a la reacción del mando militar que repudió públicamente la legalización y reforzar la posición de Suárez si se producía el choque con aquel, la dirección del PCE convocó un comité central el 14 y 15 de abril en el que se presentó el programa electoral del partido bajo la bandera rojigualda, aceptando la monarquía y la unidad de España. Un acto simbólico, de acatamiento del proyecto reformista, que no tuvo ningún voto en contra de los miembros del comité central y solo 11 abstenciones. Pactado entre Carrillo y Suárez para hacer frente a la reacción de los militares contra la legalización del PCE, se consideraría más adelante desproporcionado y, en cualquier caso, un coste excesivo para la identidad republicana del partido.

La alegría en las calles, la consciencia de estar viviendo un momento histórico, el terror a los últimos coletazos de la dictadura (apenas tres meses antes se había producido la matanza de Atocha), los atentados de todo tipo que llenaban las primeras páginas de los medios de comunicación y la necesidad de prepararse para las elecciones que se anunciaban, dejaron poco margen

para la reflexión del paso dado. Sin embargo, tanto la forma de la adopción de la decisión como las implicaciones que tenía lo acordado introducían cargas de profundidad en el desarrollo del PCE que incidían en su necesaria adaptación a la nueva realidad, que no fue un proceso fácil ni pacífico. Hay opiniones muy variadas sobre las razones para un pacto en esos términos y también sobre su oportunidad, Entre las personas entrevistadas para este libro Pepe Esteban confiesa: "Carrillo se moría por venir. Algo que yo comprendía. Pero no pagándolo a ese precio". La legalización del PCE el 9 de abril de 1977 forma parte de la memoria colectiva de la lucha por las libertades en nuestro país. La mayoría de los medios de comunicación insisten en el recuerdo de las negociaciones entre Adolfo Suárez y Santiago Carrillo. Pero la legalización del PCE no fue una concesión o el resultado de una maniobra en las alturas, fue fruto del compromiso de millares de personas que la impusieron con su valentía y su esfuerzo. Formó parte de la movilización social que derrotó a la dictadura y que, si bien vio defraudadas sus expectativas de ruptura, logró que los avances en derechos y libertades fueran reales y que los anacrónicos personajes del búnker franquista fueran definitivamente desplazados del poder.

Angelita Cuevas Fonseca rememora el ambiente del local que tuvieron en la calle de Ofelia Nieto, en el madrileño distrito de Tetuán, aún antes de la legalización del PCE. Recuerda la tristeza el día que, por orientación de la dirección del partido, quitaron la bandera republicana como consecuencia de la estrategia diseñada. Muchos lo acataron por disciplina, incluida la histórica dirigente Petra Cuevas, que les consolaba diciendo que era una decisión que se habría adoptado condicionada por el momento que se vivía, aunque la mayoría no lo comprendió. Desde luego todos sabían que la situación política estaba muy tensa, con rumores de golpe de Estado, atentados terroristas y la realidad permanente de la actuación violenta de la extrema derecha que, muy a menudo se olvida, provocó más de doscientas víctimas durante toda la transición. Fue sin duda el aspecto simbólico que conmovió más al conjunto de la militancia y generó muchos debates a partir de ese momento. Salvador Jové lo recuerda en un acto del PSUC en el que participó como espectador en el Palacio de los Deportes de Barcelona, mientras esperaban la llegada de Santiago Carrillo poco después de la legalización, cuando desde la organización se colocó una bandera rojigualda que fue recibida con pitidos y una incomodidad generalizada.

Valeriano Sosa, un veterano militante que no ha dejado de ejercitar un papel activo, en el momento en que fue entrevistado, en Cádiz, reconoce su "cabreo" con la transición. No conoció a nadie del PSOE en la lucha contra la dictadura, sí a compañeros del Frente de Liberación Popular, conocidos como Felipes, o de otras organizaciones más a la izquierda del PCE. Cree que "la ayuda de la socialdemocracia internacional" fue decisiva para fortalecer a un actor político que se benefició de forma oportunista del rescoldo de temor que había dejado la dictadura y la estigmatización de los comunistas. No podía aceptar la monarquía franquista tal y como se había impuesto en el PCE. En el IX Congreso votó a favor del leninismo en el debate que dividió a buena parte de la militancia. Entiende que se aceptó porque el PCE era un partido muy disciplinado pero también por "la poca cultura política" que se tenía en ese momento. Valeriano Sosa destaca la importancia del cambio de las estructuras sectoriales a las territoriales en el PCE para que la militancia descendiera de forma muy rápida y la influencia adquirida se erosionara en los primeros años de la democracia. Aun así, visto en perspectiva, insiste en que modificaría algo de su actuación si pudiera dar marcha atrás pero siempre dentro del PCE. "Creo que no se pueden achacar los errores solo a la dirección del momento porque en gran medida habían participado en ellos los militantes con su consentimiento o su conformismo". Es una respuesta muy significativa que tiene que ver con una identidad muy definida en la que destaca que lleva más años de comunista que de médico, el trabajo que eligió y marco su vida profesional.

Francisco Martínez López, Quico, consideró "que eran otras las prioridades" y por eso apoyó la política adoptada por el PCE durante la transición, aunque pasado el tiempo piensa que fue una equivocación y que sobre todo fue un error no insistir en la movilización social. Quico, un veterano militante que sigue activo en la reivindicación de la memoria democrática, insiste en su entrevista en que la organización no es el centro de todo y mucho menos el trabajo institucional o parlamentario por lo que se debería haber tenido una visión más amplia de la lucha social. Como ocurre con todos los entrevistados, le sorprendió que muchos votaran a los socialistas en 1977, también en su pueblo leonés, después de la tradición de lucha que arrastraba pero, como expresa con énfasis, "la fuerza no se hereda", se trabaja en cada circunstancia histórica. Según Salvador Jové: "Llegamos a la transición arrastrando debates políticos que nunca se habían cerrado bien y que crearon

situaciones complicadas cuando se tuvo que optar. Por falta de debate colectivo, de un verdadero debate democrático".

Marta Llames Barreñada, al opinar sobre el momento de la legalización del PCE, descubre una perspectiva muy interesante, seguramente menos ideologizada y reconstruida *a posteriori*, de muchas de las opiniones críticas: "Yo sentí mucha alegría. Me importó un pepino como fuera. Yo quería que nos legalizaran y que pudiéramos ser libres… Seguimos decepcionados por tantas cosas, por todo lo de la transición y por todo, decepcionados sí pero un poco de libertad y no tener que esconderse. Para mí fue eso. Como ahora, yo tengo decepciones ahora, y espero que se corrijan, pero bueno hay que seguir echando para adelante e intentar conseguirlo".

La legalización abrió el momento de los mayores debates. El PCE fue el principal defensor de los Pactos de la Moncloa y CC. OO. la única central que los respaldó públicamente. Antonio Montalbán recuerda cómo el Comité Ejecutivo del PCE impuso a Comisiones Obreras aquella posición en el contexto de la propuesta defendida entonces de manera insistente por Santiago Carrillo de constituir un "Gobierno de concentración":

> En los más de veinte años en que compartí responsabilidades de dirección en Comisiones y en el partido casi siempre se respetó la autonomía de cada organización. También reconozco que hubo dos o tres interferencias groseras del partido en los asuntos internos del sindicato y esta fue una clarísima. Para muchos de nosotros los Pactos de la Moncloa fueron un trágala. En una reunión del comité ejecutivo ampliado del PCE, Santiago Carrillo y la mayoría de miembros de este órgano nos lo impusieron. Nos convocaron porque entendían que eran importantes para la "consolidación democrática" pero para los trabajadores aquello fue una especie de rosca tremenda. Había compañeros que no lo veíamos[65].

Angelita Cuevas Fonseca, nacida en La Felguera, muy cerca de Langreo en Asturias, desarrolló una activa militancia en el PCE y en la construcción de CC. OO. en un sector con poca tradición sindical y con una patronal muy reacia a su implantación. Vino a trabajar a Madrid muy joven e ingresó en el PCE en 1976, un año que como hemos mencionado fue de intensa movilización. Su experiencia, en una empresa como El Corte Inglés, prueba hasta donde llegó el enorme impulso que alcanzó la dinámica de organización y conquista de derechos que los comunistas protagonizaron en el mundo del trabajo. Entró a militar a la vez en el partido y el sindicato, en un momento de ebullición y cuando se empezaban a reclamar los derechos los trabajadores de manera colectiva frente a las tradicionales prácticas divisionistas y paternalistas de la dirección que enseguida la conceptuó como un problema. Hay que tener en

cuenta que CC. OO. obtuvo mayoría absoluta de los votos en las primeras elecciones sindicales. Angelita recuerda cómo la citaron en el despacho del director del centro comercial de la calle Goya, donde se encontraba el nuevo jefe de personal en una mesa repleta de tacos de billetes. Le ofrecieron diez millones de pesetas para facilitar su deseo de volver a Asturias y que pudiera instalar un pequeño negocio. La intención era inequívoca y la negativa de Angelita conllevó que la destinaran a un pequeño centro en el Paseo de Extremadura con apenas cinco trabajadores, con la pretensión de aislarla de la masa de trabajadores.

El trauma de la transición fue y es duradero, no solo por la valoración de las decisiones políticas adoptadas o por lo acertado o desacertado de la estrategia política, sino porque afectó a las señas de identidad que constituían una referencia de la militancia comunista, lo que provocó una profunda crisis que llevó a una desmovilización muy extendida y a una ruptura que fue muy difícil de superar y que se abordará en el próximo capítulo. En todo caso, su efecto más pernicioso para la democracia española fue oscurecer una experiencia militante muy amplia, un ejemplo de dignidad y compromiso en la lucha por las libertades y la justicia social en España.

CAPÍTULO 5
RECONSTRUCCIÓN Y REINVENCIÓN DEL PCE

Si la transición se vivió como un trauma y aún perdura ese sentimiento, al que acabamos de hacer referencia en el capítulo anterior, el desastre electoral de octubre de 1982 lo amplificó. A las expectativas no cubiertas se sumó una sensación de derrota e injusticia histórica. El golpe que supuso para el partido a todos los niveles fortaleció una fuerte corriente centrífuga que llevó al abandono de numerosos militantes y a su división. La recuperación del PCE desde el final de la transición fue un proceso largo y difícil pero a ella contribuyó sin duda el arraigo social de los comunistas y su participación decisiva en las movilizaciones contra la OTAN, la reconversión industrial y la ausencia de aplicación de los aspectos más progresivos de la Constitución de 1978, que confluyeron en la configuración de Izquierda Unida y la recuperación de la unidad comunista. Sin la identidad y la cultura de movilización social de los comunistas españoles es muy probable que el partido no hubiera sido capaz de levantar cabeza. Tras las grandes movilizaciones obreras, ciudadanas y pacifistas frente a las políticas llevadas a cabo por los Gobiernos de Felipe González, la creación de Izquierda Unida en 1986 supuso un paso adelante en la propuesta unitaria. Inicialmente fue una coalición electoral, un acuerdo entre organizaciones que permitía superar el clima de división que había reinado en esos años. Después de esta primera fase, con el liderazgo primero de Gerardo Iglesias y de Julio Anguita después en su coordinación general, IU se desarrolló con el modelo de movimiento político y social.

Aunque sin duda el papel del movimiento contra la OTAN fue destacado en el surgimiento de Izquierda Unida, no sería adecuado ni realista pasar por alto las intensas luchas obreras contra la reconversión industrial que fueron la antesala de la entrada de España en la Comunidad Económica Europea. A finales de los ochenta, la unidad sindical pudo retomarse frente a las políticas

económicas y laborales de un PSOE cada vez más derechizado y culminó en la gran huelga general del 14 de diciembre de 1988, convocada por UGT y CC. OO. contra las medidas que pretendía imponer el Gobierno de Felipe González. La actitud del líder histórico de UGT, Nicolás Redondo, muy crítico con la deriva de las políticas económicas y sociales de su partido, jugó un papel muy destacado en este proceso.

A partir de 1989 la coyuntura internacional desfavorable provocada por la crisis en los países socialistas y el derrumbe de la Unión Soviética generó un cuestionamiento que afectó a la mayoría de los partidos comunistas. Fueron años de intensos debates, donde la crítica de la experiencia socialista se aprovechó para intentar imponer una deriva que propugnaba la desaparición del Partido Comunista de España y lo que representaba. Con profundas transformaciones a las que aludiremos en este capítulo, el PCE mantuvo su vida orgánica y siguió aportando a la construcción de una alternativa política transformadora bajo la dirección de Julio Anguita, un dirigente que se convirtió en un referente moral en la resistencia al pensamiento único capitalista, tan hegemónico durante esos años.

Ya en el siglo XXI, desde el PCE se teorizó la necesidad de la refundación de la izquierda. Se idealizó como un proceso que permitiera volver a contactar con la base social necesaria para impulsar un cambio social en profundidad en la dirección del socialismo que propugna a partir del análisis crítico de las experiencias y las nuevas exigencias del momento actual. La nueva militancia que protagonizaría este proceso es la que se ha incorporado ya con el régimen constitucional y quienes pudieran incorporarse en el contexto actual. La profunda crisis capitalista que comenzó en los años 2007/2008 y su respuesta social con movilizaciones masivas supusieron un reto para llevar a la práctica esta orientación. La profunda crisis económica capitalista generó un grave deterioro de la situación de la mayoría social en nuestro país, al tiempo que una crisis política sin precedentes. Al mayor ciclo de movilizaciones sociales desde la transición le correspondió una amplia politización de nuevos sectores con formas de participación novedosas, como fueron las que se generalizaron desde el 15 de mayo de 2011 en las plazas de numerosas localidades. Fruto de esta crisis de régimen, todavía hoy no resuelta, fue el surgimiento de nuevos actores políticos y la proliferación de candidaturas de unidad popular que fueron capaces en las elecciones municipales de 2015 de triunfar en muchas de las ciudades más pobladas de nuestro país. El PCE, junto con Izquierda Unida,

a pesar del desafío de afrontar un nuevo escenario en la izquierda social y política con más diversidad, participa en este proceso con su experiencia acumulada y con sus propuestas, poniendo por delante la necesidad de avanzar en un modelo social alternativo y con la perspectiva de un proceso constituyente. La expresión política actual de este proceso, con contradicciones y dificultades que hacen difícil prever su configuración en un escenario de profundos cambios en la izquierda, es la configuración de Unidas Podemos y las diversas confluencias en distintos territorios del Estado, dentro de una estrategia de unidad popular.

UNA ÉPOCA DE CRISIS

A lo largo de los años ochenta —al tiempo que la URSS iniciaba su declive—, los partidos comunistas en Europa occidental van a sufrir un enorme desgaste. No les sirvió como atenuante el eurocomunismo que promovían en Francia, Italia y España, ni el distanciamiento de sus relaciones con la URSS desde la condena a la invasión de Checoslovaquia en 1968[66]. El PCE no va a ser ajeno a este negativo ambiente de retroceso del comunismo a escala mundial. Pero, aunque el hundimiento fue grande, el ocaso del comunismo no fue definitivo como auguraron los Francis Fukuyama del fin de la historia[67]. Como decía una pegatina de la UJCE, con gran sentido del humor, "Marx ha muerto, las ganas". No sin dificultades, el PCE, una vez más, hubo de adaptarse a los tiempos y recuperaría las constantes vitales.

Las dos formaciones eurocomunistas más cercanas, el Partido Comunista Francés y el Partido Comunista Italiano, venían de una trayectoria totalmente distinta a la del PCE, pues estaban asentados en democracias desarrolladas tras la Segunda Guerra Mundial, con un papel fundamental y fundacional de los comunistas italianos y franceses por el protagonismo de los resistentes y partisanos, respectivamente, en la guerra contra el fascismo. El PCI de Enrico Berlinguer mantenía desde 1972 el porcentaje heredado del histórico Luigi Longo, en torno al 27%, mientras el Partido Socialista Italiano se quedaba entre el 9% y el 11% en esa década. El punto álgido lo vivirá el PCI en 1976 con el 34,37%, apenas 1.600.000 votos menos que la todopoderosa Democracia Cristina. El sucesor de Berlinguer, Alessandro Natta, mantuvo el tipo en 1987 con el 26,57% mientras el PSI ascendía hasta el 14,27%. Es en 1992, una vez

disuelto el PCI, cuando el heredero Partido Democrático de Izquierda descendió hasta el 16,11% y Refundazione Comunista, que mantenía la ortodoxia, quedó reducida al 5,62%.

En Francia, el líder carismático del Partido Comunista Francés, George Marchais, se había mantenido en torno al 20,86% entre 1973 y 1978, muy cercano al 23,72% del Partido Socialista Francés. En las presidenciales de 1981 ya había bajado al 15,35% frente al 25,86% del socialista Mitterrand. Se produjo un hundimiento en 1988, ya con otro candidato, André Lajoinie, que toca el suelo con el 6,76% y será en 1995 cuando Robert Hue remonte hasta el 8,6%.

Los otros dos partidos comunistas del sur de Europa, griegos y portugueses, habían salido de una dictadura un año antes que España. En Grecia, en las primeras elecciones tras la Dictadura de los Coroneles, en 1974, el Partido Comunista Griego (KKE) obtuvo el 9,47%. Este porcentaje se mantendría con ciertos altibajos hasta 1989 en que encabezaría la coalición Izquierda y Progreso (Synaspismos) con un techo del 13,13%. Tras unas desavenencias volvería el KKE en solitario en 1993 con apenas un 4,5% que ascendería en 1997 hasta un 5,61% y en 2007 al 8,15%.

Por su parte, en Portugal las primeras elecciones —constituyentes— tras la dictadura salazarista se celebraron el 25 de abril de 1975. El Partido Comunista de Portugal cosechó el 12,46% frente a 37,87% del Partido Socialista. Al año siguiente, también el 25 de abril, subiría al 14,79% frente al 34,89% de la principal fuerza de la izquierda. El 2 de diciembre de 1979 consigue el mejor resultado, incluido en la Alianza Pueblo Unido, con el 18,80% frente al 27,33% de Mario Soares. Parece claro el intercambio de votos entre ambas candidaturas. No llega la crisis al PCP hasta 1991, cuando obtiene el porcentaje menor, 8,80%, la primera vez que descendió del 12%.

En España, la crisis del PCE comenzó en las elecciones de 1982. Cayeron como un tremendo mazazo por la pérdida de 1.091.972 votos, el 56,44% de los recibidos en las anteriores celebradas en 1979, lo que significó una merma de 19 diputados. Confirmaba los indicios apuntados desde 1977 que el PSOE se hacía con los votos mayoritarios de la izquierda[68]. En apenas cinco años, entre 1977 y 1982, el PCE perdió el caudal electoral que, aun siendo muy inferior a las expectativas generadas por —y en— el partido del "optimismo perenne", suponían el 10,77%. El descenso se notó también en la pérdida de militancia, aunque no se puede constatar con exactitud porque no se confeccionaron

censos hasta entrado el siglo XXI. En la documentación para el IX Congreso de abril de 1978 aparecen 202.217 afiliados, pero hay organizaciones territoriales con cifras exactas que habitualmente indican un ajuste al alza: 40.000 de Catalunya, 10.000 de la emigración, 7.500 de Euskadi, 4.000 para Galicia y otros tantos para Canarias. Diez años después, en el XII Congreso, encontramos una realidad muy diferente. Aunque no hay datos directos de militancia, se elige un delegado por cada 100 afiliados hasta un total de 499 delegados. Aunque es muy difícil calcular el número exacto —por el redondeo—, se podría aventurar entre 45.000 y 50.000 afiliados.

Si bien es verdad que las crisis de 1981 con las expulsiones y abandonos de "renovadores" y "prosoviéticos" podían hacer prever unos resultados desfavorables, la militancia vivió como un drama el hundimiento electoral de 1982. Sufrió una gran decepción. En palabras de Ezequiel Adsuar: "Después de toda la vida de lucha, el hecho de que el PCE no fuera más apoyado me ha hecho sentir decepcionado con el pueblo español. Siento rabia porque la democracia no ha reconocido el trabajo de los comunistas. La desilusión ha sido enorme porque el pueblo no supo valorar el trabajo que hicimos"[69]. Por su parte, Manuel Alonso González, Manolín el de Lorio, apunta una de las causas de las derrotas electorales: "El capital lanza consignas contra un partido y eso es lo que recoge el pueblo rápido y a nosotros, llevando toda la razón, no nos escuchan"[70]. Una opinión "prosoviética" nos ofrece Ángel Ramiro, quien no estaba de acuerdo con Santiago Carrillo porque "perder el leninismo era mucho bajarse los pantalones, había que guardar en la trastienda ciertas formas. No se podían desechar los orígenes como la toma del Palacio de Invierno"[71].

Hubo un cambio que afectó en gran medida al trabajo de la militancia y a la repercusión social de las labores del partido. Muchos militantes se quejan de que el cambio de la sectorialización a la territorialización (es decir, de una estructura nucleada en organizaciones de base radicada en los centros de trabajo a otra en los barrios y localidades) fue demasiado radical porque se perdió mucha efectividad de la labor realizada durante tantos años. Es muy distinta la problemática del territorio a la de la fábrica o del centro de trabajo, "es un universo muy definido, muy concreto". Esa dinámica tenía una mayor capacidad de influir en la gente porque se cuenta con su cercanía y su confianza. "Estar en el conflicto es lo obvio y lo que da resultados" para una organización como el PCE. Era necesaria la territorialización pero provocaba

dificultades para llegar a la gente. Se lamenta Yenia Camacho:

> No debíamos haber perdido del todo la sectorialización. No fue buena idea. Se perdió la visión de la realidad cercana. El partido no se dirigía directamente a los trabajadores sino a través de CC. OO., los que dábamos la cara éramos los del sindicato. De CC. OO. al partido se le transmitían los conflictos sociales y el contacto con la realidad. Reconociendo necesaria la territorialización, pues se trata de la caja donde se recogen los votos, eso no se puede descuidar. Pero entiendo las enormes dificultades para llegar a la gente que varía mucho de unos lugares a otros.

Estas dificultades de la territorialización se perciben especialmente con el gran crecimiento desde los años ochenta de las ciudades dormitorio de los alrededores de las grandes ciudades, como Madrid, Sevilla o Valencia. Continúa el razonamiento Yenia Camacho: "Es muy complicado, porque ya entra la competencia con medios de comunicación que dominan la escena y la formación de ideologías, son creadores de opinión. Eso que hacíamos de la octavilla o la voz directa ya no pinta nada. A ello se le suma el feroz camino hacia el individualismo"[72]. En este sentido se expresa Antonio Palomares Vinuesa:

> La sociedad ha padecido la pérdida de valores éticos en el compromiso personal, en lo político, en lo social. Me duele que demos la impresión de que los partidos no valen cuando le va tan bien a la derecha del mundo. Cabe pensar que ha triunfado el sistema capitalista a través de la corrupción, jugando con el ego y la soberbia de las personas, las intrigas [...]. No nos hemos inventado que el capitalismo ha sabido tirar de todas las cuerdas, ha sido más inteligente y ha jugado con todas las contradicciones humanas [...]. Yo he luchado con todas mis fuerzas, seguiré luchando mientras viva, otros dirán que lo hacen mejor que nosotros pero si tuviese que volver a hacerlo, como dice el poeta, yo volvería a hacerlo[73].

En esos años hubo muchos abandonos. Unos marchaban a casa —los menos —, otros —los más— entraban en el PSOE. Cuenta Manolín el de Lorio que el PCE "cayó muy bajo, fuimos cayendo desde la transición por las políticas que se iban haciendo, muchas de ellas por los que no encontraban pesebre o buscaban uno más grande, que iban moviéndose para ir pasando para allá, y fracción para acá y fracción para allá, así el partido no prospera, no hay posibilidades a causa de la lucha interna". Yenia Camacho explica muy bien esta situación:

> Había mucha gente que estaba preparando el trasvase al PSOE y el Partido Socialista estaba con las garras. A unos cuantos nos invitaron a una cena porque "querían hablar con nosotros", querían comprarnos, pero no aceptamos. Después, en la mayoría de los casos, a los que se marcharon la factura la pagaban enseguida: en un año o dos les dejaban fuera porque ellos tenían muchas bocas que alimentar. En definitiva "Roma no pagaba traidores"[74].

Continúa Yenia Camacho indicando que "algunos se estaban haciendo a una

vida más cómoda. En la clandestinidad estaba el partido y el que luchaba estaba ahí pero con la democracia había otras opciones menos problemáticas, no todos se iban por dinero o por aspirar a cargos". Hubo también militantes conscientes y sinceros que habían luchado en el PCE y en ese momento pensaron en otros modos de canalizar su compromiso o hacer política, como fue el caso de Juan Genovés, que se dedicó a su actividad artística y a diferentes causas sociales, o Ramón Tamames que creó la Federación Progresista.

Aunque un importante sector de la militancia abandona, otros, más jóvenes y con nuevos intereses, entran en el PCE en esos años de declive. Unos desde el mundo laboral donde descubren la explotación de los trabajadores, en la construcción, el metal, en el Metro, o desde el mundo estudiantil reivindicando mayores inversiones para la escuela pública. Estos llegan al marxismo y al PCE porque lo han estudiado en las asignaturas de Historia, Filosofía o Literatura (Miguel Hernández, María Teresa León, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Gabriel Celaya…). Tienen la influencia de profesores que les despiertan inquietudes políticas y sociales, además de las intelectuales propias de un centro de enseñanza. En esas circunstancias tan adversas llegaban jóvenes de 17 años como Carlos Alejo a la sede de Segovia, donde un veterano de la guerra, Regino Casado, le recibe encantado y acurrucado bajo un abrigo al calor de una estufilla. Le dice que no hay carnets de la UJCE pero que le puede dar uno del PCE. Una vez recogido, Carlos, con toda su ilusión, muestra el carnet en casa durante la comida. A pesar de que los padres eran progresistas, se llevan las manos a la cabeza y le dicen con miedo "que no se entere nadie"[75].

En el contexto de una intensa movilización obrera contra la reconversión industrial, algunos trabajadores descubren que la lucha sindical debe acompañarse de la reivindicación política, con la elaboración de leyes. Dice José Luis Duque que "la militancia sindical no es la única razón de ser de un militante de izquierdas, sino que también debe implicarse políticamente. Aun siendo la lucha sindical muy importante para presionar o empujar a la elaboración de leyes, había que ir a más porque las leyes se hacen en el Congreso de los Diputados y en los parlamentos regionales y solo se pueden cambiar con representación en esas instituciones". Según Duque, si además conoces el buen hacer de los militantes del PCE en CC. OO., parece lógica la doble militancia en ambas organizaciones. Otros comienzan a militar por amistades o por personas a las que se conoce en manifestaciones u otras movilizaciones.

Francisco Hernández Herrero necesitó ir a Cuba para comenzar a militar. Allí descubrió la grandeza del pueblo cubano y su revolución, siempre boicoteados por las miserias de los Estados Unidos con el bloqueo más perverso y duradero de toda la historia contemporánea. A la vuelta de su viaje se afilió al PCE de Torrejón de Ardoz (Madrid). Estrella Aranda lo tenía más fácil porque desde niña había vivido la militancia clandestina de su padre Felipe Aranda Jiménez, cofundador de CC. OO. de Metro de Madrid en la clandestinidad, desde los tiempos de los jurados de empresa en el sindicato vertical. Posteriormente, sería secretario general del comité de empresa. También militó en el PCE hasta su muerte. Felipe le enseñó a ver las diferencias sociales. Explica Estrella:

> Le agradezco enormemente porque no nos adoctrinó a mi hermano y a mí. Él nos decía que viéramos lo que había y lo que pasaba y qué era lo bueno y qué era lo malo, nos enseñó a ver lo que era bueno para todo el mundo y lo que pretendían algunos privilegiados para disfrutarlo solo ellos. Fue una pedagogía muy buena. Decía que había que tener ideas políticas, que todo había que pensarlo políticamente, aunque fueran contrarias a las suyas. Prefería hablar y debatir antes que hablar con alguien sin ideas políticas. Había que tener conciencia, en su caso conciencia de clase[76].

Todavía en los años noventa no todos los ambientes progresistas aceptaban positivamente la militancia comunista de los jóvenes. Marian y Álvaro Serrano eran nietos de dos maestros (Matilde Martín y Antonio Serrano) represaliados por el franquismo y sufrieron tanto dolor por ello que se disgustaron cuando se enteraron de que habían entrado en la UJCE. Les insistían con mucha preocupación, "no os significhéis"[77]. Esa frase lapidaria simboliza la victoria más duradera de la dictadura franquista. Fue tan exhaustiva y brutal la represión del franquismo que "convencieron" a los afectados de que la culpa de esos castigos era la ideología política y no la dictadura franquista.

LA CREACIÓN DE IZQUIERDA UNIDA: RUPTURA Y CONTINUIDAD

A la vista de los pésimos resultados de las elecciones de 1982 se produce la dimisión de Santiago Carrillo y la elección como secretario general de Gerardo Iglesias, del que todos pensaban que sería una especie de títere de Carrillo. Así lo atestigua Ángel Ramiro Álvarez, "puso a Gerardín pensando que iba a seguir mandando él pero no fue así". Impulsado por Gerardo Iglesias, el PCE busca la

reactivación en el entendimiento con otras organizaciones a la izquierda del hegemónico PSOE. El primer desencanto con el Gobierno del cambio se produce con la postura ante la OTAN. Felipe González mudará del famoso "de entrada no" al "mejor nos quedamos"[78]. En ese tránsito hasta el referéndum celebrado en marzo de 1986 surgieron las críticas también en el seno del PSOE, especialmente desde la corriente interna Izquierda Socialista.

La movilización popular contra la OTAN fue masiva, coordinada desde distintas organizaciones. El PSOE, hasta que se produjo el viraje atlantista, había trabajado con el Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad (MPDL). Los comunistas, en un momento de profunda división, desarrollaron un importante trabajo de base, coordinándose con entidades cristianas progresistas como Justicia y Paz o desde nuevos espacios como las asociaciones por la paz y el desarme. Y la izquierda extraparlamentaria (fundamentalmente el Movimiento Comunista y la Liga Comunista Revolucionaria) en los comités anti-OTAN, reforzados con la creación en 1983 de la Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas (CEOP), nacida en un primer encuentro celebrado en Zaragoza con más de cincuenta organizaciones.

El PCE siempre apostó por la lucha en las calles y el protagonismo en las movilizaciones masivas anti-OTAN y las marchas contra las bases estadounidenses en nuestro país, entre las que destacan las de Torrejón en Madrid y Rota en Cádiz. El partido promueve las Mesas por el Referéndum, en las que se integran el PASOC de Alonso Puerta, el Centro Democrático y Social del expresidente Adolfo Suárez, la Federación Progresista del exdirigente del PCE Ramón Tamames, los sindicatos Unión Sindical Obrera y Comisiones Obreras y la Asociación Pro Derechos Humanos. Una vez que se convoca el referéndum para marzo de 1986, las mesas se transforman en la Plataforma Cívica por la Salida de la OTAN (PCSO), a la que ya no pertenece el CDS y a la que se incorpora el Partido Comunista de los Pueblos de España, liderado por Ignacio Gallego, desgajado del PCE y constituido en 1984. En esa lucha se van creando las bases de una cooperación entre distintas organizaciones.

Son los años de implicación del mundo de la cultura en la reivindicación pacifista, desde Antonio Gala, presidente de la Plataforma Cívica, a Miguel Ríos, Joaquín Sabina, Víctor Manuel, Ana Belén, Luis Pastor o Elisa Serna que actuaron en el cierre de campaña en Madrid —en marzo de 1986—. Durante la campaña, con muchas dificultades, se logró una actuación conjunta de las dos plataformas contrarias a la permanencia de España en la OTAN: la

Coordinadora Estatal de Organizaciones Pacifistas y la Plataforma Cívica por la Salida de la OTAN. En la campaña oficial los medios de comunicación se volcaron por el *sí* y la única televisión de ese momento, TVE, mostró un partidismo muy marcado, lo que fue determinante para contrarrestar unas encuestas que daban claro ganador al *no*. Superado el escollo del referéndum, Felipe González adelantó elecciones generales para aprovechar el impulso mediático.

En tiempo récord la Plataforma Cívica se convierte en Izquierda Unida para presentarse a las elecciones de junio. En ellas se produce una discreta recuperación respecto a 1982. Son ahora 7 diputados frente a 4 pero un ínfimo 4,6%. Otra desilusión, puesto que las esperanzas, de nuevo por encima de la realidad, se habían centrado en recuperar la mayoría de los siete millones de votos contrarios a la OTAN. A pesar de los efectos de la reconversión industrial con sus graves repercusiones sociales y su rechazo popular, el PSOE todavía mantuvo la mayoría absoluta. Será al año siguiente, 1987, cuando en las elecciones municipales Izquierda Unida obtenga unos resultados más positivos con un 7,18%.

La creación de Izquierda Unida fue muy bien recibida en general por la militancia del PCE y el conjunto de la izquierda que se había movilizado en los últimos años. Se percibió como un punto de inflexión a la dinámica de divisiones y una oportunidad para recuperar la influencia perdida. Aunque también tuvo sus detractores, que temían que la identidad comunista se diluyera en la nueva plataforma. En especial, aunque no exclusivamente, entre los partidarios de Santiago Carrillo que concurrieron a las elecciones de 1986 con su propia candidatura, lo que contribuyó a restar apoyos a las candidaturas de IU. Para ellos la sustitución de la papeleta electoral del PCE por la inicial "sopa de siglas" (no será hasta 1988 cuando se elija un logo para la coalición por concurso público) suponía la pérdida del referente electoral con sus "herramientas", la hoz y el martillo. Habrá militantes que no lleguen a coger el carnet de IU, aferrados al del partido. Esta tensión con la doble militancia, o triple a partir de la proliferación de candidaturas unitarias de todo tipo en 2015 o la posterior consolidación de Unidas Podemos, ha generado una cierta desorientación entre quienes ejercen el derecho al voto y quieren seguir las orientaciones del PCE.

En el XII Congreso, celebrado en 1988, con unos 50.000 militantes,

Gerardo Iglesias dimite como secretario general. El elegido para reemplazarle será Julio Anguita, el único alcalde del PCE de una capital de provincia (Córdoba, entre 1979 y 1986) que había sido ya elegido coordinador general de IU. Dejó el puesto de primer edil para encabezar la candidatura de IU-Convocatoria por Andalucía en las elecciones autonómicas de 1986, donde cosechó un gran resultado, en torno al 20%. La llegada de Julio Anguita a ambas responsabilidades inició el periodo de mayor crecimiento de IU que alcanzaría hasta el 2000, cuando el líder cordobés tuvo que retirarse por enfermedad. El discurso más reivindicativo y de clase logró atraer a nuevos militantes y recuperar antiguos, destacando el sector del PCPE encabezado por Ignacio Gallego, junto a 8.000 militantes, cuarenta y ocho miembros del comité central y la mayoría de cargos públicos, que volvieron al PCE en un congreso de unidad.

Sin duda alguna, el liderazgo de Julio Anguita fue el más carismático desde la transición, al que la militancia recuerda con orgullo y cierta añoranza, acrecentada tras su muerte en 2020. Su no claudicación y su apuesta permanente por los contenidos a la hora de negociar con el PSOE, su célebre "programa, programa, programa", le enfrentaron con todos los medios de comunicación cercanos al Gobierno de Felipe González que construyeron la famosa teoría de "la pinza" que esgrimían una y otra vez para desprestigiar al líder y a Izquierda Unida.

Paralelamente al crecimiento de IU y con él la recuperación del PCE (trece diputados más uno del PSUC en las elecciones de 1989), se produce el desmoronamiento del bloque soviético, lo que crea un gran drama de forma especial —aunque no exclusivamente— entre la militancia más veterana. La URSS y el "mito soviético" habían representado durante décadas un referente fundamental para los comunistas españoles. Como símbolo, "no solo tuvo un enorme peso en las generaciones más veteranas, sino que existió continuidad intergeneracional en su transmisión, más allá de las vivencias personales"[79]. Para la guerrillera Esperanza Martínez, Sole, "la decepción ha llegado mucho más tarde", pues no le pareció tan doloroso el fracaso de las elecciones de 1982 como la caída de la URSS, que entendía como el "frente mundial ante el capitalismo y EE. UU.". Para Ana Sirgo, Anita, supuso "mucho dolor" porque fue "la madre de todo el mundo, ayudó a España, ayudó a todo el mundo y ahora verse de esta manera. Lo viví con mucho disgusto [...]. Te duele, cómo no te va a doler"[80]. Dolor similar vivido por Ángel Ramiro Álvarez Morán con

la caída del muro de Berlín. Lo vivió como "la mayor desgracia, un trauma".

El retroceso —y hundimiento en muchos casos— del comunismo europeo motiva el planteamiento de la disolución del PCE, al tiempo que se produce la del PCI. Esta idea barruntada por la dirigencia del partido no se convierte en propuesta de la dirección porque —a la vista de la resistencia mayoritaria de la militancia— en el comité central de julio de 1991 Julio Anguita y el sector mayoritario apuestan por el mantenimiento de las siglas dentro de IU. En el XIII Congreso del PCE, celebrado en diciembre del mismo año, al que se llegó con unos 70.000 militantes, se articuló una candidatura alternativa, encabezada por Francisco Palero y Juan Berga (entre otros integrantes de la candidatura figuraban Mónica Oltra o Eduardo Saborido) que promovía la disolución del partido y la potenciación de IU. Como núcleo catalizador de IU, todos los debates del PCE afectaban directamente al movimiento político y social creado en 1986. Anguita había dimitido como coordinador general para presionar sobre la permanencia del partido, lo que logró con creces. En ese XIII Congreso hubo multitud de resoluciones de las federaciones solidarizándose y apoyando a Julio Anguita, como por ejemplo Extremadura, o comunicados personales como el de Melquesidez Rodríguez Chaos, con 24 años de cárcel a sus espaldas[81].

Para algunos dirigentes, la solución transitoria que suponía la creación de Izquierda Unida, a medida que crecía su implantación y respaldo popular, requería un nuevo paso. Una vez consolidada en el escenario político y electoral, se planteó su reconversión en partido político en el que se diluiría el PCE. Pero, como explica Javier Navascués, "este proceso, inopinadamente se trunca e invierte su marcha entre 1992/1993, lo que produce la crisis de Nueva Izquierda y el posterior abandono de este sector *renovador*"[82]. A pesar de que la mayoría de la militancia del PCE y de IU apoyó la apuesta por la continuidad que encabezó Julio Anguita, el desgaste fue evidente, en un momento en el que la derecha levantaba cabeza con la dirección de José María Aznar que llegaría al poder en 1996.

Un ámbito donde el PCE, a través de Izquierda Unida, ha sido capaz de mantener una presencia significativa durante ese periodo fue el del municipalismo, en especial con la implantación muy relevante en Andalucía pero que alcanzaba a ciudades emblemáticas como Rivas Vaciamadrid. Los grandes logros del municipalismo —al igual que otros escenarios del trabajo

institucional (parlamentos regionales y estatal)— se deben fundamentalmente a las áreas de elaboración colectiva creadas en Izquierda Unida donde surgieron la mayoría de las propuestas trasladadas a las instituciones.

María Antonia Naranjo Carmona (Antoñi), militante del PCE en Montemayor, Córdoba, es un ejemplo del arraigo de la militancia comunista durante varias generaciones en un territorio con un perfil muy marcado desde el "trienio bolchevique" (1917-1920). Trabajadora de correos, ha sido durante doce años primera teniente de alcalde en el Gobierno municipal, con una acción de gobierno empeñada en abrir cauces de participación a todos los niveles, ya que considera que la principal transformación es convertir a la mayoría social en ciudadanos activos y que no excluya la movilización, como la ocupación simbólica que impulsaron desde el partido del enorme latifundio de la duquesa de Frías. Es un perfil militante distinto al de las generaciones anteriores, con una experiencia institucional muy consolidada y orgullosa de un feminismo dentro y fuera del partido. Afirma no haberse sentido "cuota" en ningún momento, pero señala irónicamente que han sido "unas fantásticas segundas", pero piensa que "algo tiene que cambiar", por lo que valora mucho la incorporación de la juventud[83].

Por su parte, Salvador Jové, economista, histórico militante del PSUC y especialista en políticas agrarias en la comisión que trabajó en el PCE y por su intervención institucional, insiste en el papel esencial que desempeñaron las áreas de elaboración colectiva durante los mandatos de Julio Anguita, que a su juicio fue la gran aportación a su desarrollo como movimiento político y social. Durante los años noventa, en los diferentes sectores se fue capaz de reunir dirigentes sociales y especialistas que elaboraron alternativas de gran calidad. De esta forma se aportó un instrumento que permitía desmontar el juego de la alternancia del bipartidismo, con un espíritu participativo, aunque otra cosa es que no se llegara a tener la suficiente fuerza para llevarlo a cabo[84].

El trabajo institucional y en las áreas de IU absorbió buena parte del esfuerzo de las estructuras centrales del PCE. De esta manera, paradójicamente, el partido empieza a languidecer. Las reuniones y asambleas se van espaciando. Las banderas del partido solo salen los días 1 de mayo y 14 de abril o en los homenajes a los veteranos, a quienes a veces solo llega el reconocimiento el día de su entierro. A pesar de la reacción mayoritaria frente al intento de acabar con el partido o el apoyo generalizado a las posiciones que expresaba con brillantez Julio Anguita, que se visualizó en asistencias masivas

a sus mítines en las fiestas del PCE, era evidente que no bastaba con una resistencia reactiva para evitar una deriva de progresivo debilitamiento. Años más tarde se hablaría de la necesidad de una "segunda salida a la superficie" de la actividad militante del PCE.

Los militantes mayores, curtidos en la lucha contra el franquismo, no dejaron de estar presentes en la nueva realidad política, a disposición del partido, en la medida de las posibilidades de cada uno, en función de su salud o la de sus compañeros o compañeras a las que debían cuidar. Tal es el caso de Juan Quinzano, militante desde la guerra, que vivía en Nava de la Asunción, a 40 km de Segovia. Cada vez que se le convocaba a una reunión a finales de los años noventa, enviaba una carta manuscrita, con una caligrafía impecable, en la que transmitía todo su respeto y amor al partido y excusaba su no asistencia: "Apreciados camaradas, lamento mucho no poder acudir a la reunión a la que se me convoca, porque mis circunstancias me impiden el desplazamiento a Segovia. Asimismo, lamento no poder contribuir más que en lo que permite mi reducida pensión"[85]. Incluía en el sobre un billete de 100 pesetas. Esta era una de las características recurrentes en toda la militancia veterana, su responsabilidad con el pago de las cuotas. Ya podía faltar dinero para otras cosas, pero la cuota era "sagrada".

En cada agrupación había un grupo de veteranos que dejaron una gran huella en el resto de la militancia, especialmente en los jóvenes, con quienes más les gustaba tratar. Proyectaban en ellos su juventud en la que iniciaron su lucha política coincidente con la guerra o inmediata posguerra, lo que les llevó a la cárcel. Históricos como Marcelino Camacho o Simón Sánchez Montero acudían a las reuniones de sus agrupaciones en los barrios de Carabanchel y Latina, respectivamente. Palmira San Juan, zamorana de origen, padeció cárcel en la Prisión Central de Mujeres de Segovia donde conoció a otro preso comunista, el madrileño Juan Misis, que sería después su marido. Palmira iba a todas las reuniones del PCE hasta que sus piernas lo permitieron, pasados sus ochenta años, pues la sede está en un cuarto piso sin ascensor. Pero prefería las reuniones de la UJCE. Le encantaba hablar con las chicas, les insistía en que aprovecharan las oportunidades de la vida, que ella no las había tenido, sobre el orgullo de ser mujeres, disfrutar de la vida y amar a quien quisieran sin imposiciones ni prejuicios.

Nicolás Berzal es uno de los ejemplos más característicos de militante de base, activo hasta el final, con 96 años. Pocos días antes de enfermar en marzo

de 2020 había estado en la marcha conmemorativa de la batalla del Jarama. Allí, con su entusiasmo habitual, había arengado a los participantes para defender el Gobierno de coalición recién constituido ante los ataques de la derecha. Junto al también citado Regino Casado había puesto el dinero necesario para adquirir la todavía sede del PCE de Segovia. Esta situación se dio por todo el país. El patrimonio del partido, en muchas ocasiones provenía de las aportaciones hechas por la militancia. Los falangistas habían asesinado al padre de Nicolás en Navafría en 1936 y su hermano estuvo varios años preso. Por su trabajo —primero representante de piensos compuestos y después de material ganadero— tenía contacto con muchas personas de toda la provincia. Cuando se presentó a las primeras elecciones de 1977, iba haciendo campaña y le decía la gente: "Ay que nos da mucho miedo no le vaya a pasar algo". Lo decían porque también en Segovia el franquismo había paralizado a la sociedad mediante el terror. A pesar de ser una provincia tan conservadora, había habido 370 fusilados y casi 3.000 segovianos presos. Por tanto, el miedo estaba tan presente como en cualquier otro lugar de España. Pero después del susto, la gente le decía "claro que te votamos" y volvía a casa diciendo: "Hoy hemos conseguido 8 votos en Arcones y otros tantos en Matabuena". Pero cuando se abrieron las urnas no fue así, recuerda su hija Isi Berzal[86]. Su militancia le llevaba a todas las manifestaciones y concentraciones celebradas en Segovia y a muchas en Madrid: anti-OTAN, 1 de mayo, 14 de abril, Sáhara, Palestina, 15-M, contra la violencia de género, 8M... conferencias, homenajes, como también vender o hacer publicidad de libros de sus camaradas. En todo colaboraba siempre con una sonrisa y con las palabras más agradables: "Repartía cariño a quien se acercara a él".

Como nos recuerdan muchas de las personas entrevistadas, mientras exista la Unión de Juventudes Comunistas, la Juve, habrá partido. Continúa la entrada de jóvenes como Raquel Celestino de Puente de Vallecas, uno de los barrios con mayor tradición de lucha obrera de la capital. Como las jóvenes de su generación, a pesar de sus estudios superiores, tuvo distintos trabajos precarios. Llegó a tener dos trabajos a la vez y solo ingresaba 160 euros. No tenía ninguna vinculación familiar con el partido, dice que más bien al contrario. Pero la irrupción de la ultraderecha en 2018 le hizo dar el paso. Ya se reconocía marxista, pero sin militar. A través de las redes, como se mueve la mayoría de la juventud actual y gran parte de los adultos, se activaron sus inquietudes políticas y le animaron a afiliarse a la UJCE y a formarse en una

escuela de cuadros. Sus primeras actuaciones indican las prioridades de la Juventud Comunista: feminismo y antifascismo. Se incorporó a la Asamblea 8-M de Vallecas y participó en la organización de Barrios sin odio, en junio de 2019, promovido por la coordinadora antifascista de Madrid. El evento eran unas jornadas antifascistas (en las que Raquel moderó una mesa) que culminaron con una manifestación por el barrio de Vallecas. Cada actividad que se hace no cae en saco roto, sino que supone "adelantar un minuto la revolución".

Militaban porque trabajaban mucho, con ilusión por acabar con las injusticias. Rosa Alonso lo explica así:

> Todos éramos militantes de corazón, porque nos gustaba hacer cosas y ya está. Podíamos tener más o menos formación política, pero lo más importante es que teníamos sentimiento de clase. Teníamos siempre ganas de hacer cosas, algo muy práctico. Entonces coincidimos con una ejecutiva federal que hacía unos debates absurdos por unas cuotas de poder, también absurdas. Entonces había reuniones en las que se discutía mucho y nosotros decíamos "esta no es nuestra guerra, no hemos venido aquí para discutir entre nosotros". No entendíamos que la militancia consistiera en discutir entre camaradas de la misma ideología. Teníamos que mirar qué nos une, porque había que concienciar a la gente para cambiar todo esto[87].

Como se ha apuntado anteriormente, los jóvenes han mantenido una relación especial con los mayores. Es el caso de Palmira San Juan. Para Rosa Alonso, "era el ser más político que yo he visto en mi vida, su motivo de vida, no entendía su vida sin militancia". Les hablaba mucho, les llevaba libros, "os los tenéis que leer, me los leéis y los devolvéis". Les contaba sus vivencias en prisión recordando:

> Cuando me afilié sabía que no iba ser fácil, luego fue mucho más duro de lo que pensaba, pero no me arrepiento. Nos decía que había que pelear por lo que había que pelear pero no dejarse llevar por los rencores, porque al único que te perjudicaba era a ti. Cuando nos veía despeinadas, nos insistía "hay que estar bonita siempre", no por los demás, porque cuando estaban en la cárcel, decían "nos podréis rapar el pelo, pero mientras nos sintamos bonitas no nos habréis ganado". Ponte la ropa que quieras, pero el pelo bien peinado y arreglado. Para ella era muy importante. Le parecía fenomenal que cada persona amara a quien quisiera. No tenía ningún prejuicio, para la edad que tenía, era muy progresista con las cosas del querer. Aceptaba perfectamente la homosexualidad o la bisexualidad. Nunca llegaba al límite de darnos la chapa. Si veía luz en la sede, subía. No venía a nada especial, estaba un rato con nosotras y se iba[88].

Aunque ya no militan, muchos militantes de la UJCE recuerdan con gran cariño esa época, "muy divertida, teníamos algo en común, inquietudes, y sobre todo ganas de hacer cosas por concienciar a la gente. Hicimos muchos amigos". De seis jóvenes que compartían piso en los años noventa, cinco eran

de la UJCE. Nació una gran amistad que aún se mantiene, "de hecho nuestros hijos crecen juntos". Recientemente ha fallecido José Luis Suárez y le llevaron una corona de flores con el letrero "amigos y camaradas", aunque actualmente no milita ninguno de los firmantes.

En algunos sepelios de los pueblos de la profunda y tradicional Castilla, en el cementerio —donde no existe un espacio específico para los no creyentes— comparten protagonismo el cura y el secretario provincial del PCE. Ondea al viento la bandera roja con la hoz y el martillo y se alza al cielo la cruz que lleva el monaguillo. A la bendición del párroco le sigue el discurso político y reivindicativo, culminado con *La Internacional*. En este sentido, Anita afirma con contundencia: "Mi carnet va conmigo en la caja. A mí no me cambia nadie, eso desde luego. Con todas les faltes [sic] que haya y que pueda haber, pero yo soy quien soy y luché mucho para llegar a donde llegamos, y si no se puede más, pues no se puede más". Hay quien, además de ser enterrado con el carnet y que se entone *La Internacional* —como quiere la mayoría— prefiere como José María Pedreño mantener la línea provocadora de la vida de lucha, y que en su lápida destaquen la hoz y el martillo, y "si está en el cementerio municipal entre cruces mucho mejor". Ya a partir del año 2000, la mayoría prefieren ser incinerados y que sus cenizas se esparzan en lugares señalados para los militantes fallecidos. En Asturias, Manolo el de Lorio confiesa: "A mí tienen que quemar y quería que me llevaran a parar a esa peña, al pico la Peruyera que da a tres municipios [Soto, Lorio y Laviana, donde había vivido], yo lo digo a 'tu' [sic] dios, porque no he hecho testamento"[89]. En Segovia, Regino Casado eligió los pies de la Mujer Muerta, lugar de la Sierra de Guadarrama por donde marchó hacia Madrid para defender a la República durante la guerra.

La presencia social de los comunistas ha mantenido un conjunto de referentes muy reconocibles. Dice José Angel Frías que "el toque festivo no hay que perderlo nunca, va en la defensa de la vida que hace cualquier comunista, aquí hemos venido a disfrutar y a luchar, la sonrisa que no nos la quiten"[90]. Una de las señas de identidad del partido han sido sus fiestas, al igual que las fiestas de los medios de prensa de los partidos hermanos: *L'Unità*, órgano del PCI, *L'Humanité*, del PCF, o *Avante*, del PCP. La primera fiesta del PCE se celebró en Torrelodones, a veintiocho kilómetros de Madrid, donde la lluvia no impidió la afluencia de unas 300.000 personas. Para las exiguas militancias de las provincias pequeñas como Segovia significó "una sorpresa y

una alegría enorme compartir ese evento con tanta multitud de camaradas”[91]. El 13 de junio de 1977, un par de días antes de las primeras elecciones democráticas desde 1936, unos 8.000 militantes organizaron la infraestructura: carpa, barras, equipos de sonido, seguridad... La alegría de la militancia fue directamente proporcional al aguacero que recibieron, aunque no pudieron ver ni a Dolores Ibárruri ni a Rafael Alberti, a los que no llevaron para protegerlos de la climatología. Era una fiesta apenas dos meses después de la legalización y tras 40 años de dictadura. Se vivía además la euforia del partido que había hecho frente a la dictadura y que esperaba recoger los frutos electorales de su oposición al franquismo.

En octubre del mismo año se celebró la primera Fiesta del PCE en la Casa de Campo de Madrid (donde se desarrollaría de forma ininterrumpida hasta 2007). Se abría así una tradición de cita anual de la militancia de todas las federaciones. Un encuentro festivo, pero también reivindicativo, con espacio y tiempo para la política, la música de todo tipo (flamenco, *rock*, cantautores, folk...), los libros, las exposiciones y la gastronomía. Además, estaba abierta al público no militante a los que atraía con una suerte de vuelta a España donde se disfrutaba desde el ribeiro y los mejillones gallegos, al agua de Valencia, pasando por el ron miel y las papas al mojo canario, las sardinas y el *txakolí* vasco, los calamares y el fino andaluz. Además de los pabellones de las federaciones, los primeros años eran provinciales las casetas castellanoleonesas aún sin federar, donde también se degustaban las especialidades de cada provincia. Los pabellones más frecuentados siempre fueron el Rincón Cubano, con sus tradicionales mojitos y la ropa vieja u otras recetas caribeñas y el Rincón de Córdoba, especializado en mojitos y daiquiris y mucho espacio para bailar.

En las fiestas el trabajo militante era la base de la actividad. La primera fase era la preparación y acondicionamiento de los espacios. Lo que implicaba la presencia y el esfuerzo desde días antes en los antiguos pabellones franquistas de la Casa de Campo que había que limpiar y poner a punto. Aunque había infraestructuras que adquiría el partido, en las primeras fiestas la aportación de la militancia era fundamental. El hermano de Sabina Rodríguez llevó la cocina de gas de casa, de las antiguas que se ponían encima de una mesa. Esos días tuvieron que comer frío en el domicilio. Desde las federaciones se encargaba la comida y la bebida específica de cada zona. Venían de todo el

Estado, viajando en coche, buses, trenes, avión, para "darlo todo" en tres días. Una vez iniciada la fiesta, la militancia se organizaba en turnos para cubrir todos los puestos de trabajo: barra, música, caja, limpieza y cocina. En el trabajo de la fiesta era habitual ver a la base y a la dirigencia trabajar codo con codo, con delantal y sin él, poniendo bocadillos en la cocina o cervezas en la barra. Carmen —compañera de Simón Sánchez Montero— era la "jefa" en la cocina de la caseta de Madrid. Eran piezas imprescindibles las peladoras de patatas, las enormes planchas de hierro, las paelleras, los delantales con "las herramientas", la enorme variedad de cuchillos, las cajas para el dinero, los *tikets*… Eran días de mucho trabajo, "era una paliza, volvíamos sin voz", pero la relación era maravillosa, principalmente la camaradería. "Lo más bueno que ha tenido siempre el partido, la militancia"[92].

La fiesta servía para hacer política en un espacio más agradable, "entras más y mejor a la gente, mucha gente de otras ideologías iba a comer las tortillas, entablabas una relación con la gente muy directa y relajada"[93]. Para los mayores era una oportunidad de reencontrarse con sus camaradas de otros lugares. Lo vivían con mayor emoción quienes habían estado presos. Era la cita anual del reencuentro. Se reunían allí mujeres que habían padecido prisión en Ventas o en Segovia y hombres que habían sufrido cárcel en Burgos. Para los jóvenes de la UJCE era muy emotivo verlos tan unidos después de tantos años. La fiesta también aportaba importantes ingresos económicos, para el partido (con las entradas al recinto) y para cada una de las federaciones, con los ingresos obtenidos con la venta en barra (comida y bebida). Sirvió para pagar las sedes que habían comprado durante la transición con préstamos y donaciones de la militancia. "Para hacer la revolución siempre hace falta dinero".

También se han desarrollado fiestas del PC de Andalucía o de *Treball*, el órgano de prensa del PSUC. Tan importante o más para las organizaciones territoriales era la participación de casetas del PCE en las fiestas de barrios, pueblos o ciudades. Hasta que la creación de IU cambiara la visibilización de las casetas. Ahí también se volcaba la militancia. Cuenta Anita Sirgo que en el bar de Lada llevaban de casa los pinchos y "les tortilles [sic], para sacar dinero para el partido, un domingo puse los callos. Poníamoslo [sic] nosotros pero la ganancia era para el partido"[94]; todo era a base de sacrificio personal. Además del nada despreciable ingreso económico, las fiestas locales también servían

de socialización y visibilización del partido. Los vecinos no militantes veían y saludaban a los afiliados comprometidos con su partido.

UNA RENOVADA IMPLICACIÓN EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

"Allá donde haya una militante del partido, allí estará el PCE". Esa tradicional máxima comunista alcanza hasta la actualidad. En las fichas de alta de militancia un apartado fijo a lo largo del tiempo ha sido el movimiento social en el que se iba a trabajar. En los últimos tiempos esta elección es más voluntaria pero hasta hace unos años era el partido el que orientaba al militante, indicando dónde debía hacerlo. De ahora en adelante trataremos el papel de la militancia en los movimientos sociales. No es algo nuevo, pues ha habido militantes entre los fundadores de asociaciones de vecinos, de los sindicatos, del movimiento anti-OTAN, de la solidaridad internacional… Pero con el repliegue del PCE, su nueva visibilización va a llegar por medio del trabajo militante en los movimientos sociales y en todo tipo de plataformas, destacando entre ellas las de defensa de la sanidad y la escuela públicas, por las nuevas organizaciones que han surgido al calor de la movilización.

En primer lugar, en el movimiento obrero. La esencia del PCE como organización que forma parte de este movimiento, y por lo tanto es una firme defensora de los derechos de los asalariados, ha determinado que el mundo del trabajo fuera su espacio tradicional de lucha. Desde la creación de Comisiones Obreras había sido "el sindicato" de los militantes del partido. Había jóvenes estudiantes que ansiaban comenzar a trabajar para poder afiliarse al sindicato del camarada Marcelino Camacho[95] y de otros tantos activistas, como Juan Muñiz Zapico, Cipriano García Sánchez, Timoteo Ruiz, Fernando Soto, Eduardo Saborido, Francisco García Salve, Julián Ariza o Agustín Moreno. Con el crecimiento de CC. OO. y su conversión en sindicato mayoritario, en los años noventa, la influencia del PCE se fue transformando, al cobrar fuerza el carácter de ámbitos diferenciados con independencia en la conformación de sus estrategias y su toma de decisiones. Pero aún se mantiene como el sindicato de referencia de los comunistas. De hecho gran número de afiliados del partido comenzaron militando en el sindicato, "lo uno llevó a lo otro. Cuando uno es trabajador por cuenta ajena pronto se da cuenta de la

explotación que sufre y recuerda lo que vio en clase de historia sobre un tal Marx que hablaba de plusvalía y el paso lógico es afiliarse al partido que lucha contra la explotación", comentan algunas de las personas entrevistadas.

En provincias pequeñas con escaso desarrollo industrial y, por tanto, reducido número de trabajadores, el sindicalismo no llegó hasta el ocaso de la dictadura. En la fundación de CC. OO. de Segovia participaron Isi Berzal y Diego Peñalosa, dos militantes del PCE pioneros del movimiento obrero poco antes de la muerte de Franco y que han dedicado toda su vida activa al sindicato. Alguien podrá pensar que toda esa dedicación profesional implicaba aferrarse a los cargos sindicales pero no es su caso ni el de tantos otros, pues nace de la militancia y el convencimiento en la lucha sindical. Diego Peñalosa trabajó como abogado laboralista hasta su jubilación e Isi Berzal fue sindicalista sin perder su puesto de trabajo en una compañía de seguros.

Dionisia, Isi, mira hacia atrás y dice "cuando veo cómo está el tema política y sindicalmente digo 'joder que he dejado toda mi vida ahí luchando, haciendo de todo', porque te tocaba hacer de todo en CC. OO., desde encerrarnos para exigir la devolución del patrimonio sindical hasta la negociación de todos los convenios colectivos y todo tipo de movilizaciones[96]. Como en otros territorios, hasta avanzados los años ochenta la secretaría provincial o autonómica del sindicato estaba encarnada por militantes del PCE. En el caso de Segovia se sucedieron Ángel Centeno e Isi Berzal, ambos con militancia iniciada por el ambiente familiar de represión franquista, con el asesinato de sus abuelos. Otros dirigentes fueron Jesús Burguillo y José Antonio López Murillo. A nivel estatal, el sucesor de Marcelino en la secretaría general, también afiliado al PCE de larga trayectoria, Antonio Gutiérrez, desde 1987 fue poco a poco alejando al sindicato del partido. El alejamiento culminó con su propia marcha y su inclusión en las listas del PSOE en las elecciones de 2004.

Los debates internos en el PCE tenían su repercusión en CC. OO. Explica Salce Elvira que la primera fue la crisis con los ortodoxos de Ignacio Gallego. Inicialmente, en la Unión Sindical de Madrid Región; después, en el congreso de 1980 la dirección estaba dividida en Madrid y en la estructura confederal. Al año siguiente la crisis con los renovadores tuvo también sus consecuencias en el sindicato[97].

Muchos militantes han sido sindicalistas destacados de CC. OO. y gran número de ellos provenían de la clandestinidad. Además de los citados más arriba, nombramos al trabajador de astilleros de Ferrol Suso Díaz, al empleado

de Metro Felipe Aranda Jiménez o al ferroviario Benito Barrera San Miguel, que se lamentaban como otros comunistas sindicalistas de que el PCE se preocupaba muy poco del sindicato. Se quejaban de la carencia de pautas para actuar en CC. OO. Otros se han incorporado y destacado durante la democracia, como Carlos Márquez en la SEAT y Ricardo Gayol en la ONCE, con los que hemos podido conversar para la elaboración de este libro.

En el movimiento pacifista hubo una evolución importante, derivando de la objeción de conciencia a la estrategia de la insumisión. En España el movimiento pacifista internacional, especialmente desarrollado en contra de la guerra de Vietnam, tuvo su reflejo en el movimiento de objeción de conciencia que, si bien había surgido aquí en 1971, adquirirá todo su protagonismo en los años ochenta y noventa hasta conseguir la supresión del servicio militar obligatorio en 2001.

Aunque Aznar pretenda atribuirse los honores de su desaparición, gran parte de esa conquista se debe al movimiento pacifista y en especial a los insumisos que prefirieron la cárcel antes que hacer el servicio militar o la prestación civil sustitutoria. Esta figura significaba realizar un trabajo en alguna institución pública, asociación u organización no gubernamental, como la Cruz Roja. Se consideraba como un castigo, puesto que implicaba desempeñar gratis un puesto de trabajo y duraba más tiempo que el servicio militar, dieciocho meses frente a nueve. La situación se hizo insostenible para el Gobierno de Aznar porque no podía mantener en la cárcel a más de doscientos insumisos. Era una realidad que no encajaba en la Unión Europea, por lo que procedió a la creación del Ejército profesional integrado exclusivamente por voluntarios.

En esa lucha pacifista estuvo la militancia del PCE, ofreciendo sus sedes como oficinas de información para los objetores y los insumisos. Abogadas de la UJCE, como Ana Ronco, responsable a nivel estatal del área de Objeción y Paz, hacían dosieres legales y asesoraban jurídicamente a quienes reclamaban la información que les negaba el Gobierno de Felipe González primero y el de Aznar después[98]. A la sede del PCE de Segovia iban jóvenes de todo tipo —incluso hijos de militares o empresarios—, derivados por la Delegación del Gobierno de la provincia. Llegaban obreros que decían "me van a echar del trabajo porque tengo que ir a la mili y dicen que me llevan a la cárcel si no me presento"[99].

Cargos públicos del PCE que formaban parte de las candidaturas de IU

aprovechaban tomas de posesión o actos oficiales para ponerse camisetas que reclamaban la libertad de los insumisos presos. Las escenas de ropas con mensajes reivindicativos que hemos visto en los últimos años en el Congreso de los Diputados ya se realizaban por parte de algunos de los concejales del PCE desde tiempo atrás. Militantes comunistas preparaban juicios a los insumisos y objetores en colaboración con las Asambleas por la Insumisión. Militantes que habían hecho la mili se autoinculpaban junto a insumisos, arriesgándose a correr la misma suerte de los procesados. Recuerda José Ángel Frías:

En lo que más me involucré fue en el tema de la objeción de conciencia y la insumisión. La valentía de los insumisos a mí me quitaba el miedo, porque algunos en la Juve teníamos mucho miedo, no nos vamos a engañar, yo era un cobarde, como decía el compañero Martín Grégoris "lo poco que corremos y lo cobardes que somos". Era una contradicción, ¿no? El caso es que yo me autoinculpé con otros tres insumisos: Jesús y Jaime de El Arenal y Salus de Navarra. Nos hicieron ir a declarar al juzgado. No dije nada en casa porque mi madre se habría muerto del susto. Eran tiempos en los que te llamaban por la noche a casa. Llegabas de fiesta a las cinco de la mañana y estaba tu madre levantada porque había llamado de la policía. Teníamos en la sede los teléfonos de la militancia y de quienes se habían inscrito para la objeción de conciencia o para la insumisión. Así que nos tenían localizados.

La insumisión enganchó a muchísima gente porque, hay que reconocerlo, "lo primero me justifica la militancia en el partido, yo no quiero ningún tipo de violencia, si me quieren llevar dos años a la cárcel por no ir a la mili, pues voy". Y ahí las madres y padres no veían más que a una bellísima persona dispuesta a ir a la cárcel por no querer ejercer la violencia.

Este movimiento provocó debate en el PCE. Muchos mayores opinaban que la mili había que hacerla por si la revolución tenía que enfrentarse a la resistencia del Ejército. Los veteranos, como Regino Casado (de profesión vaquero, convertido en capitán durante la guerra), no entendían el rechazo a las armas y al Ejército de los jóvenes. Les decían: "¿Pero cómo hacéis eso?". Para los mayores no era demasiado aventurado pensar que habría que defender de nuevo la democracia recién recuperada, especialmente después del golpe de Tejero. También creían posible que la revolución no llegaría de forma pacífica y para eso era útil la preparación militar. Pero, aunque discrepaban, eran conscientes de que el protagonismo lo tenían los jóvenes y los apoyaban, así que terminaban diciendo: "Bueno, vosotros veréis". Nicolás Berzal —cuyo padre había sido asesinado en 1936— decía: "Yo os apoyo, pero estáis confundidos, vosotros sabéis lo que hemos sufrido, que nos han matado a tiros"[100]. Amparo Martínez, la guerrillera, Sole, se implicó al máximo en el

movimiento insumiso, por ese motivo tuvo preso a su hijo. Ella, que había luchado y padecido cárcel por enfrentarse a la dictadura, veía cómo un hijo era encarcelado en democracia, precisamente por no querer empuñar las armas.

Mariano Martín Arribas, otro de tantos veteranos de actitud y militancia digna, colaboraba en todo lo que se le pedía. Era tan educado y respetuoso que pedía disculpas a los camaradas por no votar de la misma forma que ellos. A los contrarios a la salida dialogada del terrorismo de ETA les decía:

> Con lo que hemos pasado los comunistas, lo que nos han hecho, a tantos como nos han matado [su padre fusilado en 1939], encarcelado y maltratado de todas las formas posibles, la transición se ha hecho porque les hemos mirado a la cara a los verdugos como iguales, sin venganza y sin rencor, no nos ha molestado que ellos estuvieran en el Gobierno, hemos dado por hecho que tenía que ser así, estos [referido al PP] tienen que perdonar y pasar hoja[101].

En los momentos durísimos del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, la UJCE estuvo presente en la sede del PP de Segovia como muestra de solidaridad.

El PCE ha defendido un feminismo de clase y ha estado muy presente en la evolución del mismo en los últimos decenios, como hemos expuesto en los capítulos anteriores. Desde que Clara Zetkin y Rosa Luxembugo organizaron la primera Conferencia de Mujeres Socialistas de Stuttgart de 1907, el feminismo ha estado ligado al movimiento obrero marxista, del que nacen los partidos comunistas en 1921. Es por tanto una de las señas de identidad del PCE y en el que se han volcado especialmente las camaradas. La larga lucha del feminismo ha culminado en el lenguaje inclusivo adoptado en los últimos años, incluso la utilización del femenino en el PCE o con el cambio de Unidos a Unidas Podemos en 2019.

No obstante, las mujeres lanzan algunas quejas a sus camaradas varones. A lo largo de la historia del PCE, la presencia en los altos cargos ha sido la excepción, salvo claro está el papel desempeñado por Dolores Ibárruri desde la Segunda República. Pero aparte de ella, la organización siempre ha estado masculinizada: la mayoría de los dirigentes y las formas de hacer política. A las mujeres no se les proponía para puestos de responsabilidad, generalmente tenían un papel secundario, complementario respecto a sus camaradas: maridos, hijos, hermanos, padres. Se tenían que limitar a ser las "mujeres del preso"[102].

A partir de 1982, en el momento de mayor debilidad del PCE, el Movimiento Democrático de Mujeres se fue diluyendo hasta desaparecer. En junio de 2013,

impulsado de nuevo por la Secretaría Federal de la Mujer del PCE renace de sus cenizas. Con un manifiesto aprobado por unanimidad se reinicia la andadura: "Vamos a reconstruir el MDM para construir una vida en libertad". En el éxito del movimiento feminista de los últimos años tienen gran protagonismo las militantes del PCE que participan en los distintos colectivos. Pero las formas de militar no son participativas para las mujeres que se quejan de los horarios, los cuidados, las largas reuniones, "las decisiones que se toman después con la cerveza son hábitos difíciles de conciliar que se mantienen". Estrella Aranda reivindica que "ahora estamos intentando cambiarlas". "Por tener otras obligaciones que nos creamos y nos creemos, no podemos estar en una reunión de tres o cuatro horas. El marido, el compañero, sí que puede militar, sí tiene tiempo libre y la mujer no puede porque tiene que ir a hacer la cena"[103]. Cuando se trata de elegir a delegados y delegadas a los congresos o asambleas, las mujeres, como Sabina Rodríguez, preguntan: "¿Cuánto dura? Si es todo el día, yo no puedo. Luego decimos que cuesta hacer las listas paritarias y que cuesta militar a las mujeres. Falta conciliación. Sería más fácil si fuéramos corresponsables de todo en las parejas"[104].

Aunque las mujeres reconocen que ha evolucionado mucho la situación tanto en el PCE como en CC. OO., especialmente en el sindicato, falta mucho por conseguir. "Siguen mandando los hombres" y continúan las rivalidades por el poder, especialmente entre los hombres. Para la mayoría de las mujeres la prioridad es la familia y se dedica el tiempo libre a la política. Por este motivo, las mujeres solo disponen del tiempo necesario para su preparación política y aspirar a cargos de importancia cuando no tienen responsabilidades familiares. Hay reuniones excesivamente largas, de cuatro o cinco horas. En las reuniones de los núcleos y asambleas, de IU o de CC. OO., nos gusta hablar y hablar. A algunos (mayoritariamente varones, más proclives a hacerse notar) les gusta más escucharse a sí mismos que oír lo que aportan sus camaradas. Eso de "oír a cuatro hombres repetir lo mismo es una pérdida de tiempo y de recursos, la revolución nos va a pillar reunidos", se lamenta Estrella.

En muchas ocasiones se repiten argumentos en lugar de intervenir solo cuando se aporta algo distinto. En esto son más cuidadosas las mujeres, mucho más pragmáticas. Esta excesiva duración afecta directamente a la conciliación y las mujeres que siguen encargándose de los cuidados de niños y mayores; son las más afectadas. Como consecuencia, militan menos las mujeres o lo hacen

cuando ya han criado a sus hijos o no tienen mayores a quienes atender. Así lo han vivido, como tantas otras militantes, Estrella Aranda y Sabina Rodríguez. Dice Estrella que como mujer ha tenido "lagunas", no ideológicas, sino de militancia, pues se afilió a CC. OO. y al PCE al comenzar a trabajar pero dejó ambas actividades hasta que los hijos también tuvieron conciencia de clase y le dijeron a la madre, "si tú eres del PCE, nosotros de la UJCE". Licenciada en Medicina, no desarrolla la carrera porque saca una plaza en el Metro de Madrid, se casa y su vida cambia. Indica Estrella que "ser mujer limita y coarta: la familia es el suelo que tenemos las mujeres, porque nuestra principal tarea es cuidar de los hijos, entonces pasamos a un segundo plano tanto en lo laboral como en el activismo político y sindical". Por eso hay que hacer algo, "feminizar las instituciones, por todos, no solo por las mujeres, sino para disfrutar mejor de todas las cosas"[105].

Sole se quejaba amargamente del trato discriminatorio que recibió del partido respecto a su marido cuando se produjo el golpe de Tejero: "Sé que Manolo tenía problemas, que podían haber venido a por él, pero yo también había tenido procesos judiciales y había sido represaliada. Sin embargo, a mí no me ofrecieron ocultarme [...]. En una ocasión en que Manolo fue donde fuera, yo me quedé en casa con mi hijo y estaba tan fichada como él [...] el partido lo sacó a él pero no a mí"[106].

En este campo de lucha por los derechos y la libertad sexual también se ha constatado el trabajo de la militancia comunista, participando de manera activa en el movimiento LGTBI. Ya en 1977, un grupo de militantes del PCE fundaron en Madrid el Movimiento Democrático de Homosexuales, una de las primeras organizaciones que reivindicaba sus derechos y luchaba contra la homofobia[107]. Al año siguiente, es el PCE quien presenta la enmienda a la proposición de ley para modificar la legislación de peligrosidad social formulada por el PSOE que aún criminalizaba a los colectivos LGTBI[108]. Era la primera ocasión en la que un partido político defendía que la homosexualidad dejara de ser ilegal.

En julio de 1986 el PCE celebra las primeras jornadas sobre la cuestión homosexual, organizadas por su Comisión Gay y el Área de Movimientos Sociales del Comité Central. Al año siguiente, el trabajo del PCE y de IU en el Congreso, haciéndose eco de la demanda del movimiento LGTBI, permitió la eliminación de las fichas policiales generadas por "homosexualidad masculina o femenina". En Segovia, en los años noventa, la UJCE crea el área de

antisexismo, liderada por José Luis Suárez, pionero en los derechos de gais y lesbianas. Fue el primero en aparecer en la televisión provincial manifestando su homosexualidad.

En 1994, IU lanza la proposición de ley sobre protección social, económica y jurídica de la pareja que por primera vez reconoce a las del mismo sexo. En 1999 es IU quien realiza la primera proposición no de ley sobre el derecho de las personas transexuales a cambiar de sexo y en 2002 la primera propuesta de modificación del Código Civil para conseguir el objetivo del matrimonio igualitario. Cuando esta cuestión se aprueba en 2005, es IU quien defiende el derecho a la adopción de estas parejas. Igualmente, en 2005 es IU quien realiza la primera propuesta para exigir indemnizaciones a las personas represaliadas antes de la Constitución del 78 por razón de su orientación sexual e identidad y expresión de género y quien propone incluir la cirugía de reasignación y los tratamientos sanitarios en el catálogo de prestaciones sanitarias de la Seguridad Social.

Desde entonces han sido continuas las iniciativas parlamentarias en este sentido: sobre la celebración de matrimonios entre personas del mismo sexo en los consulados, así como relativas a la atención a la diversidad afectivo-sexual y contra la LGTBIfobia en el sistema educativo y en el deporte, en la aprobación de una ley integral contra ello y por el respeto a la diversidad en torno a la orientación sexual y la identidad y expresión de género.

El PCE e Izquierda Unida han presentado leyes autonómicas de igualdad en Andalucía, Galicia, Aragón, Extremadura, Valencia y Cataluña, logrando la aprobación de legislaciones pioneras como la ley integral para la no discriminación por motivos de identidad de género y reconocimiento de los derechos de las personas transexuales de Andalucía. Desde las labores de gobierno, en 2021 se participó en la elaboración del anteproyecto de la ley para la igualdad real y efectiva de las personas transexuales y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI conocida como "ley trans". Esta nueva norma permitirá, entre otras mejoras, que a partir de los catorce años puedan cambiar de sexo las personas que así lo demanden para hacer corresponder el sexo sentido con el sexo biológico.

Las organizaciones pioneras en materia de memoria democrática se fundaron a finales de los noventa. Archivo, Guerra y Exilio (AGE), que focaliza su actuación en la reivindicación de los guerrilleros antifranquistas, y la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (AABBII), ambas

fundadas, entre otras personas, por Dolores Cabra. Pero su máxima difusión llegaría con el desarrollo del movimiento memorialista. La primera exhumación del siglo XX, en Priaranza del Bierzo, León, en octubre de 2000, dio origen a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. Con ella nacía el movimiento memorialista. Los familiares ya habían empujado a los ayuntamientos democráticos desde 1979 a realizar las primeras exhumaciones pero no hubo ningún impulso estatal ni autonómico y la iniciativa quedó rápidamente paralizada[109]. Un tácito "pacto de silencio" dejó aparcada la memoria de los represaliados del franquismo. Sobre el papel que desempeñaron los comunistas en este proceso hay opiniones divergentes. Hay quien señala que el PCE participó de esa decisión y quien, por el contrario, considera que fue una cuestión de prioridades políticas y recuerda la multitud de actividades realizadas. Lo cierto es que no se insistió en las exhumaciones como reivindicación básica. La conmoción del proceso al dictador chileno Augusto Pinochet, detenido en 1998 en Londres por orden del magistrado Baltasar Garzón, conmovió la conciencia universal por la impunidad de los crímenes de lesa humanidad y, paradójicamente, abrió el debate de la memoria en España, algo que acabaría por costarle la carrera a su protagonista. Izquierda Unida, a través del área federal de derechos humanos que coordinaba el dirigente de Izquierda Republicana, Isabelo Herreros, fue uno de los querellantes en ese proceso; dos abogados comunistas, Virginia Díaz y Enrique Santiago, este último secretario general del PCE en la actualidad, tuvieron un papel esencial en el desarrollo de la acusación.

A partir del año 2000, los nietos de los fusilados en la guerra iniciaron un movimiento para recuperar los restos y con ellos la memoria de sus familiares antifascistas. La exhumación de Priaranza despertó y aunó una necesidad de buscar referentes en las familias o averiguar qué les había sucedido a los que desaparecieron en la guerra. El respaldo mediático, inicialmente desde *El País* y la Cadena Ser y rápidamente desde los medios locales de los lugares de las exhumaciones (prensa escrita, radio y televisión), multiplicó el impacto en la ciudadanía. En el marco de la segunda legislatura de José María Aznar, la de la mayoría absoluta, la memoria histórica se convirtió en un frente más contra el Gobierno del PP. La proliferación de secciones provinciales de ARMH, u otras asociaciones por todo el país, hizo pensar al PCE que este era un movimiento necesario. Primero se constituyó la Comisión Estatal de Memoria

Histórica del PCE con veteranos de la guerra y de la guerrilla. Entre otros, Sixto Agudo, Francisco Martínez, Quico, y José Murillo, Comandante Ríos, junto con Victoria Ramos, responsable del Archivo Histórico del PCE. Pronto el partido valoró la necesidad de crear una asociación específica para la que se mandató a José María Pedreño. Su sensibilización con los represaliados del franquismo se produjo en la mili por estar destinado en el Tribunal Militar de Sevilla. Allí tuvo que hacer los informes requeridos para que obtuvieran las pensiones las viudas de los militares republicanos fusilados por Queipo de Llano durante la guerra[110]. Además, Pedreño había participado como voluntario en alguna de las exhumaciones de la recién creada ARMH.

La primera reunión de la nueva asociación —el Foro por la Memoria— fue en el otoño de 2002. El primer foro territorial en crearse fue el de Segovia, donde desde enero de 2000 el PCE había recopilado información para preparar un homenaje a todos los represaliados del franquismo en la provincia y una exposición sobre la Segunda República. Curiosamente, el núcleo organizador estaba en contacto con ARMH para crear la delegación de la delegación provincial de la asociación, pero no fueron autorizados por su militancia mayoritaria en el PCE. De esta manera, lo que estaba llamado a ser ARMH de Segovia se convirtió en Foro por la Memoria.

A partir de entonces hubo dos grandes asociaciones estatales, con ramificaciones autonómicas, provinciales o locales. La principal diferencia entre ambas organizaciones radicaba en que, mientras ARMH se centraba principalmente en la recuperación de los restos físicos de los fusilados y su entrega a los familiares, el Foro por la Memoria incidía en la "judicialización". Mediante la denuncia ante los juzgados correspondientes, pretendía la demostración de que habían sido asesinados y que su muerte se integraba en un plan de ámbito estatal. No eran crímenes aislados. La judicialización se acompañaba de la reivindicación de la memoria de los fusilados, del por qué habían sido asesinados, qué ideas defendían, para homenajearlos con sus banderas y sus himnos correspondientes: *La Internacional* para socialistas y comunistas, *A las barricadas* para los anarquistas y el *Himno de Riego* para los republicanos y para todas las víctimas, pues todas habían defendido la bandera tricolor. Entre las numerosas exhumaciones realizadas destacan la primera en Otero de Herreros (Segovia) durante el verano de 2003, Santaella (Córdoba) en 2004 y Menasalbas (Toledo) en 2010. En todas ellas se seguía un protocolo

—realizado por un equipo de historiadores, arqueólogos, abogados y psicólogos — que pautaba todas las actuaciones.

Las actividades de los foros por la memoria —a los que se fueron incorporando activistas independientes o de otras militancias ajenas al PCE— no se limitaban a las exhumaciones, que eran las acciones más mediáticas. También organizaron congresos, como el de víctimas del franquismo organizado por la Comunidad de Madrid junto a la Universidad Complutense de Madrid, homenajes a los represaliados, recogida de testimonios, exposiciones divulgativas sobre la Segunda República para explicar por qué la defendieron durante la guerra, la represión franquista originada con la sublevación militar, las cárceles franquistas o incluso la violencia política en la retaguardia republicana[111]. Se explicaban las características y los mecanismos represivos, las víctimas y los verdugos, así como las diferencias entre la violencia prevista, planificada y dirigida por los militares sublevados desde una dictadura frente a la violencia de respuesta popular ante un golpe de Estado, que no estaba prevista, ni planificada ni dirigida, por las autoridades republicanas que mantuvieron las instituciones democráticas durante todo el conflicto.

Entre las consecuencias positivas del movimiento memorialista destaca la reivindicación de verdad, justicia y reparación, premisas establecidas por las Naciones Unidas para los procesos transicionales posteriores a guerras o dictaduras. También, a nivel interno, la compensación y el reconocimiento a los represaliados del partido, miles de militantes de base fusilados, presos, expulsados de su puesto de trabajo, desde el 17 de julio de 1936 y hasta las primeras elecciones democráticas de 1977. Los homenajes se extendieron por todo el país. Por fin les llegaba el merecido reconocimiento a los militantes anónimos. No menos importante ha sido la recuperación para el partido de la bandera republicana, sacrificada en 1977 por el PCE junto a la aceptación de la monarquía. Todas las actividades de memoria democrática han estado presididas por la bandera de la democracia derribada por Franco y defendida por los luchadores antifranquistas. Aunque el PCE no ha dejado nunca de ser republicano, tardó en recuperar su utilización. En la actualidad preside sus reuniones y actos públicos.

Frente al crecimiento del movimiento memorialista que recuperaba la defensa del sistema democrático de la Segunda República, la derecha en el poder fomentó y alentó el revisionismo histórico a través de sus medios afines,

cuyo mayor exponente fue y es Pío Moa. Una primera entrevista en TVE en febrero de 2003 sirvió de puesta de largo. Sus aportaciones historiográficas son nulas, puesto que no hace más que resucitar las tesis franquistas del historiador oficial de la dictadura, Ricardo de la Cierva, totalmente refutadas por los expertos. De aquellos polvos vienen los lodos de hoy, con una derecha echada al monte empujada por VOX y por la falta de aceptación democrática cuando son desalojados del poder, como ya demostraron con la victoria del Frente Popular en 1936, con la victoria de Zapatero en 2004, con la moción de censura de 2018 contra Rajoy y las victorias electorales de 2019. De ahí la vigencia de los argumentos franquistas entre la derecha y un importante sector que ha resucitado el más rancio nacionalismo español. No aceptan —porque no quieren aceptar— que la Segunda República fue un sistema democrático, con una Constitución, con elecciones libres y quienes obtenían mayorías parlamentarias gobernaban como sucede en la actualidad.

Podríamos completar esta visión con una referencia a muchos otros movimientos sociales. El espacio no nos lo permite. Hemos reflejado tan solo unos ejemplos de lo que es la idea central que queremos transmitir: la de un partido de militantes que, a pesar de los cambios de los últimos años, mantiene su implicación en los movimientos sociales como seña de identidad.

CAPÍTULO 6

UN FANTASMA RECORRE EUROPA

Abren la puerta,
el cáliz,
la generosa pulpa refrescante
del fruto. No preguntan pero te dan su techo,
limpian
del polvo la almohada,
mecen
la paz de tu descanso y en la mesa
brilla más la caricia del mantel.
Cuando te miran,
alguna espiga ríe, sus palabras
llevan brisa o arena que envuelve,
según su propio ritmo, y el tamaño
de sus abrazos colma
la más ebria
medida
de un corazón hambriento.
Tienen
todos el mismo nombre: camarada.

Carlos Álvarez Cruz
Dios te salve, María… y algunas oraciones laicas
(dedicatoria a manera de epílogo)

Hemos elegido para encabezar la conclusión de este libro el poema de Carlos Álvarez dedicado a la militancia. Es un autor que, como hemos visto a lo largo de esta exposición, representa el arrojo y la grandeza moral de quienes se arriesgaron a dar un paso adelante en los momentos más difíciles y sin pedir nada a cambio. La entrevista se realizó en su propia casa, en el centro de Madrid, el lugar donde nos relató cómo fue detenido en una de las sucesivas ocasiones en que sufrió la represión del régimen franquista y donde hoy su dueño hace todo lo posible para que se marche y de esta forma sacar más jugo a su propiedad en el libre mercado inmobiliario. El sentido de su poema es inequívoco, la solidaridad de los que se empeñan en una lucha colectiva prefigura el objetivo de una sociedad fraternal, de iguales. No hay futuro sin compromiso. Quién sabe si sus camaradas jóvenes, que es muy probable que desconozcan su historia y su obra, se movilicen para detener un desahucio

más. El hilo rojo a veces se sumerge en el mar de los acontecimientos cotidianos, se embrolla en nudos que parece imposible desenredar, pero ahí está.

Muchas de las experiencias vividas por la militancia en la lucha contra la dictadura han sido recogidas en los últimos años por una gran cantidad de libros de historias de vida y de memorias de los protagonistas. Unos reivindican su militancia unida a una coyuntura vital de jóvenes revolucionarios e idealistas; otros, por tener familiares que habían sido represaliados como una especie de empeño personal para luchar contra sus verdugos y a veces por ver las injusticias cometidas y tener la idea de enfrentarse contra el fascismo. El denominador común en todos ellos fue que militar y combatir dentro del PCE les caracterizó y conmocionó para el resto de sus vidas y en muchos casos la satisfacción de haber sido militantes comunistas, convencidos de sus ideales, se prolongaba hasta la actualidad. Hemos destacado cómo esta lucha, que ocupa más de un tercio de la historia del comunismo en España, forma parte de su imaginario colectivo. Más allá de lo que supuso, sigue vigente su potencial movilizador. Muchos de los retos pendientes del presente tienen que ver con rémoras culturales, políticas y económicas del franquismo.

Aquellas vidas fueron muy sacrificadas en muchos sentidos: años de cárcel y falta de libertad, familias desestructuradas sin haber disfrutado de ellas, la muerte de seres queridos, desengaños personales por la actitud de ciertos dirigentes y, en algunos casos, con el sentimiento de abandono por parte del partido. Sin embargo, el sentirse comunista y pertenecer a una organización histórica y simbólica como fue el PCE les facilitó una percepción y un sentido vital por la experiencia desarrollada. Todo esto aparece en los recuerdos y en la memoria de las personas que la protagonizaron[112]. Como expresó el histórico militante Marcos Ana, Fernando Macarro, con las reflexiones finales de su delicioso *Decidme cómo es un árbol*:

> Hoy cargado de años y de heridas, unas tristes y otras luminosas, con mi espalda reclinada en el atardecer del otoño "podría decir" frente a las obligaciones que aún siguen exigiéndome: dejadme ahora el resto que me queda para vivir o desvivirme, dueño de mi tiempo, egoísta por primera vez, encerrado en mi pellejo sin la más leve porosidad. Dejadme andar por dentro de mí mismo, recuperar los paisajes perdidos o los sueños que nunca se hicieron realidad… Pero no tengo derecho ni a pensarlo. La vida y la lucha por un mundo más justo continúan. Y solamente el que se excluye se siente verdaderamente solo. He vivido la vida que he preferido vivir, la vida dura pero noble de un revolucionario. Y a pesar de los naufragios sufridos y las decepciones que la lucha y la vida a veces nos deparan, si mil veces naciera, mil

veces volvería a ser lo que soy y a pensar como pienso[113].

Las pretensiones de muchos militantes antifranquistas quedaron en el olvido y en la amnesia colectiva por la coyuntura histórica vivida. Ante la memoria silenciada por la dictadura de la lucha protagonizada por aquellos miles de mujeres y hombres, los autores de este libro consideramos que hay que reivindicar su identidad, su memoria histórica y la historia de sus vidas, sacarlas del anonimato. Unos militantes represaliados y reprimidos, social, política, cultural e ideológicamente, que han ido saliendo del ostracismo para contarnos su conciencia política y la idea de que no querían vivir en un país donde hubiera una dictadura tan represiva como fue la franquista y con postulados fascistas. Contar sus vivencias individuales, o formando parte de un colectivo político como fue el PCE, ayuda a construir una sociedad mejor y plasmar las reivindicaciones que llevan años instando a los políticos actuales.

La lectura de sus testimonios nos sirve para comprender las trayectorias de aquellos militantes y conocer sus motivaciones para trabajar en la clandestinidad contra Franco y la Falange. Fue el paso de una generación a otra de familiares y descendientes con sus largos silencios, de personas que no conocieron a sus padres ni a sus abuelos dentro del mutismo familiar, ayudado por el denominado "franquismo sociológico", en muchas ocasiones llenos de traumas y dificultades personales por no saber qué pasó con el ser querido, incomprensiones de por qué pasó todo, qué ocurrió con tal víctima o con aquel represaliado, la búsqueda de interrogantes que se han ido aclarando y resolviendo con el paso de los años. Por ello, es necesario el conocimiento de las trayectorias vitales de estos y muchos más comunistas, luchadores de unos principios de libertad y democracia, y la reivindicación de sus memorias, de sus historias de vida y la identidad de sus vivencias. Esta exposición de conjunto que narra la historia de la militancia en el PCE nos reafirma en nuestra convicción de que no puede entenderse la fuerza de este compromiso sin desentrañar sus raíces, sus momentos más dramáticos, con sus luces y sus sombras.

Comunistas contra Franco. El título que hemos escogido para este relato hace también referencia a un debate muy actual por la intensidad de la campaña de quienes intentan blanquear la dictadura en nuestros días. Porque no se puede reivindicar el régimen franquista sin cuestionar el valor de quienes resistieron a su injusta dominación. La escalada verbal de la extrema

derecha desde un anticomunismo visceral en boga en la caverna historiográfica, mediática y política parece no tener límite. Defender hoy el legado de los miles de mujeres y hombres valientes que supieron sobreponerse al conformismo y las amenazas es la mejor forma de combatir por una democracia plena.



Reunión de la organización "Mujeres contra la Guerra y el Fascismo", Madrid, 15 de julio de 1934,
Archivo Histórico del PCE (AHPCE).



"Pioneros marxistas" en la manifestación del 1 de mayo de 1936 en Segovia,
archivo personal de Modesta Arroyo Tomé.



Manifestación de comunistas de la Administración de Justicia en la calle Génova, Madrid, 1936, AHPCE.



Manifestación, en la calle Génova, de mujeres del Radio Comunista de Chamberí en homenaje al Batallón
Femenino Rosa Luxemburgo, 7 de noviembre de 1936, AHPCE.



Venta de prensa comunista en París en los primeros años del exilio, AHPCE.



Comunistas españoles que trabajaban en plena Segunda Guerra Mundial en la tala de árboles del departamento francés de L'Aude para la Sociedad de Explotación Forestal Fernández Valledor, luego denominada Entrepise Forestière du Sud Ouest, muchos de ellos, miembros de la Resistencia



El blindado "Guadalajara", en el Bois de Boulogne, participó en la liberación de París
con la "La Nueve" de la División Leclerc, 26 de agosto de 1944, AHPCE.



Taller de costura de la Prisión Central de Mujeres de Alcalá de Henares; entre las presas,
se encuentra la comunista Cecilia Cerdeño, 1942, AHPCE.



Prisión Central de Mujeres de Saturarrán, Guipúzcoa, 1942, Asociación de Expresos
y Represaliados Políticos Antifranquistas (AERPA).



Prisión Central de Mujeres de Alcalá de Henares; la primera por la izquierda es Soledad Real
y la segunda, desde la derecha, Manolita del Arco, AERPA.



Prisión Provincial de Segovia, 1944; sentados, desde la izquierda, los hermanos Revenga Velasco, Isidro (primero) y Silverio (cuarto), archivo personal de Rocío y Julia Revenga.



Prisión Central de Mujeres de Segovia; en la primera fila, desde la izquierda: Faustina Romeral, Pilar Claudín, María Salvo, Antonia García, Juana Doña y Pilar Cervantes; en la segunda fila: Vicenta Camacho, Paquita Bustillo y Alfonsa Sánchez; en la tercera fila: Consuelo García, Luisa Barahona, Cecilia Cerdeño, Elvira Castillejos, Balbina Torres y Clementina Vargas; el primer niño es Luis Roncero Doña y el segundo, Alexis Mesón Doña, 1948, archivo personal de Alexis Mesón.



Prisión Central de Burgos; en la primera fila: José Cobos, José Casas y Jaime Anda; sentados: Félix Hidalgo y Antonio Sastre, 1948, archivo



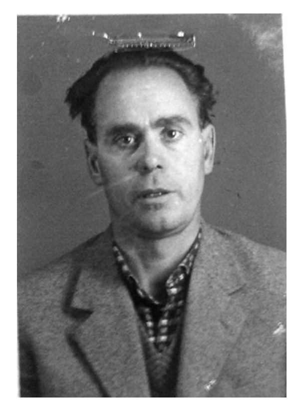
Prisión Central de Burgos; Ignacio López Maroto, el último de la derecha, sosteniendo a una niña, 1950, archivo personal de Ignacio López Maroto.



Juana Doña en la cárcel de mujeres de Guadalajara, 1951, archivo personal de Alexis Mesón.



Prisión Central de Burgos, visita del músico José Iturbi a los presos políticos, 27 de diciembre de 1957, archivo personal de Fernando Nacarino.



Gervasio Puerta García, foto de su detención en 1964, archivo personal de Carlos Fernández.



"Mujeres de preso" de visita a la Prisión Central de Burgos, 1964, entre ellas: Antonia, compañera de Antonio Rosal; Luisa G. Barona, comp. de Gregorio Ortiz Ricoll; comp. de Cea; Victoria Rodríguez, sobrina de Tranquilino y Gervasio Puerta; comp. de Lerma; Margarita del Arco, comp. de Ángel Martínez; comp. de Llopis; comp. de Fidel Arco; sentadas: Diane Cano, comp. de Tranquilino Sánchez; comp. de Agustín



Cárcel de Soria en 1967, entre los presos: Jesús Martínez de Velasco, Ramón García Cotarelo, Víctor Díaz Cardiel, Luis Antonio Gil López, José Sandoval y Timoteo Ruiz, archivo personal de Víctor Díaz Cardiel.



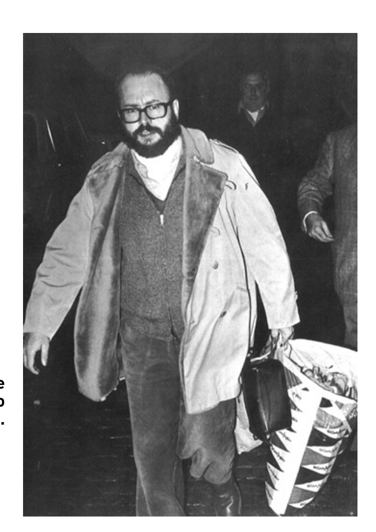
José Sandoval, Víctor Díaz Cardiel y Marcelino Camacho en la cárcel de Segovia, 24 de septiembre de 1970, día de La Merced, archivo personal de Víctor Díaz Cardiel.



Manifestación en París contra el Proceso 1001, 1973, AHPCE.



París, manifestación en mayo de 1968, Pablo Iglesias Núñez sostiene una pancarta de mano de la CGT francesa, archivo personal Pablo Iglesias Núñez.



Carlos Álvarez, salida de prisión en 1975, archivo personal de Carlos Álvarez.



Pancarta por la legalización del PCE, AHPCE.



Maximiliano Antequera en un acto por la legalización del PSUC en Blanes, Girona, abril de 1977, archivo personal de Maximiliano Antequera.



Celebración de la legalización del PCE, 9 de abril de 1977, AHPCE.



Isabel Sanz Toledano, con José Antonio Labordeta y su marido Pedro Dicenta, junto al monumento a Joaquín Dicenta en Zaragoza, archivo personal de Isabel Sanz Toledano.



Paquita Martín, manifestación en defensa de las pensiones, 2018, Archivo Núcleo del PCE de Chamberí.



Primer acto del Foro por la Memoria, homenaje a los militantes del PCE represaliados; de izquierda a derecha: Nicolás Berzal, Liborio López, Juan Quinzano, Agapito Galindo y Mariano Martín, IES Mariano Quintanilla, 22 de noviembre de 2002.



Caseta en las fiestas de Aluche, Madrid, junio de 2013, aparece cartel solidario con los trabajadores despedidos de Coca Cola. En la imagen, entre otros, Sabina Rodríguez y Estrella Aranda, Archivo Núcleo del PCE de Latina.



Homenaje a las Trece Rosas en el Cementerio del Este, La Almudena, Madrid, 5 de agosto de 2021,
Área de Memoria del PCE de Madrid.



Homenaje a los presos de Carabanchel, 13 de junio de 2021, Madrid, Área de Memoria del PCE.

NOTAS

1 . María Teresa León: *Memoria de la melancolía*, prólogo de Benjamín Prado, Biblioteca María Teresa León, Sevilla, Renacimiento, 2020, p. 82.

2 . Carlos Fernández Rodríguez: *Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020.

3 . Ignacio Hidalgo de Cisneros: *Cambio de rumbo*, Barcelona, Laia, 1977, volumen 2, pp. 206-211.

4 . *Historia del Partido Comunista de España*, obra colectiva de una comisión del comité central del PCE presidida por Dolores Ibárruri y compuesta por Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval, París, Éditions Sociales, 1960, p. 16. Este manual recibió muchas críticas por su unilateralidad y sus lagunas, aunque es una buena fuente de información para conocer el discurso público del PCE.

5 . Vicente Uribe: *Memorias de un ministro comunista de la República*, edición de Almudena Doncel López y Fernando Hernández Sánchez, Sevilla, Renacimiento, 2019, pp. 49-50.

6 . Óscar Pérez Solís: *Un vocal español en la Komintern y otros escritos sobre la Rusia soviética*, edición de Steven Forti, Sevilla, Renacimiento, 2018, pp. 188-189.

7 . Óscar Pérez Solís: *op. cit.*, p. 192.

8 . Dolores Ibárruri: *El único camino*, Zaragoza, Ebro, s/f, p. 93.

9 . Vicente Uribe: *op. cit.*, p. 63.

10 . Manuel Tagüeña Lacorte: *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 2005, p. 36.

11 . *Historia del Partido Comunista de España*, p. 77.

12 . Irene Falcón: *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, p. 87.

13 . Fernando Hernández Sánchez: *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil, Barcelona,* Crítica, 2010, pp. 237-254.

14 . Eduardo Abad García: "Viento del este. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)", *Hispania Nova*, nº 19, 2021, pp.196-228.

15 . Carlos Fernández Rodríguez: *op. cit.*, pp. 18-29; David Ginard Ferón: "Sobre héroes, mártires, tumbas y herejes. Culturas militantes de los comunistas españoles (1939-1962)", en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (editores): *Nosotros los comunistas*, Sevilla, FIM-Atrapasueños, 2009, pp. 43-91.

16 . Entrevistas realizadas por el autor a Isabel Sanz Toledano (12 de enero de 2007), a Luis Berlinches Raso (22 de enero de 2001), a José Perón Rodríguez (3 de agosto de 2005), a Ignacio López Maroto (20 de julio de 2006), a Juana Doña Jiménez (1 de diciembre de 2000). Entrevista realizada por Cristina

Casas Sastre a su abuelo Antonio Sastre López (14 de marzo de 2021) y entrevista a Matías Esteban Franco (10 de julio de 2008) en el marco del proyecto Spanish Civil War Memory Proyect, Universidad de California, San Diego, en http://libraries.ucsd.edu/speccoll/scwmemory/about-esp.html (última consulta, mayo 2021).

17 . Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Represión Franquista, Procesos, caja 45, carpeta 45/7.

18 . Entrevista del autor a Isabel Sanz Toledano (25 de enero de 2001), a Gabriel Aguilera Gómez (16 de enero de 2001) y a Concha Carretero Sanz (10 de enero de 2007).

19 . Entrevistas realizadas por el autor a Isabel Sanz Toledano (25 de enero de 2001), a Gabriel Aguilera (16 de enero de 2001), a Luis Berlinches (22 de enero de 2001), a Juana Doña (1 de diciembre de 2000), a Francisco Corrais (5 de octubre de 2004), a Ignacio López Maroto (el 20 de julio de 2006) y a Concha Carretero (10 de enero de 2007). Entrevista realizada por Cristina Casas Sastre a su abuelo Antonio Sastre López (14 de marzo de 2021) y entrevistas realizadas a Gervasio Puerta (3 de julio de 2008) y a María Salvo (14 de julio de 2009 y 29 de junio de 2010) en el proyecto Spanish Civil War Memory Proyect, Universidad de California, San Diego, en http://libraries.ucsd.edu/speccoll/scwmemory/about-esp.html (última consulta en mayo de 2021).

20 . Carlos Fernández Rodríguez: "La actividad represora contra la militancia comunista en el Madrid de posguerra", en *Represión franquista en Madrid. Contra la impunidad del franquismo*, Memòria Antifranquista del Baix Llobregat, nº 20, 2020, pp. 33-37.

21 . Entrevistas realizadas por el autor a José Perón Rodríguez (3 de agosto de 2005) y a Juana Doña (15 de diciembre de 2001). Entrevista realizada por Cristina Casas Sastre a su abuelo Antonio Sastre López (14 de marzo de 2021). Carlos Fernández Rodríguez: *La lucha es tu vida. Retrato de nueves mujeres combatientes republicanas*, Fundación Domingo Malagón, 2008, pp. 146-147. Armando G. Tejeda: "Pilar Claudín, una vida contra la injusticia" en *La Jornada Virtual*, México DF, lunes, 22 de abril de 2002.

22 . Entrevistas realizadas por el autor a Vicenta Camacho Abad (20 de abril de 2012) y a Timoteo Ruiz Sánchez (28 de septiembre de 2006). Entrevistas realizadas a Gervasio Puerta (3 de julio de 2008), a Matías Esteban Franco (10 de julio de 2008) y a Gregorio Ortiz Ricoll (16 de julio de 2008) en el proyecto Spanish Civil War Memory Proyect, Universidad de California, San Diego, en http://libraries.ucsd.edu/speccoll/scwmemory/about-esp.html (última consulta en mayo de 2021).

23 . Falcón, Irene: *op. cit.*, p. 380.

24 . Entrevistas realizadas por el autor a Isabel Sanz Toledano (12 de enero de 2007), a Juana Doña (15 de diciembre de 2001) y a Concha Carretero Sanz (10 de enero de 2007).

25 . Entrevistas realizadas por el autor a Isabel Sanz (12 de enero de 2007), a Francisco Corrais (5 de octubre de 2004), a José Perón (3 de agosto de 2005) a Ignacio López Maroto (20 de julio de 2006) y a Timoteo Ruiz Sánchez (28 de septiembre de 2006) y entrevistas realizadas a Gregorio Ortiz Ricoll (16 de julio de 2008) y a Vicenta Camacho Abad (18 de mayo de 2009) en el proyecto Spanish Civil War Memory Proyect, Universidad de California, San Diego, en http://libraries.ucsd.edu/speccoll/scwmemory/about-esp.html (última consulta en mayo de 2021).

26 . Para este capítulo, han contribuido con su testimonio María Jesús Gómez Holgado, que desarrolló su actividad militante en Morón, Sevilla. Valeriano Sosa Rodríguez, sevillano que militó activamente en Madrid en el ámbito estudiantil y, más adelante, como médico y profesor universitario. Pablo Iglesias Núñez, miembro de una reconocida familia comunista gallega y que comenzó su militancia en el exilio francés. Maximiliano Antequera Barbero (Maxi), nacido en el pueblo granadino de Lobras pero que desarrolló su actividad política en el PSUC de la comarca de Blanes. Salvador Jové i Peres, también del PSUC y una persona clave en el movimiento estudiantil catalán, experto por tradición familiar y por vocación en temas agrarios. Francisco Martínez López (Quico), leonés, guerrillero y más tarde activista en el exilio francés, que reside en la actualidad en Alicante. Luis Gracia de la Santísima Trinidad, un afiliado madrileño del distrito de Tetuán en los últimos años del franquismo. José Esteban Gonzalo, una persona clave en la organización de los primeros despachos laboralistas en Madrid y en la movilización del mundo de la cultura contra la dictadura. Carlos Berzosa Alonso-Martínez, economista y militante del PCE en el ámbito universitario. Carlos Álvarez Cruz, poeta y referente en la militancia cultural antifranquista. Angelita Cuevas Fonseca, asturiana, organizadora de Comisiones Obreras en El Corte Inglés. Francisco Lauriño, minero asturiano. Marta Llames Barreñada, afiliada durante la transición en la localidad asturiana de Sotrondio. Julio Martínez Flórez, médico, afiliado al PCE en la Universidad de Zaragoza al final del franquismo. Juana Clavero Molina, extremeña que desarrolló su compromiso en Comisiones Obreras y el PCE en Euskadi y en La Rioja. Las entrevistas tuvieron lugar entre marzo y julio de 2021.

27 . Como señala Francisco Erice en su presentación a la declaración "Por la Reconciliación Nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español", se trata de uno de los documentos más importantes de la historia del PCE. Debe situarse en el contexto de los cambios en la política del partido, progresivamente desarrollados desde el V Congreso, pero incluso dentro de esa línea de continuidad, la misma formulación que en 1956 se utiliza y la propuesta que transmite suponen un auténtico punto de inflexión. A partir de ese momento y hasta el final del franquismo, la "reconciliación nacional" se mantiene como "lenguaje" del PCE de manera más o menos permanente, con una notable flexibilidad y capacidad de adaptación a las sucesivas coyunturas. Véase https://www.mundoobrero.es/pl.php?id=11517 (última consulta, 1 de julio de 2021).

28 . Una explicación detallada de esta decisión se recoge en la entrevista realizada para el documental *Parias de la tierra*, realizado con motivo del centenario del PCE. La cita se extrae de Miguel Ángel Peña Muñoz en *Nuestra Historia*, nº 10, 2020, pp. 209-214.

29 . Mercedes Núñez Targa: *El valor de la memoria. De la cárcel de Ventas al campo de concentración de Ravensbrück*, Sevilla, Renacimiento, 2016.

30 . María Luisa Suárez Roldán: *Recuerdos, nostalgias y realidades. Sobre la defensa de las víctimas del franquismo*, Albacete, Bomarzo, 2011, p. 114.

31 . Mario Amorós: *El hilo rojo. Memorias de dos familias obreras*, Universitat de València, 2012, pp. 82-84.

32 . Mario Amorós: *op. cit.*, pp. 109.

33 . Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir), Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landrín, Emilio Criado Herrero, Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va, *Una juventud en tiempo de dictadura. El Servicio Universitario del Trabajo (SUT)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021.

34 . Alfonso Martínez Foronda: *La lucha del movimiento obrero en Granada. Por las libertades y la democracia. Pepe Cid y Paco Portillo: dos líderes, dos puentes*, Fundaciones de Estudios Sindicales, Archivo Histórico de CC. OO. A, 2012, p. 296.

35 . Fernando Claudín: *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, segunda edición, p. 131-132.

36 . Mario Amorós: *op. cit.*, pp. 130-131.

37 . *Historia del Partido Comunista de España*, pp. 218-220.

38 . CC. OO.: *Tiene la palabra Marcelino Camacho, sindicalista*, Madrid, 2010, p. 25.

39 . Entrevista publicada en http://ricardpsucblanes.blogspot.com/2010/01/text-de-lentrevista-maxi-antequera.html (última consulta, 1 de julio de 2021).

40 . Mario Amorós: *op. cit.*, pp. 94-95.

41 . CC. OO.: *Tiene la palabra Marcelino Camacho, sindicalista*, Madrid, 2010, p. 13.

42 . Alfonso Martínez Foronda: *op. cit.*, p. 163.

43 . María Luisa Suárez Roldán: *op. cit.*, pp. 123-124 y 134-135.

44 . CC. OO.: *Tiene la palabra Marcelino Camacho, sindicalista*, Madrid, 2010, p. 13.

45 . María Luisa Suárez Roldán: *op. cit.*, pp. 159-160.

46 . María Luisa Suárez Roldán: *op. cit.*, p. 90.

47 . Archivo Histórico Nacional, Boletín Informativo de la Comisaría General de Investigación Social, informe del 22 de noviembre de 1961.

48 . Francisco Arriero Ranz: *El movimiento democrático de mujeres, del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista: Ideología, identidad y conflictos de género*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015. *El Movimiento Democrático de Mujeres. Antecedentes históricos. MDM Castilla y León* (wordpress.com), consultado el 6 de julio de 2021.

49 . Giuliana Di Febo: *Resistencia y movimiento de mujeres en España. 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979, pp. 158-160.

50 . Testimonio de Josefina Samper.

51 . Archivo Primero de Mayo: *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 15, Ana Sirgo Suárez.

52 . Francisco Fernández Buey: "Los movimientos estudiantiles en España", en Gregorio López Raimundo, *Artífices del cambio*, Barcelona, Ediciones la Tempestad, 2008, pp. 95-99.

53 . Francisco Martínez López (Quico): *Guerrillero contra Franco. Guerrillero contra el olvido*, Madrid, Latorre Literaria, 2011, p. 210.

54 . Mario Amorós: *El correo del exilio. Cartas a Radio España Independiente (1962-1964)*, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2014.

55 . Juan Andrade y Julio Anguita: *Atraco a la memoria. Un recorrido histórico por la vida política de Julio Anguita*, Madrid, Akal, 2015, p. 61.

56 . Mario Amorós: *op. cit*., p. 114.

57 . María Luisa Suárez Roldán: *op. cit*., p. 120.

58 . Mario Amorós: op. cit., pp. 107-109.

59 . Entrevista publicada en http://ricardpsucblanes.blogspot.com/2010/01/text-de-lentrevista-maxi-antequera.html (última consulta, 1 de julio de 2021).

60 . María Luisa Suárez Roldán: *op. cit*., pp. 88-89.

61 . Mario Amorós: *Novelda. La transición en la memoria (1971-1979)*, Alicante, Edicions Novelda, 2009, pp. 68-9.

62 . Mario Amorós: *op. cit*., pp. 156.

63 . CC. OO.: *Tiene la palabra Marcelino Camacho, sindicalista*, Madrid, 2010, p. 16-17.

64 . Carta de Silvio Rodríguez a Enrique Santiago, secretario general del PCE, La Habana, 3 de julio de 2021.

65 . Mario Amorós: *op. cit*., pp. 178-179.

66 . Luis Ramiro: "Crisis y adaptación organizativa del Partido Comunista de España y creación y evolución de Izquierda Unida", en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE*, revista *Papeles de la FIM*, nº 24, 2ª época, 2006, 1er semestre, Fundación de Investigaciones Marxistas.

67 . Francis Fukuyama: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

68 . Luis Enrique Otero: "Izquierda Unida, un dilema imposible", en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE, revista Papeles de la FIM*, nº 24, 2006, 1er semestre, Fundación de Investigaciones Marxistas.

69 . Archivo Primero de mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO*., BIO 100, Ezequiel Adsuar Casado, C. 5.

70 . Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (AFOHSA), testimonio de Manuel Alonso González.

71 . AFOHSA, testimonio de Ángel Ramiro Álvarez Morán.

72 . Entrevista a Yenia Camacho Samper, 5 de junio de 2021.

73 . Entrevista a Antonio Palomares Vinuesa, AHPCE.

74 . Entrevista a Yenia Camacho Samper, 5 de junio de 2021.

75 . Entrevista a Carlos Alejo Casado, 26 de mayo de 2021.

76 . Entrevista a Estrella Aranda Osoijo, 8 de junio de 2021.

77 . Entrevista a Marian Serrano Hermo, 14 de julio de 2021.

78 . AFOHSA, entrevista a Ángel Ramiro Álvarez Morán.

79 . Eduardo Abad García: *La disidencia ortodoxa en el comunismo español* (1968-1989), tesis doctoral, Universidad de Oviedo, 2020, p. 682.

80 . Archivo Primero de mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 16, Esperanza Martínez García y BIO 15, Ana Sirgo Suárez.

81 . Archivo Histórico del PCE (AHPCE), caja 386, 1991, XIII Congreso, de 1991.

82 . Javier Navascués: "Dos proyectos en IU. Política de alianzas o reconversión 'poscomunista'" en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE*, revista *Papeles de la FIM*, nº 24, 2006, 1er semestre, Fundación de Investigaciones Marxistas.

83 . Entrevista a María Antonia Naranjo Carmona (Antoñi), realizada en mayo de 2021.

84 . Entrevista a Salvador Jové, realizada en julio de 2021.

85 . Archivo del PCE de Segovia.

86 . Entrevista a Dionisia "Isi" Berzal Encinas, 14 de abril de 2021.

87 . Entrevista a Rosa Alonso Sanz, 15 de julio de 2021.

88 . Entrevista a Rosa Alonso Sanz, 15 de julio de 2021.

89 . AFOHSA, entrevista a Manuel Alonso González.

90 . Entrevista a José Ángel Frías, 13 de mayo de 2021.

91 . Entrevista a Dionisia "Isi" Berzal Encinas, 14 de abril de 2021.

92 . Entrevista a Sabina Rodríguez, 3 de junio de 2021.

93 . Entrevista a Estrella Aranda Osoijo, 8 de junio de 2021.

94 . Archivo Primero de Mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 15, Ana Sirgo

Suárez.

95 . Curiosamente, la compañera de Marcelino, Josefina Samper, militante de JSU desde los doce años y después del PCE hasta su muerte, nunca llegó a militar en CC. OO. porque no llegó a trabajar fuera de casa, siempre lo hizo en su domicilio. Allí donde confeccionaba pantalones, además de preparar las ollas que llevaba a Carabanchel para Marcelino y sus compañeros de prisión. Archivo Primero de Mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 80, Josefina Samper.

96 . Entrevista a Dionisia "Isi" Berzal Encinas, 14 de abril de 2021.

97 . Archivo Primero de Mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 40, María Salceda Elvira Gómez.

98 . Entrevista a Ana Ronco, 26 de mayo de 2021.

99 . Entrevista a José Ángel Frías, 13 de mayo de 2021.

100 . Entrevista a José Luis Duque, 13 de mayo de 2021.

101 . Entrevista a José Ángel Frías, 13 de mayo de 2021.

102 . Eva Abad, Irene Abad y Pablo Gracia: documental *Fuimos mujeres de preso*; Irene Abad: *El papel de las "mujeres de preso" en la campaña pro-amnistía*; Irene Abad Buil: *Entelequia: revista interdisciplinar*, ISSN-e 1885-6985, nº 7, 2008 (ejemplar dedicado a *La memoria como conflicto. Memoria e historia de la Guerra Civil y el franquismo*), pp. 53-76.

103 . Entrevista a Estrella Aranda, 8 de junio de 2021.

104 . Entrevista a Sabina Rodríguez, 1 de junio de 2021.

105 . Entrevista a Estrella Aranda, 8 de junio de 2021.

106 . Archivo Primero de Mayo, *Biografías obreras y militancia sindical en CC. OO.*, BIO 16, Esperanza Martínez García

107 . www.pce.es/¡Basta de mentiras! El PCE siempre a la vanguardia por los derechos del colectivo LGTBI (consultado el 6 de julio de 2021).

108 . Ley 77/1978, de 26 de diciembre, de modificación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y de su reglamento de desarrollo.

109 . La revista *Interviú* se hizo eco de estas exhumaciones, con reportajes sobre las realizadas en La Rioja y Canarias en 1979.

110 . Entrevista a José María Pedreño, 8 de junio de 2021.

111 . Elaboradas por el Foro por la Memoria de Segovia: 1. *La Segunda República en Segovia* (con la Universidad de Valladolid, 2003), 2. *La Segunda República: esperanza de un pueblo* (con la Cátedra de Memoria Histórica del Siglo XX de la Universidad Complutense de Madrid, 2006); con el

Ministerio de la Presidencia: 3. *Tras las rejas franquistas* (2009), 4. *La dictadura de Franco: cuarenta años de represión* (2009) y 5. *España en guerra: la represión en zona republicana* (2010); y con el Ayuntamiento de Segovia, con la colaboración de la Dirección General de Memoria Histórica (2019): 6. *Exposición permanente en el Memorial Democrático de Segovia*, www.foromemoriasegovia.blogspot.com, (consultado 7 de julio de 2021).

112 . Francisco Erice Sebares: "El orgullo de ser comunista. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles", en Manuel Bueno y Sergio Gálvez (eds.), *Nosotros los comunistas*, Sevilla, FIM, Atrapasueños, 2009, pp. 139-185.

113 . Marcos Ana: *Decidme cómo es un árbol*, Madrid, Umbriel-Tabla Rasa, 2007, p. 376.

Índice